

Julio Pabón, Guayama, Puerto Rico (1952). Desde los cuatro años reside en el Sur del Bronx, Nueva York, razón por la que atesora múltiples historias sobre las calles de su comunidad que le gustaría contar. *Nocaut* es una de ellas. En esta obra ha escrito como habla, desde el corazón, sin contener las emociones del día que el presidente cubano, Fidel Castro Ruz, visitó el Sur del Bronx y de los días de aseguramiento que le antecedieron para hacer realidad la idea de un comunicado de prensa que devino invitación y la más cálida acogida que la comunidad latina y puertorriqueña, en particular, pudiera propiciar a un líder latinoamericano de la talla de Fidel.

Contra todo pronóstico, Pabón se consagró como organizador del evento y autor de esta, su primera obra, la cual entrega traducida al español, para que también sea historia que conserven los cubanos de hoy y de mañana. Casi paulatinamente con esta edición, se regocija al saber que su obra se encuentra entre las finalistas para el premio The Montaigne Medal 2018.



OFICINA DE PUBLICACIONES  
DEL CONSEJO DE ESTADO

 Ciencias Sociales

ISBN 978-959-06-1971-7



9 789590 619717



JULIO PABÓN

NOCAUT. Visita de Fidel Castro al Sur del Bronx

# NOCAUT

Visita de Fidel Castro al Sur del Bronx

Julio Pabón







# NOCAUT

Visita de Fidel Castro al Sur del Bronx



# NOCAUT

Visita de Fidel Castro al Sur del Bronx

Julio Pabón



Ciencias  
Sociales



OFICINA DE PUBLICACIONES  
DEL CONSEJO DE ESTADO

**Cuidado de la edición:** Belkys Duménigo García  
**Edición:** Olivia Diago Izquierdo  
**Diseño de cubierta e interior:** Aida Soto-Navarro González  
**Fotografías:** **cubierta**, Estudio Revolución  
**interior**, cortesía del autor  
**Corrección:** Yahima Rosaenz León  
**Realización:** José Ramón Lozano Fundora

© Julio Pabón, 2018

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2018  
Editorial de Ciencias Sociales, 2018

ISBN 978-959-274-168-3 (Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado)  
ISBN 978-959-06-1971-7 (Editorial de Ciencias Sociales)

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado  
Calle 8 no. 210, e/ Línea y 11, El Vedado, La Habana, Cuba.  
Teléfonos: (537) 836 8846 / 836 5234  
Correo electrónico: bel.dg511@gmail.com

Instituto Cubano del Libro. Editorial de Ciencias Sociales.  
Calle 14 no. 4104, entre 41 y 43, Playa, La Habana.  
editorialmil@cubarte.cult.cu

## A mi padre, Julio Pabón Rivera

A sus cincuenta años nací y me crio siendo padre soltero desde que yo solo tenía nueve. Igual que miles de puertorriqueños, llegó a la ciudad de Nueva York en busca de mejores oportunidades. Trabajó en fincas de la parte norte de ese estado y en Long Island, donde rápido aprendió que las promesas hechas en Puerto Rico —empleos bien pagados y oportunidades— no eran ciertas. Nunca fue tratado como un ciudadano estadounidense, sino como inmigrante, por el color oscuro de su piel y porque no hablaba inglés.

Papá era lo suficientemente mayor, por sus años podía ser mi abuelo. Sin embargo, su edad fue una bendición porque, aunque no disfrutamos de muchas actividades juntos: jugar pelota, fútbol o ir al cine, la sabiduría y conocimientos que engendró en mí, me proveyeron de instrumentos para mi existencia. Sobreviví lo peor del Sur del Bronx porque me enseñó la necesidad de tomar decisiones inteligentes y de aprender algo todos los días.

Cada noche, antes de acostarme, me hacía la misma pregunta: «¿Qué aprendiste hoy?». Me ponía a pensar y si tomaba más tiempo del que consideraba en contestarle, volvía a explicarme la importancia de saber. Enfatizaba en que, si pasaba

un día y no aprendía nada, eran veinticuatro horas perdidas y ese era un lujo no permisible. Entre sus enseñanzas siempre estuvo luchar por lo que creo, defenderlo sin importar las consecuencias y creer que nada es imposible siempre que tuviera a Dios en mi corazón: «Sé un hombre de palabra», me decía.

Yo soy quien soy debido a su amor y su guía eterna.

## Un regalo para los cubanos

Desde el Sur del Bronx, en el estado de Nueva York, llegan a los lectores de la Isla las vivencias particulares que el Sr. Julio Pabón atesora sobre la visita de Fidel Castro Ruz a su comunidad. Sucedió el lunes 23 de octubre de 1995, fecha histórica y de mucho orgullo para quienes de alguna manera hicieron posible la organización y aseguramientos de la cena en que, como figura principal, se vio involucrado el autor del libro.

En el año 2016 salió a la luz la edición —en inglés— de esta historia. Tan pronto como estuvo lista, el primer pensamiento de Pabón fue dirigido a Cuba. Consideró que, más allá de las noticias publicadas por la prensa nacional durante aquellos días de celebración: aniversario cincuenta de la Organización de Naciones Unidas, los lectores nuestros debían conocer el esfuerzo de un grupo mínimo de puertorriqueños por no permitir una ofensa al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana ni a los hijos de su pueblo: a Fidel y a otros... el alcalde de Nueva York les había revocado la invitación a la cena que brindaría a los mandatarios presentes en la magna cita; pero Fidel cenó, lo hizo entre hermanos puertorriqueños y latinos; entre vítores, risas y aplausos con la felicidad de los que saben agradecer y amar...

Por eso existe la segunda edición de *Nocaut*, la primera en español. Es el regalo de Julio Pabón a Cuba, para los lectores de hoy y de mañana.

NOTA DE LA EDITORIAL

## Prólogo de la primera edición

En estas páginas, Julio Pabón ofrece una reminiscencia extremadamente detallada, personal y necesariamente subjetiva de las personas involucradas en los preparativos de la histórica visita —aunque no muy recordada— de Fidel Castro Ruz al Bronx, en 1995. No olvida tampoco el sentido orgullo de su comunidad por lograr lo que muchos pensaban que sería poco probable e, incluso, imposible de que ocurriera.

Mil novecientos noventa y cinco fue un año especial para la Organización de Naciones Unidas, marcó el aniversario cincuenta de su fundación. Los líderes mundiales se reunieron como de costumbre en el mes de octubre; pero, además, se celebraron eventos diversos como la cena que ofreciera Rudolph Giuliani, el alcalde de Nueva York, a los mandatarios de los distintos países, aunque, cuando este se dio cuenta —un tanto tardío— de que su lista de invitados incluía individuos a quienes detestaba por razones personales y políticas, como el líder de la Organización para la Liberación de Palestina Yasser Arafat y el presidente cubano Fidel Castro, emitió un comunicado de prensa revocando su invitación.

No era ningún secreto que la mayor parte del apoyo político de la alcaldía provenía de otras ciudades además del Bronx

con un gran número de residentes puertorriqueños. Para muchos, esta acción pareció ser otra señal de desdén para la población hispana del distrito y de la ciudad de Nueva York, así como una oportunidad del alcalde para avergonzar a los rivales políticos.

Uno de los llamados «atrevidos» o activistas atrevidos, el autor de este libro, y varios amigos cercanos sintieron la necesidad de responder a la falta de respeto de Giuliani, por eso la invitación a Castro para visitar el Bronx. Fue una manera de llamar la atención sobre un área de la ciudad que ellos percibían, como mínimo, completamente descuidada por la administración del alcalde y, como mucho, castigada por la mayoría de los residentes de tendencia demócrata. Pabón razonó con inteligencia: «¿Qué pensarán otras comunidades hispanas de los residentes del Bronx, si no se hiciera nada frente a esta afrenta?». Para ayudarlo en el qué hacer, contó con la ayuda de socios claves, entre ellos, Carlos Nazario, presidente del Consejo Empresarial Nacional Puertorriqueño, y el congresista José E. Serrano.

Y lo que comenzó como una breve visita para una cena íntima con el presidente cubano y un grupo selecto de latinos, resultó algo mucho más complicado de lo originalmente imaginado. Pabón arregló la cena en un lugar bien conocido de la comunidad, tras convencer al dueño del restaurante Jimmy's Bronx Café de que organizara el evento y se beneficiara de la amplia publicidad que recibiría de los medios de comunicación.

En un lapso de dos días, la cena se amplió de veinticinco invitados a una reunión de trescientas personas. Complicaciones adicionales aparecieron en la coordinación de la agenda, la lista de invitados y la logística con los poco serviciales y a regañadientes agentes del Servicio Secreto de Estados Unidos, y sus contrapartes cubanas, que temían potenciales intentos de asesinato al invitado de honor. Pabón nos proporcionó una lista de incendios inesperados para extinguir en

cada punto del proceso, incluidos manifestantes (partidarios de Castro y manifestantes anticastristas que, según el autor, habían sido pagados por la conservadora Fundación Nacional Cubano Americana). Sospechó que la cancelación de su programa de radio en una estación local después del evento, estuvo relacionada de manera directa con su participación en la organización de la cena, y lo agrega a su lista de sacrificios personales para que el evento fructificara.

Como uno de los invitados de esa noche, tenía solo una escasa noción de los muchos obstáculos que debían eliminarse en la preparación del evento que, al final del análisis, se ejecutó sin problemas y de forma muy profesional, los comentarios introductorios de los organizadores, que no plantearon cuestiones controvertidas como las violaciones de los derechos humanos, permitieron al invitado mostrarse elocuente sobre lo que consideraba logros principales de la Revolución Cubana.

En la casa de los Yanquis también habló sobre el beisbol y sobre una serie de temas no políticos. Su discurso fue inusualmente breve; y la audiencia, sorprendentemente respetuosa a pesar de que muchos asistentes no apoyaban el régimen de Castro por considerarlo una dictadura. Las preguntas y comentarios de la audiencia no fueron permitidos y, después del discurso, el evento terminó con suma tranquilidad.

Al pensar en la histórica visita del Sr. Castro al Bronx, más de dos décadas después, no puedo imaginar que tal evento ocurriera ahora y, de suceder, ¿se llevaría a cabo con tanta cortesía? En un mundo posterior al 11 de septiembre de 2001, en el que los ataques terroristas se han convertido en algo común en todo el mundo, las preocupaciones de seguridad harían imposible que una figura controvertida como Castro se aventurara a lugares y edificios que no pueden ser asegurados con facilidad. Para complicar aún más las cosas, las ubicuas redes sociales de hoy en día aumentan cada detalle e invitan a múltiples peligros desde cada esquina. Invitados o no, los

usuarios, miles o millones, comentan eventos en tiempo real, a menudo con imágenes y sonidos que los acompañan. En cuestión de minutos, las multitudes pueden reunirse para protestar, lo que hace difícil y no imposible, que las agencias encargadas de hacer cumplir la ley respondan de manera adecuada para evitar situaciones trágicas.

En octubre de 1995, Pabón tuvo una oportunidad única, y no la despreció. Aprovechando sus habilidades organizativas como defensor rotundo del distrito y de la comunidad puertorriqueña e hispana, con la ayuda de amigos claves y aliados, este atrevido logró algo que nadie había hecho antes. Al rendir homenaje a Fidel Castro en una cena, desafió simultáneamente a un alcalde que, según sus colegas del Bronx, había insultado al pueblo de Cuba y al resto de la comunidad hispana de Nueva York y Estados Unidos, y proyectó una luz positiva en su ciudad natal.

Si no fuera por este libro, un capítulo memorable en el desarrollo de la comunidad puertorriqueña e hispana de la ciudad de Nueva York podría perderse para las generaciones futuras. Como presidente de Lehman College, la escuela superior de la Ciudad Universitaria de Nueva York en el Bronx, me parece muy apropiado que uno de nuestros graduados sea el autor de esta obra.

Extiendo mis felicitaciones y mejores deseos para él y sus cómplices, por sacar a la luz un evento único en la historia de nuestra comunidad.

RICARDO R. FERNÁNDEZ  
Bronx, Nueva York, julio, 2016

## Introducción

La visita de Fidel Castro al Bronx en 1995 fue histórica por diversas razones. Mostró el poder de una comunidad que muchos la pensaron dormida. Durante la década del noventa, los puertorriqueños, específicamente los del Sur del Bronx, luchaban contra algunas de las peores condiciones de vivienda; trataban de recuperarse de casi dos décadas de la peor destrucción intencional de estructuras de viviendas en Estados Unidos y la peor calidad de vida que el condado jamás haya experimentado. Fui testigo de cómo los propietarios egoístas aprendieron a obtener mayores ganancias al negarles servicios de mantenimiento a sus edificios, cuyos ocupantes eran en su mayoría afroamericanos y un creciente número de latinos, los más, de Puerto Rico. Los caseiros hasta incendiaban sus edificios para cobrar el seguro, y el pago por las pérdidas era «un alivio instantáneo de su deuda». Esa fue su mejor forma de abandonar un edificio y cobrar dinero.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Bureau of vital statistic. NYC DOHMH. 2000 Census. Department of City Planning. [Oficina de estadística vital. NYC DOHMH. Censo 2000. Departamento de planificación de la ciudad].

Para 1995, la población era 48 % latina, con cerca de un cuarto de millón de puertorriqueños. El condado debió haber sido la meca de la comunidad puertorriqueña en Estados Unidos continental, ya que ahí se habían asentado más residentes de la isla caribeña que en la mayoría de los municipios del propio Puerto Rico. Tenía más oficiales electos puertorriqueños que cualquier otro condado y más que en cualquier otro estado del país norteamericano. Nuestra cultura era tan predominante que uno de los epítetos desde entonces fue Condado de la Salsa. A pesar de su potencial, era una de las poblaciones neoyorkinas más pobres y abandonadas; en cuanto a indicadores de calidad de vida, se ubicaba en el puesto número 40 de las 42 que existían en el estado. Aproximadamente 33 % de las familias estaban encabezadas por madres solteras.<sup>2</sup> Las presiones aumentaban por día: la Autoridad Metropolitana de Transporte le aumentó dos centavos al precio de la transportación pública, a pesar de las enérgicas y generalizadas protestas. El costo de la matrícula en la Universidad de la ciudad de Nueva York también ascendió, sin respuesta favorable a las manifestaciones estudiantiles en los diferentes recintos.

Aunque la brutalidad policiaca era rampante, las tensiones en el territorio eran mayores, sobre todo después del asesinato de Anthony Báez, un joven puertorriqueño estrangulado por la Policía luego de una discusión con uniformados de esta fuerza militar, porque su pelota de fútbol había dado contra un carro suyo. Báez, que sufría de asma, murió de asfixia. Su asesino, el oficial Francis Livoti, con once acusaciones previas por brutalidad, fue exonerado del cargo de homicidio al decidir la corte que hubo un «error técnico» en la acusación. Las protestas frecuentes en respuesta a la decisión de la corte forzaron al fiscal del distrito, Robert Johnson, a convocar a un gran jurado en octubre de 1995 en conexión con la muerte

<sup>2</sup> Ídem.

del joven, varios días antes de la visita de Fidel Castro. La comunidad negra se manifestaba en desacuerdo total y permanente con el alcalde Rudolph Guiliani, visto como insensible a sus necesidades.

En octubre de 1995, el condado contaba con muchas condiciones similares a las de países del Tercer Mundo. Estas fomentaron un ambiente propicio para unos cuantos, incluyéndome a mí, los cuales miramos favorablemente la idea de invitar a una cena al presidente Castro, en especial, después de que el alcalde Rudolph Giuliani no lo convidara a la que les ofreció a los líderes de las distintas partes del mundo que asistían a la celebración por el cincuenta aniversario de la Organización de Naciones Unidas. Y yo, formado para creer que todo sucede por una razón, ¿qué pensaba en ese momento? «Quizás el presidente Castro conoce sobre el Sur del Bronx». «Quizás el universo planeó que el presidente cubano visitara un condado con condiciones para el cambio», pues se trataba de la visita de quien había liderado transformaciones históricas no solo en Cuba, sino también en el espectro político de América Latina y África. «Quizás el presidente Castro es la persona indicada para transmitirle a una comunidad la esperanza de creer que nada es imposible». Para que este evento y las circunstancias que lo hicieron posible no sean olvidados, es este libro.

A mí me encanta la historia. Mi bachillerato fue en Historia Norteamericana y después de la graduación, me empleé como maestro de Estudios Sociales en la misma escuela intermedia a la que asistí, Junior High School 38, en la avenida St. Ann's en el Bronx. Me domina la lectura y aprender de experiencias pasadas. Por lo tanto, mirando en retrospectiva aquellos días increíbles de octubre de 1995 y reflexionando sobre cómo esa cena con Fidel Castro ocurrió, me he forzado en practicar una lección primaria de la historia: documentala y aprende de ella.

Me siento orgulloso de mi rol en hacer realidad aquel encuentro. Hoy, pasados más de veinte años, escribo mi

experiencia personal, la de un puertorriqueño que ama a su Condado de la Salsa, su Boogie Down Bronx, y quiere compartir el pedazo de una historia. Las lecciones aprendidas fueron varias. Espero que este proyecto inspire a perseguir ideas hacia un propósito, a trabajar con otros sin descanso y con respeto, y a reconocer que ¡en la unión está la fuerza!

EL AUTOR

CAPÍTULO I  
IDEA



## Antecedentes de una idea

Desde mi adolescencia comencé a trabajar con organizaciones como Justicia Latina, el Young Lords Party y el Comité-MINP (Movimiento de Izquierda Nacional Puertorriqueño), las cuales forjaron en mí un sentimiento de rebeldía capaz de retar siempre el *statu quo*. Inició así mi compromiso con la gente y sus problemas.

Después de esa primera etapa, devino una transformación política importante: me moví de una participación en la política de extrema izquierda, a la corriente principal de la política electoral. Al comenzar el último año de bachillerato en Lehman College, fui presidente del Frente Unido Latino, primera organización política latina en el recinto educacional. Constituíamos una pequeña minoría en la universidad y para obtener cualquier recurso para el club teníamos que negociar con la administración y el Consejo Estudiantil Multicultural. Esas experiencias para obtener lo necesario, sembró las semillas que me prepararon para mis eventuales empleos en Recruitment & Training Program (RTP), una organización nacional que recibía fondos del Departamento del Trabajo Federal y era responsable de colocar afroamericanos, latinos y mujeres en los difíciles empleos de la construcción; en el proyecto

conjunto Avco-RTP, responsable de operar los Job Corps del Sur del Bronx, y en eventuales trabajos para oficiales electos.

José Serrano fue el primero y único oficial con quien tuve contacto durante mis días radicales. Él era un joven recién electo asambleísta en la comunidad, de la cual quería saber más allá de su propia experiencia, al crecer entre los proyectos de vivienda Millbrook y trabajar para la South Bronx Community Corporation.

Durante mis últimos años en Lehman College, organizábamos fiestas en mi apartamento de la avenida Cauldwell y en los de mis compañeros de la universidad, Víctor Quintana y Humberto Rosado. El asambleísta Serrano, siempre invitado a nuestros memorables festejos, hacía una breve aparición.

Éramos tres estudiantes universitarios puertorriqueños viviendo en el corazón del barrio, en un arrabal donde muy pocos se graduaban de la escuela superior. Hicimos del edificio un sitio de «acción»; lo manteníamos limpio; los vagabundos y ladrones respetaban el hecho de que siempre protegíamos a la población de la brutalidad policiaca y de los abusos de los caseros. Nos convertimos en el centro de servicios sociales, adonde los vecinos acudían en busca de ayuda —desde traducir una carta del inglés al español hasta llenar con ellos formularios del gobierno para algún tipo de asistencia.

De manera permanente estábamos disponibles. Una vez servimos de congueros improvisados en una fiesta de santeros que se hizo en un apartamento. Como teníamos tres apartamentos, cuando cualquiera de nosotros hacía una fiesta era como si todo el edificio estuviera en ella. Por lo tanto, era seguro asistir, ya que compartíamos.

En un apartamento se fumaba la yerba y se debatían temas políticos menos importantes; en otro, se congregaban los amantes que no podían esperar para llegar a casa; y el mío —el más grande, con tres dormitorios porque yo era el único estudiante con hijos— era «zona libre de drogas», por lo tanto, el lugar de relacionarse las familias, los revolucionarios y simpa-

tizantes de establecer discusiones políticas; pero también el lugar principal para escuchar y bailar muy buena música. Yo tenía el mejor sistema de sonido y la mejor salsa. Mi apartamento contaba con visitas seguras; allí era donde José Serrano y algunos de nuestros profesores universitarios, intelectuales y artistas se relacionaban y hacían sus presentaciones. Había quienes salían de la fiesta de un apartamento para entrar al otro.

En esa primera etapa, yo aprendía el arte de tratar a todos sin juzgar a nadie. Esas experiencias quedaron en el chico duro del Sur del Bronx, criado en la pobreza por un padre soltero, para el cual debió haber sido una estadística negativa sobrevivir en la jungla asfaltada de Nueva York.

Lentamente me desligué de la política electoral, y en cierto modo del activismo político de izquierda y me fui concentrando más en la familia: mis hijos, mis padres que sumaban años y requerían de mis cuidados. Me había reconectado con mi madre, sola en Puerto Rico y necesitada de atención médica. Ya no integraba ninguna organización en particular, pero todavía pertenecía a varias juntas comunales centralizadas más en asuntos locales y de negocios, y a organizaciones como el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, por sus siglas en inglés NPRBC.

Luego de las experiencias de mi último empleo a tiempo completo con el presidente del Consejo Municipal, Andrew Stein, decidí no trabajar para ningún oficial electo ni en el gobierno de la ciudad; renuncié a mi posición como director de Asuntos Latinos y me enfoqué en construir un negocio de traducciones: Moriviví Language Services, y una nueva compañía: Latino Sports Ventures, Inc., a la que entregaba toda mi energía a finales del verano de 1995.

Como después del alcalde, el presidente del Consejo Municipal era el oficial electo más poderoso de la ciudad, durante los cuatro años que laboré con él desarrollé bastantes contactos políticos, incluso, más allá de mi base en la comunidad. Trabajar con Stein fue muy gratificante. Siempre

había sido activista en el Bronx, pero al desempeñarme en la alcaldía, centro del poder en la ciudad de Nueva York, me expuse a un mundo diferente.

Ya había probado las aguas al saltar de activista comunitario, que básicamente estaba crudo, a la política electoral para entender que hay que negociar con esa política y con los políticos, si uno quiere cambios positivos en nuestras áreas. Mi tendencia radical revolucionaria con sus consignas como «¡A tomar las armas!» «¡Abajo los cerdos!» «¡Viva Puerto Rico libre ahora!», se había estado descongelando un poco, mientras me daba cuenta de que tenía que proveer a mi familia en una sociedad capitalista que yo quería cambiar. Esto me golpeó muy fuerte y con extrema claridad los días que mi exesposa Elizabeth Figueroa, Liz como le decíamos, y yo buscábamos una cuidadora para Julio Antonio, nuestro niño de cinco años.

Después de visitar a varias candidatas en sus hogares y seleccionar finalmente a una, Liz me preguntó: «¿Por qué la nana, que está en asistencia pública, tiene mejores muebles que nosotros, que somos universitarios con empleos profesionales?». Esa fue una llamada de atención para darnos cuenta de que podíamos permanecer allí, pero no teníamos que continuar viviendo como si fuéramos activistas clandestinos, listos para evacuar el apartamento en cualquier momento.

Yo residía en ese territorio desde mis cuatro años, nunca tuve la intención de irme del vecindario porque hubiera subido unos pocos escalones en el aspecto económico. Me mudé de la avenida Cauldwell en el sector Mott Haven del Bronx, un verdadero símbolo de la decadencia y destrucción del sur, que aún permea en las mentes de muchos, a un apartamento en Grand Concourse, en la calle 161, la avenida más importante del condado. Sin embargo, dejar un área como Mott Haven no significaba olvidarla. Tú no puedes dejar a tus amigos, familia y contactos detrás, porque hayas progresado, quizás tan rápido o tan legal como lo hice.

La mayor parte de las personas de nuestro círculo de amigos y familia aún vivía en la pobreza. Todavía se hallaba en los proyectos y destartados edificios que dejamos. Liz y yo nunca sentimos la necesidad de mudarnos, por la nueva posición económica, a un lugar de alto nivel, con código telefónico 914,<sup>3</sup> o simplemente irnos. Como activistas estábamos comprometidos con el vecindario. Debíamos permanecer en las trincheras para ayudar a criar a nuestros hijos en el mundo real. Solo queríamos vivir en un área más segura. Estábamos conscientes de que nos hallábamos a dos cheques de pago de la pobreza.

En adición a esas experiencias, también considero que los puertorriqueños tienen un síndrome explosivo que yo lo llamo mezcla de sangre TEA (taína, española, africana). La fusión de la pacífica pero analítica población taína de Puerto Rico, con la valentía de los primeros españoles locos que rompieron con los miedos de cruzar los océanos y con la increíble fuerza y poder de voluntad de los africanos que sobrevivieron las condiciones más inhumanas para llegar como esclavos a América y el Caribe, entra en acción con relativa frecuencia y nos incita a hacer cosas bien locas, pero valientes.

Yo creo que es un gen particular que numerosos boricuas —también los cubanos y dominicanos— poseemos, pero que solo despierta bajo condiciones particulares y en unos más que en otros. Lo hemos visto en acciones manifiestas por miembros del Partido Nacionalista de Puerto Rico en su lucha por la independencia; pero que, desafortunadamente, fueron etiquetadas como ataques terroristas y casi excluidas de los libros de historia. Este síndrome ha sido la causa de enfrentarme, en más de una ocasión, a las injusticias sin importar las consecuencias.

<sup>3</sup> En ese tiempo, los pobres y clase trabajadora de Nueva York vivían en códigos de teléfono 718 y 212. El código 914 pertenecía a un área exclusiva de personas adineradas, una de las áreas más ricas del estado.

## Nuevo enfoque para mi supervivencia

En 1990, le otorgué un reconocimiento a Rubén Sierra, un pelotero de los Texas Rangers, ignorado por la Asociación de Cronistas de Beisbol de EE.UU. (Baseball Writers Association of America). La falta de justeza ante la omisión del joven negro puertorriqueño, una estrella emergente, despertó al activista que llevo adentro. Se me ocurrió la idea de que recibiera el estímulo de la comunidad puertorriqueña/latina, el cual nombré Latino MVP (Jugador Latino Más Valioso). Luego creé una entidad para presentar el reconocimiento y la llamé Latino Sports Ventures.

Tras un fuerte trabajo, serias negociaciones y un poco de torcedura de brazos, realizamos la ceremonia en el Yankee Stadium cuando, en abril de 1990, los Vigilantes de Texas visitaron Nueva York. Esta práctica me indujo a hacer la premiación de un atleta latino cada año, un modelo digno de imitar, y no esperar porque otros lo reconocieran.<sup>4</sup>

De manera sucesiva, organicé tres reconocimientos profesionales. Afanado en la nominación de 1995, viajé a Boston

<sup>4</sup> La premiación Jugador Latino Más Valioso se ha convertido en la premiación más antigua y prestigiosa que se otorga a un pelotero latino.

con el objetivo de reunirme con algunas personas para promover el Latino Sports. Mi idea era expandir nuestro alcance en las comunidades latinas, a través de Nueva Inglaterra para utilizar mi cobertura de noticias.

Ya había desarrollado una buena relación de trabajo con varios peloteros, incluyendo al puertorriqueño Carlos Baerga, cuyo equipo, Indios de Cleveland, jugaba contra los Bravos de Atlanta en la Serie Mundial. Por Baerga supe de la magnífica oportunidad para mercadear cualquier evento con los miembros de su equipo. Entusiasmado con la idea, regresé a mi hogar; y en ese momento me enteré de la visita de Fidel Castro a Nueva York y de la falta de respeto del alcalde Giuliani hacia el presidente de Cuba.

## «Insultaron a tu gran amigo»

La noche del jueves 19 de octubre de 1995, en cuanto llegué a mi apartamento y apenas había saludado a la familia, recibí una llamada de mi amigo David Galarza. Él y yo habíamos establecido relación de trabajo desde que colaborábamos en *El Diario-La Prensa*, el periódico en español más antiguo de la ciudad. Soñábamos con producir una sección de deportes en inglés. Nuestra identificación también tenía un fundamento político, pues ambos habíamos trabajado para oficiales electos. David escribía para la oficina de prensa de la presidenta del condado de Manhattan, Ruth Messinger, una mujer de ideas progresistas, que éramos amigos desde mis días en el Comité-MINP y yo la respetaba; pero, además, habíamos colaborado en algunos acontecimientos de nuestros patronos.

Ahora con su llamada, lo primero que le oí fue: «Hey, Julio, ¿escuchaste como insultaron a tu gran amigo?». Sus palabras me tomaron por sorpresa. Me preguntó si había leído los periódicos recientemente. Le dije que desde que había dejado mi empleo en la oficina de Stein como director de Asuntos Latinos, los leía de atrás hacia adelante, enfocándome solo en los deportes. Entonces me explicó que la Organización de Naciones Unidas celebraría su cincuenta aniversario; que habían

invitado a los líderes mundiales y delegados;<sup>5</sup> que se trataba de un evento de suma importancia, el cual pondría a la ciudad de Nueva York en la escena mundial y me añadió que el alcalde Giuliani había organizado una cena de bienvenida para los líderes asistentes; pero no había invitado a Fidel Castro. Como no gané claridad de por qué la acción del alcalde estaba relacionada conmigo, le hice esa pregunta.

Mi amigo siguió hablando, entonces me comentó que creía que el alcalde lo hacía para avergonzar a Fidel, a solicitud de los exilados cubanos de extrema derecha de Miami, Florida, Union City, Nueva Jersey, razón que nunca debió haber guiado su comportamiento. Circulaba el rumor de que los líderes del exilio le habían prometido contribuir generosamente de forma monetaria en sus futuras campañas políticas si rechazaba al presidente Castro durante su visita a Nueva York.

David sugirió hacer algo para contrarrestar la acción del alcalde contra un jefe de Estado latinoamericano. Entendí su punto. Seamos sinceros. ¿Quién es el alcalde para ofrecer una cena y no invitar a determinado presidente? Me dijo, además, que tampoco había invitado al líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat.

Como activista puertorriqueño, compartí sus preocupaciones. Nueva York tenía una población latina muy numerosa y creciente cada día. Constituía una verdadera falta de respeto que un mandatario de la región estuviera en el evento internacional y no fuera invitado por el alcalde local a la cena organizada para el resto: 180 jefes de Estado y delegados. Esta descortesía no era solo contra Fidel Castro y el pueblo de Cuba, sino contra la comunidad latina de Nueva York, en especial, contra los puertorriqueños que constituían mayoría

<sup>5</sup> Resultó la reunión más grande en la historia de las Naciones Unidas, según reporte del *The New York Times*, 19 de octubre de 1995: «Planificación de Pompa & Seguridad para el aniversario de las Naciones Unidas», p. B-1.

y contaban con el más alto número de oficiales electos en la ciudad. Con tal decisión, el alcalde promovía la retórica anticomunista, anticastrista que ha caracterizado a los exiliados cubanos desde que triunfó la Revolución en su país.

Nueva York no es Miami ni Union City ni Nueva Jersey, donde la población de exilados cubanos es más numerosa. Ellos no tienen presencia política o cultural fuerte en el estado neoyorquino. Yo estaba familiarizado con su perspectiva. Había tenido encontronazos con algunos de sus representantes a finales de la década del setenta, cuando trabajaba para el Programa de Reclutamiento y Adiestramiento (RTP, Inc.) y representé a RTP en las reuniones del U.S. Youth Council en Washington, D. C. Los pocos latinos en esas reuniones eran uno o dos delegados de las comunidades México o cubano americanas y yo, un puertorriqueño del Sur del Bronx: tres representantes latinos casi siempre en los polos opuestos del espectro político. No importaba qué conversaciones teníamos sobre asuntos que afectaban a la juventud en el país. El representante mexicano y yo siempre terminábamos tomando una posición liberal, mientras los representantes cubanos asumían una posición más conservadora.

David continuaba sus denodados esfuerzos para persuadirme de hacer algo, me instigaba con sus opiniones: «Si alguien puede hacer esto, tú también puedes». «Tú tienes contactos con gente correcta que podamos añadir a un simple comunicado de prensa en el que se invite a Fidel Castro». «No quiere decir que él vaya a venir, es solo una invitación». Y dijo algo como: «Mostraría que los latinos de acá reaccionan ante la falta de respeto del alcalde». Sus palabras fueron resucitando poco a poco al activista dentro de mí.

—¿Qué necesitamos para publicar un comunicado de prensa? —le pregunté.

—Debes encontrar una organización que haga la invitación formal e incluir una localidad para la actividad, de manera que muestre una propuesta legítima.

Yo pertenecía a varias organizaciones sin fines de lucro, pero ninguna era la adecuada. Aquellas que recibían fondos de instituciones gubernamentales no arriesgarían sus fuentes de ingreso al añadir sus nombres en un documento como el que nos proponíamos. Era manifestarse en contra del alcalde y asociarse a algo tan radical como Fidel Castro. Por mi parte, no quería que la gente pensara que estaba loco al hacer tal solicitud. Debía analizar en detalles a cuál podía pedirle que se presentara como auspiciadora.

Escoger una localidad era más fácil. Yo era bien cercano a Jimmy Rodríguez, el dueño del algunas veces polémico Jimmy's Bronx Café, uno de los restaurantes de puertorriqueños/latinos más populares de la ciudad. Si eras conocido o querías serlo, ese era el lugar donde debías estar. Ahí frecuentaban de manera regular oficiales electos, celebridades y, en especial, peloteros. La presencia de estos era, en parte, obra mía desde que le presenté a Jimmy al jugador profesional de béisbol que visitó su restaurante durante la primera recepción por la premiación del Jugador Latino Más Valioso, en 1990; entonces se celebró en el restaurante de su padre, Mariscos del Caribe, ubicado en la avenida Webster.

Después de ese primer momento, estrechamos una relación de amistad. Comenzamos a efectuar el evento en su nuevo negocio, un restaurante bar deportivo y sala de elaboración de alimentos en Fordham Road. Ahora, ante la visita de Fidel, ese podía ser el sitio perfecto para incluirlo en el comunicado de prensa como el lugar donde se le ofrecería la cena al presidente cubano.

## El trabajo comienza

Al siguiente amanecer fui a mi oficina. Como de costumbre, mi agenda estaba llena; pero con solo unos días fuera, numerosos asuntos esperaban porque los pusiera al día. No obstante, algún tiempo dediqué a la conversación que había sostenido con David Galarza sobre la invitación de Fidel.

Aunque convencido de que se debía hacer algo, todavía consideraba si a través del comunicado de prensa era la mejor forma de presentar una declaración. Los años de vida en este lugar me instaban a confiar en mis instintos. Y estos apuntaban a que no debíamos dejar que el alcalde Giuliani se saliera con la suya y nos insultara.

Todavía en mi casa, continué meditando sobre la exhortación de la noche anterior. Después de la cena, reactivé la concentración en la idea de escribir el comunicado. Mientras más pensaba en la sugerencia de David, más bullía en mi mente todo tipo de ideas: parecía realizable presentarle un comunicado al alcalde para dejar claro que él no podía hablar por la mayoría de los latinos que vivían en la ciudad, especialmente si nadie había hablado por el presidente Castro. Sin embargo, me preguntaba con cierta duda: «¿Cuál será la posición de otros líderes, activistas y oficiales electos latinos

sobre el asunto?». Luego acudía a mí la otra interrogante: «¿A alguien podría importarle este comunicado a nombre de algunas personas del Sur del Bronx? ¿Qué agencia noticiosa lo publicaría?».

Yo había trabajado en incontables eventos y asuntos de interés periodístico; enviábamos comunicados de prensa que nunca se les dio cobertura. Era como si una regla no escrita expresara que de ahí solo se cubrirían noticias negativas.

Por este tiempo, no estaba activo en la política electoral; pero sabía que cualquier tema relacionado con Cuba y Fidel Castro sería un asunto bien sensitivo. Me detuve a pensar sobre los pros y los contras de un asunto que no parecía tan simple para mí. Se trataba de un hombre proyectado por tiempo de modo negativo en Estados Unidos, visto como un dictador comunista odiado por numerosos exilados cubanos y malentendido por otros. Esta realidad que tenía por delante era bastante diferente a otras que había vivido a través de los años, como organizador y, algunas veces, solo revolcando el avispero en la barriada.

Muchos de mis últimos eventos como activista eran decididos por un grupo de individuos de tendencia izquierdista como yo. Para sumar a otros —en este caso gente de negocios y profesionales con diferentes puntos de vista filosóficos y políticos— que accedieran a apoyar esta acción, iba a ser uno de mis grandes retos. Debía sacar las anotaciones de mi maestría en Administración de Empresas de la Universidad de Nueva York sobre el arte de negociar; pero también tendría que hacer uso de la experiencia adquirida durante mi tiempo de trabajo con Andrew Stein que, si bien fueron frustrantes en su mayoría, había tenido que exponerme a distintos sectores de una ciudad muy diversificada. Todo ello me hizo sentir preparado para momentos como este.

Mientras más reflexionaba, más me convencía de que teníamos que actuar. No hacer nada dentro de la comunidad puertorriqueña era peor que las consecuencias que pudieran

derivarse de escribir un comunicado de prensa. En medio de ese debate interno, recibí una llamada telefónica, la cual me hizo tomar una decisión de la que jamás me arrepentiría.

## **La llamada de un amigo**

Randy Daniels me hizo una llamada telefónica para invitarme a asistir a un acto con Fidel Castro en la Abyssinian Baptist Church, en Harlem. Me explicó que el pastor Calvin Butts le había dicho que podía convidar a algunos amigos y contactos. Nosotros habíamos sido socios de negocios en una empresa de televisión en Vermont. Nos identificamos cuando trabajamos para el presidente del Consejo Municipal Andrew Stein. Entonces mi amigo era jefe de prensa, un miembro clave del personal de confianza de Stein, y quien me abrió las puertas para asumir la responsabilidad de director de Asuntos Latinos.

Aunque ya no laborábamos para esa persona, la amistad seguía siendo sólida, como la de dos veteranos de guerra. Durante ese mandato, colaboramos constantemente porque éramos las únicas dos personas de raza negra en el gabinete del segundo oficial electo más poderoso de Nueva York. Ambos apreciábamos que los demás no tenían idea de nuestras comunidades ni respeto alguno por ellas.

Ante la invitación de Randy, ¡quedé conmovido! «¿Por qué yo?», le pregunté. Como me conocía bien, me habló de actividades que yo había realizado en el Jimmy's Bronx Café con peloteros; de mi participación con Carlos Nazario y el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios; de la cena que esta asociación brindó a miembros de la misión cubana en Naciones Unidas y mencionó hasta una recepción a la que había asistido en la sede diplomática. También conocía de mi relación con varios oficiales electos de importancia.

Yo sabía que el Gobierno cubano y Fidel tenían una relación histórica con Harlem, que data de su visita durante la

Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas (ONU), en septiembre de 1960, uno de los eventos más grandes que haya ocurrido en Nueva York. El hotel Theresa —ahora el Theresa Towers Office Building— ubicado en la calle 125 y la 7ª avenida fue el centro de atención ante la mudanza del séquito de Fidel hacia allá, después de rehusar su alojamiento en el hotel Shelburne en la avenida Lexington y la calle 37. Castro lo abandonó luego de su primera noche, cuando le insistieron en un bono de \$10 000; aquejado además, de la vigilancia extrema.

Su visita fue de mayor cobertura que la de cualquier otra persona en Nueva York. Con la decisión de mudarse a Harlem le voló la cabeza a todo el mundo, incluyendo al Servicio Secreto de EE.UU. y a la Policía de la ciudad, los responsables de proteger al líder cubano mientras estuviera en Naciones Unidas.

Harlem estaba feliz de tener a un líder mundial viviendo entre ellos. El hotel Theresa siempre había sido una atracción para líderes negros famosos como Patricio Lumumba, Malcolm X, Muhammad Ali, A. Phillip Randolph, Lena Horne y Duke Ellington, entre otros. Sin embargo, contar con una figura como Fidel Castro, líder de una revolución exitosa y comandante del primer territorio liberado en las Américas, era otra cosa.

La prensa y activistas que querían echar un vistazo a la visita de Fidel sitiaron Harlem, la meca del poder negro en el noreste y posiblemente en la nación. A este barrio le encantó la atención que recibía debido al gran acontecimiento; pasaba por su propia mini-revolución. La visita del mandatario cubano ayudó a atraer la atención internacional hacia un lugar usualmente ignorado.

Seguí conectado con la invitación de Randy Daniels, pero mi pensamiento giraba en torno al comunicado de prensa. Después de hablar sobre lo planificado en Harlem, me convencí más de que teníamos que hacer algo. La comunidad

afroamericana ya poseía una historia con Fidel Castro. No era correcto que toda la atención sobre él se concentrara en Harlem... ¿Y los latinos del Sur del Bronx en qué posición quedaríamos?

Le agradecí a mi amigo por tenerme en cuenta, le expresé que sería un honor asistir; pero prefería invitar a Fidel a una cena con los puertorriqueños.

### «Vamos a hacerlo»

Sorprendido por la clara y definitiva respuesta del liderato de Harlem y la comunidad en general, puse mis sentidos en un comunicado que, no iría más allá de *El Diario-La Prensa*, el periódico de Nueva York en español.

Tuve que evaluar las posibles repercusiones que les podría ocasionar a quienes participaran en él. Yo no sentía temor por ningún cubano exilado de extrema derecha, pues no mantenía relación con ellos o, al menos, eso pensaba —abundaré sobre el tema más adelante—. Mi aprehensión tenía que ver con el ámbito político más amplio. Una invitación a Fidel Castro no era como otro evento en el que hubiera participado: no se trataba de una protesta por el cierre de un hospital o por la brutalidad policiaca, no era igual que apoyar a un candidato contra la insensibilidad del Partido Demócrata del Bronx, totalmente fuera de contacto con su población. Este acontecimiento sería más grande que cualquier acontecimiento político anterior, incluyendo mi participación en la segunda toma —con pistolas— de una iglesia por el partido de los Young Lords, en El Barrio, en la calle 111 en la avenida Lexington, en octubre de 1970, con apenas dieciocho años.

Entonces era un adolescente, un mero participante, todas las repercusiones no me afectaron como podría suceder ahora, adulto, con una esposa, tres hijos y comenzando a aven-

turarme en el mundo de los negocios. En este caso no sería un mero participante, sino un catalizador que se enfrentaría al alcalde.

Yo estaba muy consciente de que ese comunicado de prensa podría provocar una reacción nacional e internacional sobre la presencia o no en el Bronx de una de las figuras políticas más malentendidas del siglo xx y líder de una nación que había sobrevivido el paso de nueve presidentes norteamericanos. Se trataba del líder de la campaña que hizo realidad el primer territorio libre en las Américas y había estado en la lista negra de la CIA por años.<sup>6</sup> La publicación del comunicado, sin dudas, llamaría la atención necesaria como para ser reconocida porque hicimos algo.

También me contesté mi propia pregunta, aquella de por qué yo; pero no allá, sino aquí. «Porque luciríamos débiles e impotentes, cuando la comunidad afroamericana estuviera dándole la bienvenida a Fidel en Harlem y la mía en silencio». Puerto Rico y Cuba tenían una relación muy cercana. Desde pequeño escuché numerosas veces decir «Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas». Este era el momento de demostrarlo.

Se me hizo más claro que la idea no podía quedarse en el pensamiento. El activismo pasado o la racha del síndrome TEA (taíno, español, africano) del chico niuyorican crecido

<sup>6</sup> Tengo conocimiento de los intentos de asesinar al presidente Castro, ya que habían sido extensamente reportados en el año 1975, cuando el Senado de Estados Unidos convocó al Senate Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities. Este fue dirigido por el senador Frank Church (D-Idaho). El comité Church declaró que tenía constancia de ocho atentados perpetrados por la CIA contra Fidel Castro en los años 1960-1965. Sin embargo, durante mi investigación en Cuba supe, según el jefe ya retirado de la Seguridad del Estado, Fabián Escalante Font, que la cifra estimada era de 638. Algunos de ellos formaron parte del programa encubierto de la CIA denominado Operación Mangosta con el objetivo de derrocar al Gobierno cubano.

en el Sur del Bronx, se despertó con fuerza para convencerme de que no podíamos darnos el lujo de callar. De no hacer nada, los latinos progresistas en otras partes del país nos ridiculizarían; dirían «Los boricuas —puertorriqueños que se consideran progresistas— de Nueva York: no estaban en ná». Imbuido en esa reflexión, sentí un grito interior: «¡Por supuesto que NO! Trabajaré en el comunicado de prensa lo mejor posible».

## Concepción del comunicado de prensa

Sobre las once de la noche, el implacable David Galarza me llamó otra vez. Le conté mi conversación con Randy Daniels y mi análisis de que si no actuábamos los latinos de Nueva York, en especial los boricuas, apareceríamos como súper débiles ante los demás latinos progresistas. Por eso había accedido a escribir el comunicado.

Me precisó que necesitábamos el apoyo de una organización como el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, del cual yo era vicepresidente, y un lugar donde efectuar el evento. Ambas informaciones debían aparecer en el documento.

No pensé dos veces en el restaurante, el Jimmy's Bronx Café sería el apropiado dada mi relación con su propietario. Los dos contábamos con la experiencia de otros actos. Lo consideraba tan loco como nosotros y, por lo tanto, fácil de convencer. Sin embargo, no estaba tan seguro de que los empresarios puertorriqueños, interesados en echar adelante sus propios negocios y hacer ganancias, aceptaran la idea «loca» de invitar al presidente de la República socialista de Cuba, aunque el concilio no era una organización apolítica.

Ya habíamos participado en diversos asuntos políticos que afectaban a sus miembros y teníamos buena relación

de trabajo con oficiales electos. En ocasiones, asistimos como invitados a recepciones culturales en la misión cubana en las Naciones Unidas; pero eso era diferente a ser quienes criticáramos al alcalde mediante la invitación de Castro. El hecho de que la mayoría del liderato fuera republicano no era alentador. Imaginé que obtener la aprobación no solo sería difícil, sino imposible; que la idea podía no caer nada bien.

La única esperanza descansaba en mi buena y cercana relación de trabajo con nuestro presidente, Carlos Nazario, que no era el típico republicano conservador. De hecho, él había realizado algunos actos radicales al hacer que la organización se mostrara en contra de la poderosa Anheuser Busch, por un plan de precios que iba a sacar a muchos mayoristas de cerveza fuera del negocio; después de estos haberlos ayudado exitosamente a introducir su marca en la comunidad, decidió establecer un plan de precios depredador al vender de manera directa a los supermercados a un precio más bajo que a los mayoristas.

Yo estaba reacio a seguir la ruta del NPRBC; pero David me insistía en que, usar una estructura empresarial reconocida, haría el comunicado de prensa más creíble, más tomado en serio, en lugar de una invitación de un grupo sin nombre o de mí, que solo contaba con Latino Sports, una pequeña compañía recién salida a la luz. Le pedí que me dejara concentrar en conseguir el local de Jimmy como sede del evento y preparar el documento que se publicaría.

Sabía que el dueño estaría menos preocupado por las repercusiones políticas que por la publicidad para el restaurante, pues nombrarlo como la localidad seleccionada, lo haría aparecer en los diarios en español. Entonces la difusión sería gratuita, algo que le encantaba más que sus deliciosas empanadas.

## Llamada a Jimmy

Cerca de la medianoche, lo llamé por teléfono. Esa era la mejor hora para comunicarme con él. Del otro lado recibí su acostumbrado saludo: «¿Qué pasa?». Lo puse al corriente de las nuevas noticias y le expliqué mi idea al respecto: le hablé desde una perspectiva de mercadeo. «Tú estás claro de que el Bronx necesita atención y con este proyecto, más atención recibiría tu restaurante, lo que significaría más clientes y una mejor imagen para el “vecindario”. —A continuación le insistí—: Jimmy, con esta decisión todos ganamos». No existía ninguna duda para mí de la gran oportunidad para los puertorriqueños: pondríamos a nuestro abandonado condado en el mapa.

Hice una breve pausa, del lado de allá hubo un silencio momentáneo, cuando retomó el habla me dijo que no estaba seguro de si sería buena idea para el restaurante. Le recordé que se trataba solo de un comunicado de prensa en el cual se mencionaría su negocio como el posible lugar de encuentro; que no significaba compromiso para su persona ni para el restaurante; era publicidad gratuita. Como él también era miembro del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, le comuniqué que hablaría con Carlos Nazario para pedirle apoyo de la organización.

Entonces escuché lo que ansiaba: «¡Anda inclúyelo. Tú sabes que han acusado al restaurante de tantas cosas negativas, hasta de ser un lugar para “caracteres desagradables”, ¡qué diablos!, no pueden decir nada peor».<sup>7</sup>

Eufórico, pensé: «¡Vaya, lo logré! Tenemos una localidad. Ahora para ir en grande... ¡al Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios!».

<sup>7</sup> Se refiere a un memorando de las Grandes Ligas que le escribieron a los jugadores, advirtiéndoles que no visitaran el Jimmy's Bronx Café porque era un lugar «frecuentado por personajes desagradables». *NY Daily News*, miércoles, 23 de agosto de 1995, «El Estado está sondeando al toletero de Bronx Café» por Zachary Margulis, Juan González.

## Respuesta del concilio

El nuevo paso: obtener el apoyo del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios sería más difícil. Primero tenía que convencer a su presidente, Carlos Nazario, ya que estábamos en polos opuestos del espectro político: él era republicano, de procedencia más conservadora con una tendencia que favorecía la condición de estado para Puerto Rico, y aunque poseía un negocio en el Sur del Bronx, vivía en la parte norte del estado de Nueva York; yo, sin embargo, era un demócrata inscrito con un trasfondo izquierdista, revolucionario, que abogaba por la independencia de Puerto Rico. A pesar de todo, teníamos buena relación de trabajo y pensamientos similares en los asuntos que afectaban nuestras vidas, además de características personales en común —éramos Tauro, cumplimos años el mismo día, 29 de abril— que, cuando comenzamos el NPRBC, me recomendó como vicepresidente. De modo extraño, las diferencias políticas y las similitudes personales se balanceaban bastante bien.

Carlos no se inmutó por mi función como vicepresidente dada mi condición de revolucionario. De hecho, gracias a él, pude abrir mi sentido de relaciones de negocios, y comencé a concebir la idea de hablarles a otros, cuyas convicciones

políticas eran distintas a las mías; fue la persona, en parte, responsable de que expandiera mi tolerancia a ideologías no izquierdistas. Aprendí a mirar más allá de líneas partidistas, a ser más abierto a la gente y no solo a un partido o plataforma política. Gracias al NPRBC dejé de pensar sobre líneas electorales de partidos. Yo no era del Partido Demócrata; pero en el Bronx, si no eres demócrata no puedes votar en las elecciones primarias. Me inscribí para votar por primera vez a la edad de veintiocho años, lo hice como independiente; solo me cambié a demócrata cuando quise ayudar a José Serrano para que se postulara para presidente del condado en 1985. Esa también es otra historia.

Aunque yo podía convencer a Carlos, me imaginé que no tomaría por su cuenta una decisión tan importante, como incluir el nombre de la organización en el comunicado de prensa, sino que como presidente trataría de buscar la aprobación del Comité Ejecutivo, lo cual requería una reunión en la que por lo menos hubiera quórum. El Comité Ejecutivo lo formábamos cuatro personas: Ralph Delect, propietario de una pequeña firma de consultoría en el Bronx; Tony Rodríguez, propietario de dos restaurantes McDonald's en el Sur del Bronx; Carlos Nazario, dueño de Metro Beer and Soda Distributors en la avenida River y calle 149; y yo, propietario de Moriviví Language Services, una pequeña firma de intérpretes, y de la Latino Sports, que recién iniciaba, ambas ubicadas en la calle 149.

Mi relación con ellos era buena; siempre mostraban paciencia para lidiar con mis puntos de vista, a veces fuertes y radicales, y también habían apoyado y hasta auspiciado algunos de mis proyectos; pero la solicitud de esta vez no era tan simple como sufragar mi programa radial o el almuerzo con un pelotero en pro de los niños. Solo el nombre de Fidel Castro levantaba cejas y preocupaciones.

Algunos miembros del concilio habían asistido a eventos más pequeños en la misión cubana, los cuales habían sido

presentados a través de mi amigo Franklin Flores, que tenía contactos cercanos con estos diplomáticos; también invitados a recepciones, habíamos conocido a otros y algunos hasta fueron convidados a recorrer el Sur del Bronx. Se trataba de acciones progresistas que las veía como gateadas de bebé, al compararlas con lo que ahora estaba a punto de pedirles.

Al día siguiente de hablar con David Galarza, llamé a Carlos para darles seguimiento a otros asuntos del concilio. Aprovechamos la comunicación e intercambiamos sobre la decisión del alcalde Guiliani de no invitar al presidente Castro a la cena de los dignatarios visitantes. Era una noticia de muchos comentarios por las estaciones de radio y la televisión en español. Pero eso era solo charla sobre asuntos políticos de la ciudad. Yo le había dicho que los latinos deberíamos hacer algo, aunque nunca le expresé nada específico.

Una vez listo para hablar sobre el tema con él, contaba con informaciones concretas: una, que el presidente Castro iría a Harlem y la otra, que el dueño del Jimmy's Bronx Café, uno de sus miembros, estaba dispuesto a que su restaurante fuera el local para invitar a Castro o, al menos, que apareciera así en el comunicado de prensa. Dos del concilio ya estábamos involucrados con la idea.

En esta segunda llamada le hablé del plan, le señalé que el NPRBC contaba con la oportunidad de poner su nombre en el mapa y saltar a la vanguardia empresarial latina; que la idea se encontraba en línea con lo que la comunidad afroamericana haría en Harlem, a excepción de que no éramos una iglesia la que invitaba a Fidel, sino una organización empresarial. De su primera reacción, escuché: «¡Tú estás loco»; pero como era un líder de negocios, bien inteligente, de inmediato tomó el aspecto político de la acción.

Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios era una nueva agrupación de rápido crecimiento de propietarios puertorriqueños. Competíamos con diversas organizaciones empresariales y Cámaras de Comercio de más antigüedad

y acceso que nuestra estructura. La comunidad del exilio cubano en Miami y Union City contaba con organizaciones empresariales; la nueva y creciente comunidad dominicana tenía dos en Nueva York; los méxico-americanos, el mayor número de concilios de negocios en varios estados del suroeste y en California; y la puertorriqueña en Nueva York era la única que no tenía ninguno, razón principal por la que Carlos nos había llamado para juntos formar el NPRBC.

Él era un hombre de negocios astuto y con sabiduría política. Comprendió que solo con el nombre de la organización en el comunicado de prensa, podría catapultarla y darle el potencial de convertirse en una de las mayores organizaciones empresariales de la ciudad y posiblemente del noreste.

Ambos dudamos que Castro viniera. ¿Por qué lo haría para reunirse con un grupo llamado Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios? Además, imaginamos que su itinerario estaría planificado y no habría espacio para una adición de último minuto. No obstante, Carlos pronunció las palabras que yo esperaba: «Hey, ¿por qué no? ¡Vamos a intentarlo, vamos a darle una oportunidad!». ¡TREMENDO! ¡El presidente del NPRBC estaba conmigo en esa idea! Ahora teníamos que convencer a la junta para hallar su aprobación; para ello, el presidente convocaría a una sesión ejecutiva especial.

## **Reunión especial**

Carlos no perdió tiempo. Temprano en la tarde convocó a una reunión del Comité Ejecutivo. Como varios miembros estaban fuera de la ciudad o lejos del Bronx, donde establecíamos los contactos, hicimos este a través de una llamada conferencia. Comenzó explicando que era solo un elemento y presentó la idea que él y yo habíamos acordado. Hubo un pequeño debate entre los miembros. Recuerdo que alguien manifestó

que éramos una estructura empresarial que apoyaba el capitalismo. «¿Por qué están interesados en añadir nuestro nombre a una invitación para un comunista?», concluyó. Carlos explicó las acciones políticas detrás de la movida. También reiteramos lo obvio; que Fidel no vendría; que se trataba solo de un comunicado de prensa. Quise decir que Carlos tenía razón, y les preguntaba: «¿Quiénes somos nosotros? Un grupo empresarial puertorriqueño con base en el Sur del Bronx despegando del suelo. No tenemos contratos grandes ni relaciones con el Gobierno cubano. Los encuentros con la misión cubana en las Naciones Unidas son mínimos, y de mera cortesía política».

Aproveché la oportunidad para explicar los beneficios de ser la organización oficial que invitara a Fidel Castro desde una perspectiva de negocios; que yo había leído en los periódicos que iba a asistir a varias reuniones durante sus cinco días en Nueva York; que era amigo de Ted Turner y probablemente tendría reuniones con hombres de negocios anglosajones. Les recordé sobre un artículo que se había publicado en *Newsweek* hacía unos meses sobre la visita del presidente de la Chrysler, Lee Iacocca a Castro en La Habana. Todas estas reflexiones me hacían entender cuán importante es leer y estar bien informado.

A mi análisis le añadí que si incluíamos el nombre del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios en el comunicado de prensa como quien invitaba, nos podría ayudar a abrir puertas para posibles oportunidades de negocios en Cuba en un futuro no muy lejano. Recuerdo haber mencionado el respeto que tendríamos de otros negocios latinos que estarían de acuerdo con nuestra posición; aunque con temor, ya que ninguna otra entidad latina no había emitido aún una declaración, aparte de los radicales o activistas.

Escuché la reacción inmediata de algunos. Uno dijo: «Ajá, ¿cómo esto nos ayudaría?». Recuerdo a Tony Rodríguez preguntando: «¿Me permitirán abrir un McDonald's en La Habana?».

Yo le respondí: «Ahora no, Tony, pero piensa en esto. Si tenemos el reconocimiento por haber invitado a Fidel, la asociación será recordada como amiga de la Revolución Cubana. Ahora existe un bloqueo por parte de EE.UU. contra el Gobierno cubano y no puede haber negocios entre nosotros; pero ¿qué pasará cuando el bloqueo, que no ha funcionado en estos años, al fin se derrumbe?». Como logró su atención, continué: «Los cubanos querrán hacer negocios con empresas y gente que han sido amigables con su Gobierno. No los van a hacer los exilados cubanos en Miami, que han hecho lo posible por destruirlos». Añadí que entendía que el Gobierno cubano estaba basado en principios, que era leal con aquellos que consideraba amigos. Y para concluir reiteré: «Si añadimos nuestro nombre, mientras Fidel no fue invitado por el alcalde, estaríamos entre las organizaciones que el Gobierno cubano tendría en cuenta para hacer negocios una vez que el bloqueo de EE.UU. se desmorone».

Carlos explicó que Fidel también había sido convidado por varias organizaciones empresariales anglo y parecía que la comunidad afroamericana en Harlem lo había hecho también. ¿Nosotros seríamos los únicos que no lo invitaríamos?

Nos parecía haber argumentado la idea suficientemente. Entonces Carlos convocó al voto. Para mi sorpresa fue unánime, de 4-0. Seríamos la organización que de manera oficial invitaría a Fidel Castro. También asignaron \$500.00 para una pancarta y otros gastos en que pudieran incurrirse en caso de que necesitáramos una conferencia de prensa. ¡Yo estaba tan contento! Conseguí a cuatro republicanos que endosaran y apoyaran la descabellada, pero valiente invitación al presidente Fidel Castro, un líder cubano invitado por las Naciones Unidas, pero insultado por nuestro alcalde. El comunicado de prensa sería un hecho.

## David Galarza sube la apuesta

Yo estaba tan contento como cualquier activista podía sentirse. Había logrado un local y una organización oficial para firmar como huésped de una cena para Fidel. Llamé a David y le di la buena noticia. Fidel debía llegar el sábado 23 de octubre, y habíamos logrado la meta en tiempo récord. Teníamos lo que necesitábamos para escribir y enviar el comunicado de prensa antes del arribo del mandatario cubano a Nueva York.

David, tan emocionado como yo, lanzó otro obstáculo en el camino. Dijo que antes de redactar la nota, se debía añadir a otra persona al comité anfitrión, me hablaba de alguien que garantizara la publicación del comunicado.

—¿Quién? —le pregunté.

—El congresista José Serrano —me respondió.

Me pareció imposible y así se lo expresé, porque no había oído hablar de ningún oficial electo en el Bronx o en la ciudad que criticara la acción del alcalde.

Comprometer al congresista Serrano iba a ser difícil. Aunque tenía buena relación con él, a veces se tomaba tiempo la devolución de la llamada.

Lo conocía desde 1975, yo era adolescente y él no era todavía asambleísta. La relación nuestra se tornó especial por

décadas desde mis años como estudiante universitario y vivía en la avenida Cauldwell (una vez más, una historia para otro día). Era una persona muy cuidadosa de lo que hacía. Yo le hice campaña y voté por él, fue la primera vez que hice eso por un oficial electo. Entonces le decía que si alguna vez decidiera postularse como independiente para la organización política del condado (Partido Demócrata), lo ayudaría.

En 1986 me llamó y me invitó a Albany, quería conversar conmigo. Yo odiaba a Albany, siempre iba para las manifestaciones y en invierno hacía muchísimo frío. Sin embargo, era la primera vez que viajaría invitado por alguien. Sentí curiosidad.

Allí nos encontramos. Me recordó mi promesa de apoyarlo si alguna vez se postulaba contra la maquinaria política del condado. Me dijo que estaba cansado de que se le prometiera la presidencia del condado; por lo tanto, se iba a postular contra el candidato de la organización, Stanley Simon. No lo pensé dos veces, de inmediato le di mi aprobación. Nunca antes había hecho campaña por algún político, no sabía nada sobre elecciones; pero me hallaba bien conectado en la vecindad donde vivía hacía treinta años. Serrano lo sabía, desde 1973, el año en que nos conocimos.

Ese día me preguntó qué quería si él ganaba. No entendí su pregunta, nunca había estado expuesto a tratos en cuartos oscuros de política electoral. Con claridad me explicó y volvió a preguntarme: «¿Qué tú quisieras?». Recuerdo su mirada perpleja al contestarle que deseaba que en los rótulos en los puentes y expresos que se dirigían al Bronx, donde dicen *Welcome to the Bronx* y exhiben el nombre del presidente del condado, se leyera: *Welcome to the Bronx*/Bienvenido al condado del Bronx. Insistió: «¿Eso es todo?». «Sí. Eso es todo», le respondí. Escribió unas notas en un pedazo de papel y expresó en voz alta: «Eso estuvo fácil».

Fuimos a las cámaras legislativas del estado, nos tomamos una foto sentados en el salón vacío; luego me envió una copia

con la siguiente inscripción: «Recuerdo cuando no se permitía tu presencia cerca del capitolio estatal» y firmó, José Serrano.

Mi amigo y yo éramos como mano en guante durante su campaña para presidente del condado. Llegamos a las calles como un equipo de etiquetas bien coordinado. Perdimos, pero la campaña fue histórica; nos superó Stanley Simon en gastos, por cerca de un millón de dólares ante los sesenta mil de Serrano.

No se esperaba que Serrano obtuviera más que un 15 % de votos, porque no hubo un solo oficial electo del Bronx que lo respaldara. Todo el mundo quedó en *shock* cuando el voto salió en masa como nunca antes, casi igual al bloque de votantes más grande del condado Co-Op City. Algo similar no había ocurrido antes. Había perdido esa elección; pero sabíamos que había sido por algo que sucedía una y otra vez. Perdió la elección en las mesas de votación.

Luego, mientras estuvo en la asamblea estatal, trabajé como director de su oficina constituyente. Mi familia lo consideraba parte de ella. Había partido el pan en mi casa siendo yo estudiante universitario y después, cuando éramos prácticamente vecinos en los tiempos en que viví en el apartamento del 888 de Grand Concourse. Habiendo trabajado para Serrano y conociéndolo bien, estaba convencido de que no querría ser parte de una idea descabellada.

Pero David me exhortó a intentarlo de todos modos; me afirmaba que había sido vociferante en algunos asuntos pro-Cuba e, incluso, en contra del bloqueo y la inminente Ley Helms-Burton, legislación federal que fortalece el embargo contra Cuba. Él creía que si Serrano apoyaba esos asuntos, podría apoyar el comunicado de prensa.

## **Conversación con José Serrano**

Accedí a comunicarme con Serrano. Sabía que se hallaba muy ocupado, con frecuencia mis llamadas se perdían en el vacío

y las que devolvía a veces ya no eran relevantes; pero entendí que por lo menos debía probar. Necesitábamos publicar el comunicado de prensa lo antes posible y no podíamos esperar para añadir su nombre a la lista. Si queríamos la efectividad del comunicado, este debía publicarse antes de que Fidel llegara a Nueva York. Su arribo sería el sábado.

Llamé a la oficina de Serrano tan pronto hablé por teléfono con David. Le planteé al empleado que me atendió que necesitaba discutir algo muy importante con el congresista; le añadí que mi llamada estaba relacionada con el insulto del alcalde al presidente Fidel Castro y que planificábamos algo al respecto.

Agradablemente sorprendido recibí su llamada de vuelta, pasadas unas horas. Le di las gracias por su prontitud y procedí a explicar la urgencia. Recuerdo haberle dado los detalles de nuestra idea antes de preguntarle si estaría de acuerdo en añadir su nombre al comunicado de prensa. Serrano exclamó o preguntó, quizás ambos tonos se unieron al decir: «¿En serio?». Yo creía que era su manera elegante de significar «estás loco». Me sonreí. Todo parecía una línea ensayada dada la reacción inicial de cualquiera que le hablara por primera vez sobre el tema. Le manifesté que lo hacía con toda la seriedad del asunto; que tenía asegurado un restaurante, el Jimmy's Bronx Café, el cual frecuentaba dadas sus relaciones con el dueño; que había hablado con Carlos Nazario y el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios para que oficialmente se encargaran de la invitación.

Creí sentirlo preocupado porque el plan podía perjudicar mi negocio de traducciones y la nueva empresa, el Latino Sports. Le expliqué que carecía de algún vínculo de negocios con la comunidad cubana del exilio y que allí no había grandes concentraciones de exilados cubanos que tuviéramos que temer. Además, le precisé que se trataba solo de un comunicado de prensa, recuerdo haberle dicho: «¿Qué van a hacer ellos, criticar un comunicado de prensa?». Entonces me dijo: «Creo que

te arriesgas; pero si quieres hacerlo, te doy permiso, ¡añade mi nombre!».

Atónito escuché su aprobación. Me había hecho la idea de que sería más difícil o casi imposible, pues como congresista y figura pública seguro pondría más críticas y fuego de los exilados cubanos que nosotros.

Ninguna organización, ni oficial electo, ni activista o líder comunitario de la ciudad o el estado se había pronunciado por lo que ocurría en el Bronx. Al firmar Serrano, sería el único oficial electo opuesto al negativo acto del alcalde, mientras causaría críticas adicionales de exilados cubanos vociferantes y políticamente conectados, con más influencia en Washington, que en Nueva York y el Sur del Bronx.

Ya había logrado cuanto David sugería para darle credibilidad al comunicado de prensa: local, auspicio del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios y la firma del congresista José Serrano. Podíamos escribir y enviar el comunicado y yo regresaría al trabajo diario. Necesitaba volver la atención a mi negocio, estaba dedicando más tiempo del que esperaba a un asunto que tampoco resultó tan simple como creía.

Llamé a Galarza para darle las buenas noticias.

—Conseguí a Serrano —le comuniqué eufórico.

—Lo ves, yo te lo dije —reía feliz mientras hablaba—. Ahora tenemos lo necesario para llamar la atención con seriedad —concluyó del otro lado de la línea.

David escribió el documento. Era jueves, pero solo podía hacerlo tras concluir su horario de trabajo en la oficina del presidente del condado de Manhattan. Me envió una copia. Me gustó y se lo envié a Carlos Nazario y al congresista Serrano para que le dieran una última mirada antes de enviarlo a la prensa. Este no contestó hasta el próximo día.

Aprobado el comunicado por los dos, lo enviamos a los medios el viernes por la mañana, un día antes de que el presidente Fidel Castro llegara a Nueva York. Los facsímiles salieron desde mi oficina. Me sentí tan aliviado que de mis labios escapó:

«¡Misión cumplida!». Tomé aire con plena conciencia y llamé a mi hija Kimberly, que trabajaba conmigo, para decirle que podíamos regresar al negocio como de costumbre. Aprecié su alegría, porque durante los últimos días, yo había estado básicamente perdido en acción. Desde la primera llamada, mi atención había estado enfocada en el comunicado de prensa, fuera de la oficina.

A media tarde, Kimberly me buscaba para asuntos pendientes del negocio; me dio una serie de mensajes y un número elevado de llamadas que debía devolver. Para sorpresa mía, también empezamos a recibir otras que indagaban por la invitación salida a la calle hacía apenas unas horas. No podía entender cómo la gente ya se había enterado. Averigüé con unos pocos amigos si habían escuchado la noticia en alguna estación. Lo cierto fue que se regó tan pronto como salió el comunicado. Por vía oral lo supieron otros, familiares y amigos como Franklin Flores, quien tenía una relación con Casa de las Américas, a través de una organización cívica de seguidores pro-Cuba, y Maxi Rivera, un activista comunitario del Sur del Bronx.

El reportero de *El Diario*, Gerson Borrero, fue el primero en llamar a mi oficina. Él lo había hecho antes de que enviáramos el comunicado. Me preguntó sobre la invitación. En aquel momento decliné comentar porque no habíamos emitido el documento. Pensé que mientras menos personas supieran del proyecto, menos tiempo tendría la gente opuesta para reaccionar. No sé cómo obtenía la primicia sobre los asuntos políticos de la comunidad latina. Creí que Serrano se había comunicado con él, tan pronto habló conmigo.

No teníamos problema con eso; pero la disciplina siempre ha sido una de mis virtudes más fuertes. Yo seguía el libreto que habíamos acordado. Aunque mi nombre aparecía en el comunicado de prensa, no debía ser el portavoz. Consideraba que Carlos, presidente de la organización auspiciadora, y Serrano, el congresista, debían ser quienes se dirigieran a la prensa.

Tampoco quería que la noticia saliera al aire hasta tanto no estuviéramos listos. Era un asunto de seguridad para mí. Mi trabajo en organizaciones izquierdistas siempre se había desenvuelto en una atmósfera de súper discreción. Nos enseñaron a dar información cuando absolutamente teníamos las condiciones para hacerlo. Ya no era posible controlar cuándo y cómo se hiciera pública. La noticia corría afuera. «Castro invitado al Bronx» era lo que se oía en las calles. Como decíamos: «Radio Bemba —la radio de chismes— siempre ha tenido un mejor alcance entre nosotros que las noticias regulares».

### **Se formó el ti-tin-gó**

No tuvimos más que unas poquísimas horas de paz, antes de que azotara la tormenta. El comunicado salió el viernes temprano por la mañana y cerca del mediodía iniciaron las llamadas telefónicas.

El próximo día se puso peor. Los aparatos no dejaban de sonar y también llegaban las felicitaciones de amigos por habernos enfrentado al alcalde. Nunca me imaginé tal reacción. Fidel estaba pautado para arribar ese día, y quizás era otra razón para las llamadas. Los reporteros deseaban saber si habíamos recibido respuesta de Fidel o de los cubanos por la invitación. Esas eran preguntas fáciles de contestar, no requerían consultarlas ni referírselas a Carlos o Serrano. Solo decía: «NO».

Salí de la oficina después de almuerzo para una reunión. A mi regreso, bien de tarde, aprecié en Kimberly un semblante de frustración. Solo la veía así ante algún problema con un recaudador o un intérprete que no se presentara a su asignación. Pero este no era uno de esos problemas. Kimberly se aquejaba porque los teléfonos no habían cesado de sonar durante toda la tarde. La mayoría de las llamadas, 99 %, estaban relacionadas con el comunicado de prensa.

Aparentemente, más gente de la imaginada manifestaba interés por el evento: ¿Había confirmado el Sr. Castro? ¿Qué es el NPRBC? ¿Cuál es la fecha? ¿Dónde se puede comprar un boleto? Parecía imposible lo que sucedía. Y eso que habíamos publicado el comunicado de prensa sin tener idea de que pudiera concretarse el evento; yo había preparado mi oficina y a Kimberly para un pequeño aumento en las llamadas; pero no fue suficiente para lo que se presentó. Lo que acontecía nada tenía que ver con publicaciones de actos para jugadores de Grandes Ligas que son tan populares.

Ante la nueva realidad, Kimberly aprendió a manejar muy bien la prensa. La instruí para tomar mensajes a partir de las tantísimas llamadas, de manera que pudiéramos analizarlas al finalizar el día sin interrumpir el trabajo regular. En dependencia del mensaje, determinábamos si se le enviaba a Carlos Nazario en el NPRBC o a la oficina del congresista Serrano.

Lamentablemente, las llamadas no eran el único inconveniente importante, vendría algo más en camino...



# CAPÍTULO II

# PREPARACIÓN



## La dama de rojo

Al caer la tarde del sábado, parecía que la vida había vuelto a su normalidad; la avalancha de llamadas telefónicas había disminuido y las que entraban eran de fácil manejo.

Regresé al itinerario que exigían mis dos pequeñas compañías. Había cientos de abogados por las áreas de la calle 149 y 3ª Avenida, Grand Concourse y calle 161 donde, yo había repartido literatura para presentar mi negocio de interpretación y traducciones. Por lo tanto tenía bastante faena por esos alrededores.

Desarrollar el negocio de interpretaciones partiendo de la nada requería de mi tiempo. Casi siempre me mantenía en la calle por la mañana para visitar las oficinas de los abogados del área; pero siguiendo nuevos instintos, empecé a salir avanzada la tarde, cuando estos volvían de las cortes o con sus secretarios. A esa hora no estaban tan ocupados y me resultaba más fácil conversar con ellos. Pero ese día, recién sentado en mi escritorio, entró mi hija muy preocupada y casi a gritos me dijo:

—Pa, se me olvidó decirte que debes llamar enseguida a Serrano. Él llamó varias veces, pero no quiso dejar mensaje.

Me comuniqué rápido con el congresista. Ni expresé una palabra cuando le escuché un tono muy serio:

—Tengo que decirte algo y por favor escucha —anunció—. A mis catorce años —creo que esa fue la edad que mencionó— vivía en el proyecto de vivienda Millbrook; siempre veía a una mujer muy atractiva, de cuerpo increíble, vestida con traje rojo, que regresaba a su hogar cada sábado muy temprano.

Yo no podía creer lo que oía. Detuve mi trabajo tan atrasado para llamarlo con urgencia y él contándome una historia de su niñez. Sin querer ser irrespetuoso, lo interrumpí; le pedí que fuera al grano, porque necesitaba actualizar mis tareas. Alzó la voz y más entusiasmado aún, me rogó:

—Solo escucha. Yo estaba enamorado de esa mujer, soñaba que algún día podría invitarla a salir.

Una vez más interrumpí su relato, y exaltado grité:

—¡¡Serrano!!

De nuevo me exigió calma, ahora con tono ansioso, continuó:

—Por fin tuve la valentía de invitarla a salir.

—¿Y qué pasó, Serrano?

—Me dijo que sí, compadre. ¡Me dijo que sí!

—¿Y entonces, qué hiciste?

—¡Me escapé!

Su historia me tenía un poco confundido, también desconcertado. Pero como ya necesitaba saber por qué me había llamado tantas veces para contarme la historia de la dama de rojo, me decidí a terminar con aquello.

—José, no entiendo. ¿Qué tiene que ver esta remembranza tuya conmigo? No había terminado mi oración cuando me gritó:

—¡Fidel dijo que sí!

—¿¡Qué... Qué!? —ahora el grito fue mío— ¡Dios mío!  
¿Hablas en serio?

—¡Fidel dijo que sí! ¡Fidel dijo que sí! —repetía.

Ahora sí que mi cabeza empezó a dar vueltas. Solo venía a mí el comunicado que habíamos escrito y enviado a la prensa local. ¿Por qué y cómo un comunicado de prensa llegó a un nivel donde el presidente cubano aceptara nuestra invitación? Eso estaba por asimilarlo.

Al fin pude entender la historia de Serrano sobre la dama de rojo. Nunca esperó que aceptara su invitación. Por eso, ante el sí, escapó. Esta vez, la diferencia era que ni él, ni el National Puerto Rican Business Council, ni yo, podíamos huir. Teníamos que seguir adelante con una realidad para la que no estábamos preparados del todo.

### **Es real que Fidel viene**

Por mi mente solo pasaba «Fidel viene. Fidel viene», a la vez que sentía el leve adormecimiento que se presenta ante lo inesperado. El cerebro mientras trata de conectarse con los sentidos, se pregunta: «¿Cierto o no?». Durante los pocos segundos que transcurrieron tras la gran noticia, la voz de Serrano me martillaba con una sucesión de indagaciones: «¿Tu sabes lo que esto va a causar? Traerá manifestaciones, patrullas, gente, la prensa con sus preguntas embarazosas». Yo entumecido todavía y mi amigo el congresista compartiendo conmigo sus ansiedades.

Estaba consciente de que sus preocupaciones tenían un fundamento sólido; pero todo tan de pronto y aglomerado no me permitía asimilar sus palabras. Me impuse reaccionar, porque no había tiempo para que el pensamiento durmiera; el tema era Fidel y lo polémico que podría ser su presencia. Yo conocía las calles del condado. No podía imaginarme autobuses llenos de exilados cubanos viniendo al vecindario a protestar por la visita del líder. El territorio, con su influencia puertorriqueña y progresista, no era un refugio seguro para cubanos conservadores de extrema

derecha, cuyos puntos de vista a menudo chocaban contra los nuestros.

Logré sosegar a Serrano cuando le pedí que se calmara:

—No vamos a tener ninguna manifestación de exilados cubanos aquí, te lo puedo asegurar.

No obstante, me preguntó:

—Pero... ¿cómo vamos a prevenir que la prensa o la gente le haga preguntas incómodas a Fidel como, «¿cuándo van a haber elecciones libres en Cuba?».

Esa era una pregunta legítima; pero le precisé que nosotros haríamos una cena, un evento privado, no público; que en el comunicado de prensa no decía por ninguna parte que fuera algo público. ¿Cuántas personas estarán presentes? Mi reflexión alivió un poco las tensiones de Serrano; entonces indagó sobre la lista de huéspedes y quiénes iban a estar allí. Le recordé que la cena era auspiciada por el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios. Por lo tanto, podría ser solo para algunos miembros nuestros y gente de su personal; que entre las organizaciones con las que habíamos estado trabajando, fácilmente podíamos llenar un salón, serían personas respetuosas. Con esta idea encontró calma por primera vez. Desde que iniciamos la conversación, había transitado del pánico a un tono reposado que favoreció la planificación.

Por eso no quise preguntarle ¿por qué compartió el comunicado de prensa con Washington, D. C., ni por qué lo envió más allá de la zona de confort de nuestra área, si se suponía que solo fuera una reacción ante el desaire del alcalde Rudolph Giuliani al presidente Castro y no una invitación real? Quizás no indagué porque, como legislador, supuse que Serrano había hecho lo que consideró correcto. Dados sus contactos con la Sección de Intereses Cubanos, debió sentir que era obligación suya compartir el comunicado de prensa con ellos. Lo cierto es que el documento devino invitación formal a una de las figuras políticas más polémicas del mundo actual.

De esas inquietudes no hablé, pero si hube de plantearle algunas curiosidades mías: «¿Cómo sucedió? ¿Cuándo se supone que sea la cena? ¿Cómo Fidel aceptó una invitación emitida mediante los medios locales de comunicación?». Serrano me explicó en detalles.

## Una copia del comunicado en las manos de Fidel

Asimilado el hecho de que Fidel había accedido a nuestra invitación, pude conocer cómo sucedieron los hechos.

Me explicó que le había enviado una copia del comunicado a la Sección de Intereses Cubanos, la misión diplomática de facto en Washington, D. C. Aparentemente, él tenía tratos con la Sección de Intereses; y a su jefe, Fernando Remírez Estenoz, en gesto de cortesía, le envió el documento.

Pasados los años, me enteré de otros detalles. Resulta que mientras hacía mi investigación en Cuba para este libro, pude entrevistar al señor Remírez; el cual me ofreció su versión y comentarios alrededor de las acciones que propiciaron la visita del presidente Fidel Castro. Me explicó que recibió una copia del comunicado en la oficina de Washington, pero también lo había leído en los periódicos y escuchado por otras fuentes en la misión cubana en Nueva York.<sup>8</sup> Recordó

<sup>8</sup> Al concluir David y yo el comunicado de prensa, llamé a mi amigo Franklin Flores y le envié una copia. Él tenía una muy buena relación con la misión cubana; su esposa Nancy es cubana con amplia labor en Casa de las Américas, una organización de emigrantes cubanos en Nueva York que apoya la Revolución. Como cortesía, le pedí a Franklin que compartiera el comunicado de prensa con sus contactos en la misión cubana.

la llamada que recibiera del congresista Serrano relacionada con la invitación. Serrano era un miembro titular del Congreso de EE.UU., considerado además, amigo del pueblo cubano, y eso conllevaba mucho respeto.

«Aquella tarde del 21 de octubre de 1995, en Nueva York, que yo esperé a Fidel en el aeropuerto, le entregué personalmente una copia del comunicado de prensa, al mismo tiempo que le hablé del imprevisto». Remírez me contó que luego de Fidel leerlo, sin dudar ni consultar con nadie, afirmó que asistiría. Él solo tomó la decisión; que una minoría lo apoyó mientras otros miembros de la delegación cubana y el Servicio Secreto de ambos países estaban incómodos con la idea. Sin embargo, la decisión de Fidel persistió. Así de sencillo fue como el presidente de Cuba aceptó ir al Sur del Bronx. Algo bastante inusual.

El diplomático cubano me confesó que todas las reuniones con el presidente Castro en Nueva York se habían planificado y aprobado con antelación. El hecho de que decidiera asistir con tal espontaneidad a una celebración que no estaba en su agenda, ni informado por nadie de su personal, le pareció como un acto simbólico de la relación que Cuba y Puerto Rico siempre han mantenido.

Y, efectivamente, la invitación debió haber tenido un significado especial para él, sobre todo, en cuanto supo que el evento era auspiciado por el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, apoyado por el congresista José Serrano, puertorriqueño también, y que la cena se efectuaría en el corazón de la comunidad puertorriqueña más grande de Estados Unidos.

El presidente Castro siempre ha demostrado los sentimientos internacionalistas y solidarios de su pueblo; y desde el propio comunicado debió sentir el calor de gente muy cercana a la suya. No debió pasar por alto el hecho de que la invitación fuera en respuesta a la insensibilidad del alcalde. Este desafío tuvo que desempeñar un papel

importante en la mente analítica e intuitiva del presidente cubano Fidel Castro.<sup>9</sup>

Los detalles que contó Remírez los supe algunos años después; pero en el momento de la noticia tuve un segundo *shock* cuando Serrano me dijo en esa misma llamada telefónica que la actividad tenía que celebrarse el lunes 23 de octubre. Contábamos con algo más de cuarentaiocho horas para organizar lo anunciado.

Me reanimé y alimenté la idea de que entre el NPRBC y el personal de Serrano podríamos planificar algo pequeño sin grandes problemas; pero primero tenía que llamar a Carlos Nazario y Jimmy Rodríguez, e informarles de las buenas o malas noticias, dependiendo de cómo las interpretaran.

Traté de no desgastarme en pensar sobre la logística, ni en el poco tiempo con que contábamos, ni en el impacto de la visita. De mi mente no se iba el comentario de Fidel: «Dile a mis hermanos puertorriqueños que estaré allí con ellos; que para mí esto es como recibir un Premio Nobel». Así le habían transmitido a Serrano la aceptación del presidente cubano, tal y como él lo había expresado. Sus palabras calaron muy profundo en mí. Aunque yo he escuchado y leído discursos de Fidel y escritos suyos, por mi pasada afiliación en organizaciones revolucionarias como los Young Lords y el Comité-MINP, nunca le había oído ni yo leído algo tan poético y cálido. Esas palabras las había dirigido a nosotros: comparar el simple comunicado de prensa convertido en invitación con la emoción de recibir un Premio Nobel era lo más supremo que podía escuchar.

Y sonreía solo de pensar que el Sur del Bronx iba a ser el punto de debate en las noticias de los próximos días, con la

<sup>9</sup> Cuando entrevisté en Cuba al exjefe de la Sección de Intereses Cubanos en Washington, Fernando Remírez, también estuvo de acuerdo con que la cena fue un acontecimiento histórico en muchos aspectos y que dejó una impresión muy positiva en el presidente Castro y en todos los miembros de la delegación cubana que asistieron.

diferencia de que esta vez la historia para contar no sería negativa. Quizás como la primera visita de Fidel a Harlem en 1960, el Condado de la Salsa iba a ser noticia de primera plana. No era solo una invitación formal, sino un asunto nacional, quizás hasta internacional.

La conversación telefónica con el congresista Serrano, que me hizo transitar por una gama de ideas y sentimientos, no fue comparable con lo que me esperaba en las próximas cincuenta y tantas horas.

### **¡La noticia!**

Tan pronto superé el trauma inicial, cambié mis engranajes para planificar lo que nunca pensamos que sucedería. Llamé a Kimberly a mi oficina y le comuniqué la noticia. Para su crédito y mi sorpresa, no reaccionó de ningún otro modo que no fuera encoger los hombros y decir para sí: «Ok, otro evento no planificado y con menos de tres días para organizarlo». Kimberly es mi primogénita, había estado expuesta a todas mis vueltas políticas desde el comienzo. A ella y a su hermana menor, Taína, desde que empezaron a caminar las llevaba a cada actividad que asistía: manifestaciones, reuniones e, incluso, a la universidad cuando solo tenían edades de cuatro y cinco años. En ese tiempo hacía mi último curso en Lehman College y no podíamos costear una cuidadora. Mi consejera del programa de becas para ayudar a estudiantes de bajo ingreso (SEEK), de Lehman College, Socorro Texidor, no me permitía usar a las niñas como excusa para faltar; entonces las traía a la oficina del recinto y ella las atendía mientras yo asistía a clases.

Al iniciar mis negocios, ambas eran casi adolescentes, pero con más conocimiento sobre responsabilidades de esta esfera que la mayoría de los chicos de su edad. Las dos niñas y su hermano menor, Julio Antonio, tuvieron una exposición temprana a la política comunitaria y al desarrollo empresarial. En

un momento u otro, habían estado conmigo repartiendo hojas sueltas en las calles, recolectando peticiones para alguna causa, contestando teléfonos, archivando papeles, llenando sobres, o solo haciendo trabajo de oficina.

Mi hija mayor fue la primera en atarearse conmigo a tiempo completo, malabareando un poquito en mis servicios de idiomas y más en la nueva puesta en marcha de Latino Sports. Ella había trabajado en eventos, muchos de a última hora, exigiendo un giro rápido, y casi todos de *photofinish*. Creo que ese entrenamiento contribuyó a forjar a la joven que ahora me miraba sin emociones, al tiempo que me preguntaba: «¿Qué hay de nuevo?». Kimberly era inmune a mi ansiedad por el cambio del trabajo regular a la organización de la cena. Ella lo veía solo como algo más, y no apreciaba el tumulto potencial que podría causar. Yo estaba contento por ello.

Siempre protegí a mis hijos de mi participación en la política interna, más seria. Ellos tenían un entendimiento general de la política de izquierda; pero, en este caso, Kimberly no estaba al tanto de las ramificaciones que una visita de Fidel Castro podría tener y yo prefería dejarlo así. Se estaba desarrollando como una buena gerente y planificadora de eventos con destreza sólida y disciplinada. No veía la necesidad de alarmarla compartiendo otros detalles. Me senté a su lado y dividí las tareas relacionadas con las personas que asistirían: chequear los contactos de amigos cercanos y familiares, preparar una lista de gente en las que confiábamos para invitar, considerar una posible lista de espera por si solo asistían nuestros contactos personales. En fin, para ella se trataba de otro evento de último minuto, y como buena en esas faenas, cumplió.

## **Ya sabes quién viene a la cena**

La primera reflexión de Serrano después de superar la noticia de «¡FIDEL DIJO QUE SÍ!» fue dedicada a los posibles invita-

dos a la cena. En muy pocas horas todo debía estar preparado y tenía que ser perfecto. Corrían tiempos en los que no contábamos con teléfonos inteligentes, ni internet, ni correos electrónicos. Serrano no quería avergonzarse y yo había llevado el proyecto a otro nivel.

Decidí llamar a las personas que consideraba el núcleo central, los individuos con quienes había trabajado o convencido de que firmaran el comunicado de prensa. Primero a David Galarza. Él había puesto su idea loca en mi cabeza y lo que consideré solo un comunicado de prensa para darle una lección al alcalde, ahora era más. Debía saber que se había convertido en una invitación tomada en serio, que si un día pensamos que nunca iba a ocurrir, ya era un hecho que Fidel Castro vendría al Condado de la Salsa.

Le expliqué que Serrano había enviado el comunicado de prensa a la Sección de Intereses Cubanos en Washington y también lo recibió la misión cubana, adonde un amigo mutuo, Franklin Flores, probablemente lo había enviado. Ambos expresamos cuán maravillados estábamos de cómo había sucedido todo, y lo otro que recuerdo haber dicho fue: «Gracias por meterme en este enredo y, por supuesto, estás invitado».

Mi próxima llamada fue a Carlos Nazario. Intentaba preparar las palabras adecuadas para informarle, pero recordé que él y el Consejo Nacional Puertorriqueño de Negocios recibirían la noticia como una bendición. Mi argumento de que los cubanos tendrían un entendimiento directo con una sociedad empresarial puertorriqueña en Estados Unidos ya era un hecho y esta necesitaba ser conocida. La cena, de manera definitiva, pondría al Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios en el mapa como la organización que invitó a Fidel Castro.

Finalmente llamé a Carlos, le expliqué cómo el comunicado de prensa había llegado a las manos de Fidel y repetí las palabras que expresó de sus hermanos puertorriqueños como muestra de aceptación. Ante su emoción, le oí exclamar: «¡Wow, de verdad Fidel viene!». Su comentario era resultado

de la excitación por lo que acababa de oír, jamás por miedo a lo que habíamos hecho.

Me sentí aliviado ante su positiva y pragmática reacción. Indagó por si ya había llamado al dueño del restaurante, y le dije que sería el próximo en mi lista de llamadas. Ya habíamos aprobado \$500 para gastos y contábamos con un poco de capital de trabajo. Solo tenía que decirle que usaríamos su restaurante para una pequeña cena privada.

Finalicé la conversación con Carlos luego de pedirle que pensara en los miembros que invitaría, y les recordara que se trataba de un evento del NPRBC y Fidel era nuestro huésped. Ya habíamos acordado reunirnos para revisar la relación de participantes y otros detalles.

Jimmy pocas veces se hallaba temprano en el restaurante, por eso yo disponía de unas horas para continuar planificando. Serrano, mediante una nueva llamada, me habló de alrededor de veinte personas que quería invitar. También me dio los números de teléfono del Servicio Secreto de EE.UU, los cuales solicitaban reunirse con la persona organizadora del programa. No entendía de esa reunión conmigo, pero me explicó que no olvidara que ellos eran los responsables de la seguridad de Fidel Castro en Nueva York. Yo no tenía tiempo para reuniones; pero Serrano insistió en que lo hiciera mientras él se ocuparía de poner al tanto a Jimmy de lo que sucedería en su restaurante. En cierto modo me alegré de que Serrano lo llamara. Así no pelearía conmigo: me iba a recordar que era solo un comunicado de prensa, que Fidel no iba a venir, en fin... todo lo que le había dicho para convencerlo. Aunque estaba acostumbrado a debatir con él o a jugar peleando, sabía que me lo haría difícil.

No estaba contento con la idea de reunirme con miembros del Servicio Secreto de EE.UU. No tenía nada que esconder; pero habiéndome criado en el Sur del Bronx y participado en seria política izquierdista cuando era más joven, me habían dejado un mal sabor los encontronazos con policías y agentes

del FBI. Desde mis días como miembro del Comité-MINP guardaba experiencias negativas con las distintas agencias de Seguridad: mis teléfonos habían sido intervenidos; yo, perseguido; bajado de aviones, acosado y objeto de allanamientos ilegales en mi vivienda con órdenes ficticias que después resultaban no ser para nuestro apartamento, cuyas disposiciones solo mostraban luego de saquearla.

Esos días habían quedado atrás. Yo hasta trabajé en varios niveles de gobierno —federal, estatal y de la ciudad—. En las últimas dos esferas, estuve al lado de respetables oficiales electos, y sentía que había apaciguado al «hermano mayor», que ya no tenía razones para vigilarme. Había pasado por varios chequeos y todos estaban bien. Creía estar «limpio», ya no era visto como un radical amenazante. No me sentía cómodo con el hecho de reunirme con agentes del Gobierno.

Poco a poco, el comunicado de prensa causaba más y más impacto en mi vida personal. Ahora era directamente afectado por la visita de una persona como el presidente Fidel Castro a la vecindad, por la iniciativa de una invitación. Me imaginé que así es como el Departamento de Estado de EE.UU. y las agencias de Seguridad analizaron el hecho y por eso querían hablarme.

Llegué a la conclusión de que no había forma de evitar la reunión con el Servicio Secreto al convertirme en organizador de un evento oficial para una de las figuras internacionales más controvertidas, por lo tanto me preparaba para una reunión donde yo no era objetivo de investigación ni hostigamiento, no debía construir barreras ni evitar esas reuniones. Aún me parecía extraño que el Servicio Secreto pidiera reunirse conmigo. Vaya, esto iba a ser bien interesante.

## **Con el Servicio Secreto de Estados Unidos**

Llamé al número de teléfono que el congresista José Serrano me había dado; hablé con un agente. Me presenté y me percaté de

que estaban esperando mi llamada. Acordamos reunirnos en un restaurante en el centro de Manhattan. Había aprendido, de mis días más radicales, que estos encuentros sucedieran en un lugar público siempre que no confiaba en la otra parte.

Asistieron tres agentes, hombres: dos anglos en sus cuarenta, y uno más joven que se destacaba por su elegancia en el vestir; parecía tener un poco de sangre latina en su color un tanto bronceado, me daba la impresión de estar frente a alguien que había audicionado para un papel en una película tipo James Bond. Me recordó al actor Efrem Zimbalist Jr., que desempeñaba roles protagónicos en las series de televisión *77 Sunset Strip* y *El FBI*. Él fue quien habló la mayor parte del tiempo.

Querían saber por qué mi proyecto. No pensé en nada especial, les contesté lo que siempre les dije a amigos y familiares. Expliqué sobre mi reacción ante la incorrecta decisión del alcalde, el interés de publicar un comunicado de prensa al congresista informándole que Fidel Castro nos visitaría, porque la reunión había sido arreglada desde la oficina de Serrano, de quien siempre pensé con más influencia. No me sentía a la defensiva como usualmente ocurría cuando hablaba con agentes del orden público.

Entonces los tres agentes comenzaron a bombardearme por todos lados sobre el impacto que el evento podía causar: Que si estaba seguro de que quería hacerme responsable de ello... Que si lo había pensado bien... No me tomó tiempo darme cuenta de que, a pesar de sus tonos agradables y cariñosos, hacían lo posible para que declinara de mi proyecto.

Escuché con suma paciencia sus consejos, manifestaban estar preocupados por mí. Mientras hablaban, yo asentía con mi cabeza de vez en cuando como expresando acuerdo con lo que escuchaba. La verdad es que gran parte de lo que decían era cierto. Por un lado, yo no tenía idea clara de lo que estaba haciendo, nunca se planificó que Fidel asistiera, solo fue mencionado en un comunicado de prensa; y por otro, tam-

poco tenía experiencia en la planificación de un evento para un líder mundial. Había organizado almuerzos para atletas, cenas y bailes para la población y organizaciones políticas; pero eso era un juego de niños comparado con lo que tenía delante. No obstante, a pesar de los mejores esfuerzos de los agentes porque cancelara el encuentro, esa posibilidad se hallaba fuera de razonamiento. El congresista Serrano, Carlos Nazario y yo ya habíamos tomado la decisión: la cena sería un hecho.

Convencidos de que no se cancelaría, escucharon mi agradecimiento por los consejos; con sus miradas algo confundidas, quizás analizaban que no habían sido capaces de asustar al joven puertorriqueño. Estoy seguro de que ellos vinieron con un estudio de mi persona; que habían leído mi perfil y sabían que me apartaba de la política radical para involucrarme más en organizar la comunidad y la agenda demócrata progresista; debían conocer que comenzaba a probar las aguas de la empresa privada; y se habían preparado para atacarme por ese lado. «Esto puede perjudicarle en sus oportunidades futuras de movilidad en cualquier carrera corporativa o en el gobierno». Como me mantuve firme, cambiaron a su Plan B. Para eso también estaba listo.

Este era aún más creativo. Fueron a lo personal; trataron de que trasladara el encuentro para su zona de comodidad. Aunque estaba abierto a la idea de escuchar sugerencias. ¿Mudar el evento hacia allá? De ninguna manera. Somos residentes del Bronx y Manhattan no era una opción. Ante mi negación, hablaron de seguridad para Fidel Castro, de que allá estaban más preparados para protegerlo y contaban con mejores recursos.

Casi no podía creer lo que admitían. Reconocían que no tendrían el control debido si se celebraba en el Bronx. ¡Wow! Yo siempre había pensado que nuestro condado era uno de los más abandonados, pero ahora comprobé que estábamos tan abandonados que ni los niveles más altos de la aplicación

de la ley de Estados Unidos tenían recursos en el condado. Tampoco tuve otra alternativa que sonreír mientras los oía, y me preguntaba: «¿Será posible que hasta el Servicio Secreto tenga miedo de venir al Bronx?».

Sentí que la mesa se había virado, que tenía el poder de controlarlos en vez de ellos a mí. Empecé a disfrutar su juego de palabras y acción. Nunca había estado en una agencia de ley y orden donde pudiera hablar de igual a igual. Siempre fui víctima de la Policía, detectives, agentes de inmigración, patrulla fronteriza o del FBI. Ahora no me sentía así. Las ruedas se habían vuelto y el Servicio Secreto era quien se hallaba a la defensiva. Por ninguna razón querían la cena en el barrio. Quizás ya les resultaba estresante proteger a Fidel Castro en la ciudad de Nueva York; protegerlo en nuestro territorio no era algo en lo que hubieran pensado cuando obtuvieron esta asignación.

Por primera vez como boricua, me vi en pie de igualdad con estos agentes, trabajando para uno de los niveles más altos de la Seguridad en el país. ¡Hombre, eso se sentía bien! Ojalá hubiera podido tomar un retrato de sus caras cuando les dije que desafortunadamente la cena no podía ser trasladada. Por un lado, no teníamos tiempo para buscar una nueva localidad —aunque no dudé de la disposición que mostrarían de buscarnos un restaurante u otra ubicación—. Y por otro lado, si no se sentían cómodos acá, yo tampoco en Manhattan. Estaban decepcionados, me lo expresaban su tono y su rostro; insinuaron que yo no cooperaba; querían que me sintiera responsable de lo que saliera mal. No niego que la presión sobre mí fue fuerte; pero no cedí, mantuve mi posición: sería en nuestro hogar, en nuestro condado.

Entonces un nuevo bombardeo comenzó con una lista de demandas que debían cumplirse en no menos de veinticuatro horas antes de la cena: nombre, dirección, número de seguro social, fecha y lugar de nacimiento e información de contacto de cada persona que asistiría. Conside-

rando que sería el lunes por la noche y nos reuníamos el sábado, el margen de maniobra era estrecho. Me fui pensando en la cantidad de trabajo adicional que acababa de añadir a mi agenda. Ese fin de semana no habría descanso.

## **De regreso al Bronx**

Era la primera vez que al tratar con una agencia federal del cumplimiento de la ley salía triunfador. Experimentaba un sentimiento extraño. Desde que llegué a Estados Unidos, ni a mi familia ni a mí nos habían hecho sentir ciudadanos americanos. Siempre marcaban la diferencia: «ellos y nosotros». Ellos eran esa gente fuera de mi mundo de puertorriqueños que vivía en el Sur del Bronx; sin embargo, todos éramos ciudadanos americanos. En ninguno de mis encuentros con el Servicio Secreto, incluyendo este último, me hicieron sentir parte de esta nación. Solo me veían como un ciudadano de segunda clase, un inmigrante aunque nací siendo ciudadano de Estados Unidos. Pero después de esa reunión con los agentes, no solo me sentí como si hubiera tenido la mía, de algún modo había ganado. La cena no se cancelaría, tampoco la mudaríamos de nuestra zona de confort.

El viaje de vuelta en tren resultó bastante placentero. Ajeno a los mendigos y empujando a la muchedumbre del alboroto del tren, viajé en la línea de la avenida Lexington *uptown*, con una sonrisa de Kool-Aid.

Una vez en la oficina, Kimberly quiso saber cómo me había ido en la reunión. «Muy bien», creo que todavía sonreía de oreja a oreja. Me senté en mi cubículo listo para hacer unas llamadas y compartir mi nueva experiencia con amigos allegados; pero apenas me acerqué al teléfono, sonó para mí. Era Serrano con nuevos invitados que quería añadir. Mientras las horas avanzaban, la cena se tornaba más pública. La relación de participantes había sobrepasado el límite de 25-30 que

originalmente planifiqué. También me informó que miembros de la misión cubana, por detalles de seguridad, querían reunirse conmigo.

Como sabía la importancia de la reunión, ni le pregunté si era necesario asistir como lo hice con la gente del Servicio Secreto de EE.UU. Estaba seguro de que los cubanos tenían más preocupación por la protección de Fidel que cualquier otra persona. Era de conocimiento público que la CIA y algunos de sus operativos habían estado involucrados en numerosos intentos de asesinato contra el líder cubano durante años; suficiente razón para que su escolta estuviese atenta. Así que ir a la reunión era mi prioridad. Anoté el número de teléfono y le hice saber a Serrano que teníamos que entregar al Servicio Secreto de EE.UU. la lista de huéspedes, los que ya habían sido invitados y aquellos cuyas invitaciones estaban por definir, y me olvidé de llamar a mi familia y amigos cercanos.

Para esta próxima reunión quería tener toda la información lo antes posible. Faltaban dos días y necesitaba más tiempo en mi oficina para coordinar la creciente lista de invitados y cada dato que pedía el Servicio Secreto, así como otros asuntos de logística. Mis propios negocios, por supuesto, se hallaban abandonados. La visita de Fidel Castro consumía todo mi tiempo.

Después de la llamada telefónica de Serrano, me puse al habla de inmediato con la Seguridad cubana. A diferencia de la otra reunión, solo hablamos en español. Me sentí un poco extraño conversando con ellos, sobre la protección de su líder. No experimenté los celos de cuando hablé con el Servicio Secreto de EE.UU. La persona que me escuchaba sabía quién yo era y me pidió reunirnos pronto, en la tarde o temprano en la noche. Recién había regresado de Manhattan pero no me molestó la idea de volver a otra reunión en el centro de la ciudad.

Le conté que con el Servicio Secreto de EE.UU. la reunión había sido en un restaurante y el agente cubano me dijo que

ellos podrían hacer lo mismo. En un plazo de dos horas nos veríamos en un restaurante no muy lejos de la instalación diplomática, en la calle 38 y avenida Lexington. Nos describimos el uno al otro para que nos pudiéramos reconocer. Se lo hice lo más fácil posible al decirle que usaría una gorra de beisbol de Latino Sports.

## **Reunión con la Seguridad cubana**

En el restaurante, miré a mi alrededor buscando a los agentes cubanos, al menos al que había hablado conmigo. Imaginé que por el aire caribeño y un poco más bronceada su piel que la mayoría de los clientes en el restaurante, podría localizarlo con facilidad, a pesar de que sabía que un aspecto u otro no era de total garantía, pues mi madre, pura puertorriqueña de la isla, pasaba por italiana en Nueva York, dada su piel blanca con pecas y ojos color azul verdoso. Volví a mirar. Como no identifiqué a nadie, tomé una silla y me senté en un espacio frente a la puerta para observar mejor a quienes entraran.

Me imaginaba que debía haber agentes federales siguiéndolos, como seguro hacían conmigo. No pude detener mi mente mientras pensaba que el tiempo y energía que había invertido en dejar mi pasado radical atrás, rápido se estaba yendo por la ventana. En ese momento me encontraba más involucrado en la política que lo que yo deseaba o me importaba.

La reunión con los principales agentes de Seguridad de Estados Unidos y Cuba, el país foráneo que el Gobierno estadounidense consideraba enemigo, me pondría de nuevo en el centro de atención; una vez más causaría que las autoridades me consideraran un objetivo a seguir. «Seguro que después de estas reuniones con el Servicio Secreto de ambos países, combinado con el hecho de que Fidel Castro nos visitaría, sería considerado una amenaza peor que en las pasadas décadas».

La vida da unos giros interesantes. El viejo dicho de la calle: «La vida es una perra y luego te mueres», lo escuchaba en mi silenciosa espera. Ese presagio me rondaba.

Dos cubanos finalmente llegaron, me identificaron muy rápido; sentado de frente a la puerta con mi gorra negra y el logo de Latino Sports, y quizás el único con aspecto latino, fueron factores que ayudaron al reconocimiento.

La reunión tuvo un efecto visual duradero en mí. La tarde se había tornado nublada y los dos agentes aparecieron usando abrigos de color beige, con la correa en la cintura, del tipo que se ve en las películas. Mientras avanzaban hacia mí, me preguntaba cómo me había involucrado en una situación con todas las marcas de una película de espionaje.

Después de las formalidades básicas me preguntaron sobre la cena con su Comandante en Jefe, la agenda para esa noche, la dirección del restaurante, el nombre de su propietario, a quiénes habíamos invitado y la cantidad. Contesté lo mejor que pude. Cuánta gente participaría me era imposible precisar, porque aún se trabajaba en la lista, incluso, mientras hablábamos, y no tenía ese dato exacto. También indagaron sobre la reunión que yo había sostenido con el Servicio Secreto de EE.UU.; las preguntas que hicieron y la información que solicitaron. Encontré a los agentes cubanos más agradables, sin demandas. No hicieron ningún esfuerzo para que viera las cosas a su modo. Fueron muy cordiales, solo me pidieron copia de cuanto se le enviara al Servicio Secreto de EE.UU.

Esta reunión fue rápida. Duró menos de la mitad del tiempo de la reunión que tuve con su contraparte estadounidense. Tras sus excusas, se marcharon. Me impresionó que no inquirieran sobre la seguridad del Bronx, estaba seguro de que también habían escuchado cosas negativas sobre el condado. Pero luego pensé que los agentes asignados para proteger a Fidel Castro tenían que ser veteranos experimentados capaces de manejar cualquier localidad. Mientras se retiraban, me mantuve observándolos y atento a si algún cliente

los vigilaba en la medida en que abandonaban el restaurante. Después de estas dos reuniones, comencé a recordar el antiguo adiestramiento que aprendí durante mis días en el movimiento e instintivamente lo estaba aplicando de nuevo.

Al regresar de mi segundo viaje en el día, continué pensando en la situación. Acababa de reunirme con agentes cubanos a unas cuadras de la sede de su misión, un lugar que había visitado quizás tres o cuatro veces en treinta años. Allí se habían celebrado numerosas recepciones honrando días especiales y eventos de la Revolución, exclusivos para gente que tenía contacto directo con ellos: miembros del Partido Comunista de EE.UU., intelectuales progresistas y otros individuos de izquierda que casi siempre ocupaban posiciones de liderato. Nunca fui miembro de esas organizaciones, ni líder durante mis días radicales, pero sí estuve interesado siempre en asistir a sus actos y visitar la instalación, sobre todo por curiosidad.

Viajé a Cuba en 1978 para asistir al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en La Habana. Desde mi regreso, tuve un mejor entendimiento de esa isla caribeña, pero nunca di seguimiento, ni me integré a organizaciones izquierdistas que trabajaban con Cuba y eran invitadas con frecuencia a su sede diplomática. El festival fue una gran oportunidad para conocer a otra juventud y aprender sobre las luchas que ocurrían en el mundo. A mi regreso, me di cuenta de que necesitaba pasar más tiempo organizando mi propia comunidad. Y ahora, hacía solo unos instantes, había estado diecisiete años más tarde, reunido con agentes cubanos asignados a esa misión, a solo unas cuadras de la instalación diplomática.

En ese viaje en tren hacia mi hogar, mi pensamiento bullía. Me hallaba haciendo una política más allá de una reacción por el insulto del alcalde. Pensé en mis momentos difíciles mientras crecía en el Sur del Bronx donde a diario me hacían sentir como un ciudadano de segunda clase. Traje a la luz, los años en la universidad donde aprendí sobre Cuba y

la lucha de su pueblo por mantener la Revolución. Recordé mi viaje de vuelta del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en La Habana y me pregunté si así era cómo funcionaba el universo, trayéndome a ese punto de mi vida en el que encabezaba un movimiento para asegurar que el líder cubano Fidel Castro y el pueblo de su isla tuvieran el respeto que merecían.

No pude evadir el orgullo que sentí de saber que una nación pequeña comparada con Estados Unidos, había desafiado los intentos de los americanos de destruir su revolución en tantas ocasiones. Aunque no entendía toda la política que había afectado a la Isla en la etapa anterior, sentí un lazo. Tuvo que ver, en parte, el hecho de conocer que este país, cercano al mío de nacimiento, con una bandera similar y un idioma común, se le había encarado al poderoso Tío Sam. Era como si Cuba fuera un salvavidas para mí. Me hizo creer que yo también podía resistir los abusos de los cuales había sido objeto.

También acudieron a mi mente mis contactos más cercanos con cubanos revolucionarios mientras estudiaba en la universidad y asistía a actividades organizadas por Casa de las Américas, en su centro de la calle 14 en Manhattan. La organización siempre auspiciaba bailes y acciones de carácter cultural en apoyo a la Revolución Cubana, a menudo, para toda la familia. Era el único lugar en el que podías tener una conversación inteligente con cubanos de los viejos tiempos que siempre habían apoyado o, incluso, participado en la revolución.

Yo guardaba copias antiguas del periódico *Granma*, y varias revistas de Cuba. Me gustaba leerlas y compartir sus artículos con mi padre, que era un socialista de corazón desde sus días en las plantaciones de caña de azúcar; también admiraba al Dr. Pedro Albizu Campos, presidente del Partido Nacionalista y líder del Movimiento Independentista Puertorriqueño.

La reunión con los agentes cubanos me transportó más hacia Cuba que lo que hubiera imaginado. A diferencia de

la reunión con el Servicio Secreto de EE.UU., con los cubanos me sentí cómodo, con una mentalidad abierta, salí con el compromiso fortalecido de la necesidad de una lucha mutua por el respeto y la autodeterminación de los pueblos.

## **Mi preocupación por la seguridad de Fidel**

Este último viaje en tren me pareció más largo que de costumbre, tal vez porque no cesaba cierta ebullición en mi mente, donde la protección de Fidel era la idea fija. Que los agentes del Servicio Secreto de EE.UU. intentaran hacerme sentir que les hacía difícil la protección del presidente Castro por negarme a cancelar o mudar el evento a Manhattan, me siguió revoloteando. ¿Podría pasar algo? Si algo sucediera, ¿sería mi culpa? ¿Me perdonaría yo ante cualquier situación desagradable? ¿Podrían las partes en juego utilizar el momento improvisado como una treta contra el presidente Castro?

Todas esas interrogantes me perturbaban. El hecho de ser un jugador clave en la coordinación de la seguridad de Fidel, ante los ojos de los agentes de ambos países, lastimó en cierta medida mi comodidad.

Cuando yo integraba los movimientos izquierdistas, siempre tenía algo que ver con estos detalles, quizás por mi entrenamiento, desde hacía años, en artes marciales o porque les enseñaba esta disciplina a quienes atendían el área y también a jóvenes de mi comunidad. En mi último año en Lehman College, prácticamente paralizamos la universidad con una de las tomas estudiantiles más exitosas de su historia, y todo sucedió con un plan que desarrollé. En algunos momentos cuidé lugares al aire libre para foros y festivales. Yo siempre me ofrecía como voluntario para servir en acciones que garantizaran la integridad de los visitantes revolucionarios de América Latina y de la patriota puertorriqueña Lolita Lebrón cuando fue liberada después de veinticinco años en una

prisión federal. Por lo tanto, como conocedor del tema debía pensar en mi propio plan.

Los agentes del Servicio Secreto de EE.UU. me habían hablado de «la seriedad de asegurar la localidad para Fidel Castro». Su comentario me hizo reflexionar sobre la posibilidad de que el evento fuera utilizado para algo en contra del líder cubano, justo donde ellos no estaban familiarizados. Por otra parte, era algo inesperado, no había aparecido en ninguna agenda preplanificada de los cubanos ni de los americanos cuando revisaron por primera vez los protocolos para la visita. Al unir las casualidades decidí que, aparte de lo que hicieran los equipos de uno y otro país, tendríamos la nuestra. Regresé a mis viejos días de supervivencia en las calles: «Solo confía en ti mismo y en tu gente más cercana».

### **Planificando una seguridad propia**

Como ya no tenía contacto con la mayoría de hermanos con los que antes había trabajado en esta dirección, tuve que pensar en alternativas. Sí contaba con personas de las calles del Sur del Bronx, pero para mi propósito necesitaba más que meros números y músculos. Cuando fundamos el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios nos encontramos con una variedad de puertorriqueños, hombres y mujeres, que eran empresarios. Una cantidad elevada de ellos estaban establecidos con empresas sólidas; otros como yo nos enfrentábamos por primera vez al trabajo en red. El NPRBC proveía una excelente oportunidad para lograrlo. Y así fue como me hice amigo de Jerry, *Fast Feet*, Fontanez, un experto en artes marciales, clasificado como campeón de *kickboxing* en el mundo. Él tenía varios *dojos* en el Bronx y yo los frecuentaba en ocasiones cuando efectuaba sus propios torneos.

De inmediato pensé en él para que fuera parte de mi seguridad interna esa noche. Sabía que los agentes de los dos

países iban a estar allí; pero mi mente desconfiada siguió preocupándose, por eso quería gente de mi total confianza. El encuentro con el Servicio Secreto de EE.UU. no me tranquilizó ni me hizo sentir seguro.

El lugar de la actividad lo conocía bien; lo visitaba con su propietario, desde su etapa constructiva. Desde entonces, lo ayudaba a promover el restaurante original, fundado por su padre, Mariscos del Caribe, en la avenida Webster, y el Jimmy's Bronx Café, casi a término. Recuerdo a su dueño orgulloso de su más grande y ambicioso proyecto y propiedad suya, además. Se trataba de un restaurante puertorriqueño con la mejor cocina caribeña, el primero de su clase en el Bronx. Jimmy quería mostrárselo al mayor número de amigos y contactos posibles. Por eso, cada vez que visitaba Mariscos del Caribe en la avenida Webster, me llevaba hasta Fordham Road para ver el desarrollo y los detalles de la construcción de su nuevo negocio. Ahora auspiciaba los almuerzos de premiación que yo ofrecía a atletas latinos destacados.

Debido a mi conocimiento del local y de su espacio, se me hizo fácil delinear un plan. Básicamente, mi preocupación estaba enfocada en la entrada al restaurante y en el salón donde la cena tendría lugar y no en el edificio y área circundante, que serían asegurados por los agentes del Servicio Secreto. Ellos no iban a permitir ningún acceso a sus localidades.

Ensimismado en mi plan, apenas escuchaba que mi hija Kimberly me recordaba otros asuntos aún pendientes. Así estuve hasta que se me acercó con una serie de ellos, incluyendo los nombres de nuevos huéspedes sugeridos por el congresista Serrano, y con numerosos mensajes que requerían respuestas. En ese instante levanté mis manos, como pidiendo tiempo para hacer una llamada importante, no quería desviarme del asunto que me ocupaba.

Llamé a Jerry Fontanez para informarle sobre la cena, mi experiencia con los agentes de los Servicios Secretos de EE.UU. y Cuba, y la razón por la que necesitaba su ayuda.

Puede que mi amigo no tuviera total conocimiento de lo que ocurriría, ni estuviera al día con la política de Cuba; pero su respuesta tranquilizadora y sólida como la de cualquier veterano de izquierda leal, me dijo: «Cuenta conmigo». Saber que tenía amigos que no necesitaban mucha información, ni detalles para entrar a bordo, me hizo mostrar otra sonrisa Kool-Aid en mi rostro. Para cualquier cosa él estaría allí disponible.

Al discutir los detalles, le dije que necesitaría de cinco a seis de sus mejores cintas negras y que, por lo menos, una fuera mujer. Mi plan era simple, quería que su gente estuviera bien vestida, disgregada por el salón entre los invitados. Lo instruí sobre lo que tenía que hacer si por cualquier razón un instigador, agente o cualquier persona evadía los equipos de seguridad y quisiera interrumpir o peor, atacar a Fidel: los suyos tenían que enfocarse en ese individuo y aislarlo del resto; una vez neutralizado, quedaría en manos del Servicio Secreto. Me encantó su respuesta: «No hay problema, entiendo». Ante su disposición, empecé a sentirme más seguro.

## **Necesitamos más ayuda**

Regresé a los mensajes de Kimberly. Contábamos con casi dos días para dilucidar cualquier detalle adicional antes de la visita de Fidel. Ya la ubicación estaba lista. Ahora añadí otra capa de seguridad con gente que solo respondería a nosotros, y no a una agencia de gobierno. Ambas oficinas, las del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios y la del congresista Serrano estaban al día y proveyendo la información necesaria al Servicio Secreto. Ahora mi atención se enfocó en la creciente relación de invitados. Al inicio quería una cena pequeña para calmar la preocupación del congresista sobre cualquier posible obstáculo y por mi propia creencia de que sería más fácil de organizar.

Enseguida me percaté de que mi hija trataba de llamar mi atención sobre el sustancial aumento de participantes, la cifra ascendía a alrededor de trescientas personas. Este crecimiento ya no podía ser preocupación de Serrano, pues la mayoría de invitados nuevos, como propuestas, eran suyos. Los del NPBC y los míos eran pocos, ya se habían procesados; pero aquello parecía lo de nunca acabar, de la oficina de Serrano entraban llamadas cada dos o tres horas para añadir a alguien, y eso importunaba a Kimberly. Cada vez que recibíamos un nombre nuevo, había que hacer toda la rutina, verificar la información antes de enviarla al Servicio Secreto de EE.UU., y luego, una copia a los cubanos; además de tantísimos pormenores a nuestro cargo, como la preparación de la agenda, decoración, menú, disposición de los asientos y la propia seguridad interna. Era demasiado para manejar Kimberly y yo solos.

Lo más preocupante seguía siendo la cantidad de personas que asistirían y cuánto eso derivaba. Aquello ya se parecía a «quién es quién de la comunidad puertorriqueña». Previstos para la cena había ejecutivos, administradores, oficiales electos; nombres que yo conocía como el concejal José Rivera; la congresista Nydia Velázquez; el Dr. Ricardo Fernández, presidente del Lehman College; músicos como Willie Colón; el excampeón de boxeo peso liviano José Torres, Chegüí; el gran pianista, arreglista y compositor Chucho Valdés y su bajista, Carlos Emilio Morales. Reconocí esos dos nombres de cubanos, porque había acabado de comprar un disco increíble de ese nuevo grupo de *jazz* cubano, Irakere. Estos dos músicos visitaban Nueva York y de alguna manera integraron la lista de personalidades destacadas.

El evento se convirtió en el más importante y popular de la comunidad puertorriqueña/latina. Era el suceso del momento en Nueva York, al que acudían progresistas y gente de diferentes ámbitos de la vida social en la ciudad. Sospeché que iba a ser peor que planificar una boda entre dos familias en guerra. Kimberly y yo necesitábamos ayuda.

Llamé a Serrano para expresarle mi preocupación. Le pedí que dejara de invitar a más personas; que cada vez que enviaba un nombre, el trabajo en la oficina se multiplicaba sin contar el aseguramiento en general de la actividad. Le precisé que la pequeña cena privada se había convertido ya en un gran banquete, creo haberle repetido la cifra de asistentes por la que andábamos y le sugerí que asignara a algunos miembros de su personal para ayudar.

En su afán por resolver un problema necesario, me planteó que obtuviera ayuda adicional de otros lugares, le preocupaba poner a los suyos. Recomendó a Gerson Borrero, el reportero del periódico *El Diario* a quien él, posiblemente, le filtró información antes de que enviáramos el comunicado de prensa. Rechacé su propuesta, porque necesitábamos discreción absoluta, yo no creía que Gerson fuera capaz de separarse de su rol como reportero para trabajar en un evento de alto nivel donde la prudencia era necesaria.

Recomendé a Mickey Meléndez, un exmiembro de los Young Lords, con buena reputación en los círculos izquierdistas y progresistas de la ciudad. Después de que me fui de los Young Lords, trabajé en varios proyectos de coalición representando al Comité-MINP donde él también participó. Serrano lo conocía y estuvo de acuerdo en que era una buena opción.

Ya había llamado a mi amigo Franklin Flores; habíamos hablado con relativa frecuencia, incluso antes de que el presidente Castro aceptara. Franklin conocía muy bien la comunidad cubana y a diplomáticos de la misión en Naciones Unidas, trabajó a favor de las causas de ese país, al extremo de que pudieron haberlo confundido con un cubano más; pero yo sabía que era un boricua de pura cepa. Franklin y su esposa, Nancy —ella sí es cubana—, tenían una íntima asociación y habían laborado en Casa de las Américas, el centro cultural cubano de Nueva York. Yo lo conocía desde mediados de la década del setenta; fue de mis primeros reclutas en el progra-

ma de aprendizaje del sindicato de carpinteros cuando trabajaba para el Programa de Reclutamiento y Adiestramiento (RTP, por sus siglas en inglés), un proyecto que recibía fondos federales para reclutar y colocar a personas de grupos minoritarios y mujeres en los sindicatos que eran difíciles de ingresar. Entonces yo era director de la oficina del RTP en Harlem. Él era una de nuestras historias de éxito al completar el proceso de solicitud, adiestramiento y eventualmente convirtiéndose en un aprendiz, luego un oficial del sindicato. Franklin era amigo de confianza. Dominaba muy bien el idioma español, mejor que cualquiera de nosotros, Mickey, Kimberly y yo mismo. Ante la solicitud de ayuda, no dudó en unirse para organizar la logística. Lo mismo sucedió al llamar a Mickey.

Serrano accedió a no añadir más invitados. Me contó que quienes no querían ni hablarle lo llamaban para tratar de conseguir una invitación. Como oficial electo, me imaginé que estaba en la gloria y en una posición única como político. Cuando se enteró de que Fidel había aceptado la invitación —en realidad no era una invitación, sino un comunicado de prensa—, prácticamente me maldecía. Primero le preocupaban las ramificaciones políticas de las potenciales protestas y ataques a su oficina por sectores de extrema derecha de cubanos extremistas anticastristas que vivían al cruzar el río en Nueva Jersey, y de la nuestra; pero ahora Serrano debió haberse sentido regocijado como el hombre que tenía las cartas para invitar al evento más popular de la comunidad. Quienes llamaban no eran personas pobres para solicitar un empleo, una carta de recomendación, ayuda con la vivienda del programa Sección 8 o inmigración. En su oficina llovían las llamadas de profesionales, empresarios y políticos pidiendo o quizás rogando una oportunidad para ver al presidente Fidel Castro en persona. La mayoría de ellos, como muchos de mis amigos no izquierdistas, no apoyaban la Revolución Cubana ni a Fidel Castro. Sin embargo, no querían dejar de conocer

al líder cubano que probablemente le había dado al Gobierno de Estados Unidos más dolores de cabeza que ningún otro líder latinoamericano a lo largo de la historia.

El presidente Fidel Castro venía para el Bronx donde lo esperarían más de trescientas personas, la capacidad total del salón de banquetes del Jimmy's Bronx Café. Había que tomar en cuenta las demás personas que asistirían, la seguridad interna, mis contactos personales, los miembros de mi familia y la lista de Franklin que había sido generada por la misión cubana, también la prensa, aunque aún no estaba muy claro cómo íbamos a manejar los cada vez más interesados cuerpos de prensa.

## Se acercaba el día

Mickey, Franklin y yo nos reunimos el domingo por la mañana en mi oficina para discutir determinados detalles. Contábamos con treintaidós horas más o menos para elaborar la agenda y trabajar en el plan de asientos. También teníamos otras ocho horas adicionales para chequear una última vez la relación de invitados muy importantes, añadir huéspedes de cada uno de nosotros de último minuto y enviar esa información final a los agentes del Servicio Secreto de EE.UU. Como mi reunión inicial no había sido la más cordial, no quería darles ningún motivo por el que me culparan. Solicitaron este dato para veinticuatro horas antes de la cena, y sobre las seis de la tarde del domingo, al caer la noche, yo iba a cumplir. Así se lo hice saber a Carlos Nazario y al congresista José Serrano; el primero me comunicó que no tenía nombres adicionales, y el segundo tenía pendiente la revisión de algunos casos para lo cual contaba con una hora.

Después de saber el número de invitados y el arreglo de los asientos comenzamos la agenda para esa noche: bienvenida, presentación de la actividad y de Fidel Castro. Habíamos recibido numerosas solicitudes de personas que querían hacer algo especial, ejecutar o entregarle al presidente un obsequio;

pero decidimos que nada de eso sucediera. Queríamos que todo transcurriera lo más simple y coordinado posible. Nos interesaba ofrecer una apariencia bien profesional, con la precisión del reloj, aunque con un toque de cultura puertorriqueña/latina. Por supuesto, debía aflorar un mensaje políticamente progresista. Era una parada alta, pero no imposible para tres veteranos radicales. Discutimos cada detalle y convenimos en que la mayor parte del tiempo se le dedicaría a la presentación de Fidel, sabíamos que generalmente no era breve, y queríamos que el mayor tiempo fuera para él.

Acordamos tres presentaciones cortas: la primera, unas palabras de bienvenida de Carlos Nazario, el presidente de la organización auspiciadora. Después este me entregaría el micrófono para explicar por qué estábamos allí y cómo había ocurrido la iniciativa. Teníamos interés en que los presentes supieran cómo el alcalde Giuliani nos había faltado el respeto a nosotros y a la comunidad internacional al no invitar a Fidel Castro a su cena organizada para los líderes mundiales que visitaban Nueva York. Sabía que no todos los invitados simpatizaban con la Revolución Cubana, pero sí todos estaban de acuerdo con que el alcalde había hecho un desaire al presidente cubano. Mickey y Franklin también compartían el criterio de que el propósito del acto debía ser expresado en mi presentación, de ahí que fuera un poco más extensa que la bienvenida. Acordamos que el congresista Serrano sería la persona indicada para presentar al presidente Fidel Castro y que sus palabras podían llevar más tiempo que las mías. Completada la agenda nos pareció demasiado profesional, que le faltaba alguna calidez antes de entrar a la «seriedad» o a lo principal de la noche.

Franklin sugirió que algunos niños podían entregar regalos a Fidel. Nos gustó la idea y pensamos que podían entrar luego de que Serrano presentara a Fidel, justo antes de que él comenzara su mensaje. Pero esta sugerencia provocó una discusión sobre las posibles consecuencias para esos niños que aparecerían

en la tarima fotografiados con Fidel Castro. ¿Cómo eso podría afectarlos por el resto de sus vidas? ¿Serían puestos en la lista negra del Gobierno, fichados como potenciales radicales que debían estar bajo constante vigilancia? Definitivamente los estaríamos exponiendo a la atención del Estado. Nos enfrentamos a estas preguntas más tiempo del que nos tomó elaborar toda la agenda.

Por último decidimos escoger a adolescentes para hablarles sobre las ramificaciones de estar en el centro de atención de esa noche, conversar con sus padres porque su autorización era determinante una vez que fueran conscientes de lo que este acto podría significar para ellos y sus hijos. Redujimos la lista de adolescentes a una bien corta y para sorpresa de todos, fueron nuestros hijos los que quedaron en ella.

Franklin habló con su esposa. Su pequeña Elena de diez años le obsequiaría a Fidel un ramo de rosas blancas. ¿Qué otros regalos podrían entregársele a un líder mundial como Fidel? Recorrí la relación de personas con interés de hacerle presentes —tenía sus nombres y obsequios—, hasta encontrar algo muy singular y apropiado: un empresario local llamado Dante, cuya oficina estaba al cruzar la calle de la mía, que hacía trofeos, placas y batas de boxeo, entre otros artículos, quería ofrecerle a Fidel un guante de boxeo enorme con su nombre y el número 1 escritos. Nos gustó ese presente para un hombre, guerrillero, que nunca había dejado de luchar por su país. Le expliqué a Dante cómo sería la entrega y le agradecí su generosidad.

Decidimos que un muchacho podía encargarse de ese momento. Pensé en mi hijo más joven, Julio Antonio Pabón, de quince años entonces. Aunque estaba a favor de la idea y los miembros de mi familia ya aparecían en alguna lista del Gobierno, tenía que hablar con Julio Antonio y su madre antes de hacer un compromiso. La madre de Julio, Elizabeth Figueroa, y yo, desde que estudiábamos en la universidad habíamos sido miembros del Comité-MINP, organización

política que luchaba por la igualdad social y por la liberación de Puerto Rico. Ambos habíamos visitado Cuba: ella en el año 1977 como miembro de la Brigada Venceremos, la cual envía grupos de jóvenes cada año para ayudar en la construcción o desarrollo de numerosos proyectos. Los brigadistas pasaban aproximadamente un mes; alrededor de dos semanas trabajaban en un proyecto y luego viajaban por la Isla y aprendían sobre la Revolución Cubana el resto del tiempo. Yo había viajado en 1978 para asistir al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, un evento organizado desde 1947 por la Federación Mundial de Juventudes Democráticas y la Unión Internacional de Estudiantes. Por lo tanto, si Julio Antonio accedía, no teníamos problemas con que fuera uno de los que entregara un obsequio a Fidel. Serían dos obsequios de manos de dos jóvenes.

Luego pensé que esta podría ser una gran oportunidad para el negocio Latino Sports, que estaba iniciando. Tenía una línea de prendas de vestir que comenzaba a mercadear. Y si Fidel Castro se ponía una de mis gorras, la publicidad sería excelente aunque no vendiera en Miami, Union City, ni Nueva Jersey. Eso no me importaba, solo pensaba en la comunidad local y quizás en Puerto Rico. Lo discutimos y ambos, Franklin y Mickey, me advirtieron sobre las contraproducentes repercusiones que pudieran aflorar, mi compañía podía ser objeto de un boicot por parte de sectores conservadores. Pero mi decisión estaba tomada. Siempre he pensado que en los negocios cualquier publicidad es mejor que ninguna, por lo tanto, necesitábamos un tercer joven. Los primeros dos jóvenes eran nuestros hijos, para la búsqueda del tercero estábamos indecisos. Así que nos movimos hacia la planificación de la cena. Yo seguía postergando mi otro trabajo, pero es que nos hallábamos a solo un día del evento.

En algún momento de la reunión, mi socia del negocio de intérpretes, Moriviví Language Services, Susana Ríos, una profesional muy estricta, excelente gerente, entró a la oficina para

recoger algunos itinerarios de trabajo de interpretación para la semana, los cuales debía revisar, además de que necesitaba hablar conmigo; pero al vernos a Mickey, Franklin y a mí alrededor de la mesa de conferencia, se sorprendió, creyó que interrumpía una reunión importante. Intentaba despedirse cuando la detuve, porque su presencia me hizo pensar de inmediato en la tercera joven: una de sus tres hijas.

Los dos habíamos trabajado juntos por varios años, y como resultado, ambas familias se conocían bastante bien. Ella era de Chile y tenía una mentalidad bien abierta en relación con Cuba y Fidel. Su familia, que vivía en Chile cuando la CIA ayudó a organizar el golpe de Estado contra el presidente socialista Salvador Allende, sin importar que había sido elegido democráticamente, sufrió represión y dificultades bajo el régimen del dictador Augusto Pinochet. Por eso sabía que podía contar con su aprobación. La llamé al salón de conferencias, le expliqué en lo que estábamos afanados y mi propuesta. Sin miramientos ofreció a su hija menor, Vanessa Ramos. «¡Perfecto!», exclamé.

Pendiente solo quedaba mi presentación, la que decidimos que iba a explicar, definir, educar y motivar. Queríamos que Fidel y los cubanos supieran quiénes éramos —puertorriqueños/latinos en Nueva York que no integrábamos ningún partido u organización revolucionaria, pero que sentíamos el orgullo de ser latinos y demandábamos respeto para nosotros, para la comunidad y para nuestro huésped de Cuba—. Yo había escrito y ayudado a escribir mensajes para oficiales electos; pero nunca elaboré uno para mí, como yo siempre hablo desde el corazón con solo unas pocas notas... Pero Mickey y Franklin me instaron a escribir un mensaje y tenerlo listo esa noche o a más tardar la próxima mañana, para que Franklin lo tradujera al español, porque ese idioma ya no era mi fuerte. Al ser criado en las calles de Nueva York, el idioma materno se había ido deteriorando, lo había reemplazado con el lenguaje dominante de las calles —inglés y mucho *spanGLISH*—. Acogí

las sugerencias y traté de perderme en mi oficina de siete cubículos y un salón de conferencias; pero, al no ser privadas las piezas, era difícil estar solo. ¡Y solo un día a mi favor para el evento de mi vida!

Después de esa noche, el arduo trabajo y las frustraciones debían terminar, solo necesitaríamos revisar la logística, dar seguimiento a lo planificado, revisar la lista de invitados por última vez, y desear que no hubiera cambios o adiciones de último minuto. No quería que el Servicio Secreto rechazara ningún nombre ni solicitara detalles adicionales sobre cualquier invitado, como ya lo habían hecho en algunos casos para clarificación adicional. Contábamos con un buen equipo. Mickey, Franklin y Kimberly tenían sus funciones y las cumplían con precisión. Quería asegurarme de que lo previsto saliera bien para que mi vida pudiera regresar feliz a la normalidad.

### **Se reducían las horas para el gran evento**

No podía creer que el evento que había tomado tanto tiempo de mi vida personal y profesional, estuviera a horas de suceder. Los días habían pasado volando.

Llamé a Jimmy para revisar los detalles y darle un conteo final para la cena. También hablé con Carlos Nazario y José Serrano para precisar pormenores de la logística y de la agenda por última vez. Igual hice con Jerry Fontanez, mi jefe de seguridad interna, cuyo rol lo había mantenido en secreto excepto con la gente que trabajaba más cercana a mí.

Mickey, Franklin, Kimberly y yo habíamos planificado una reunión para el próximo día temprano, pero aún necesitaba un tiempo de tranquilidad para concentrarme en mi mensaje. Durante recesos esporádicos en la oficina solo había apuntado algunas notas, otras ideas vagaban en mi mente. Tenía que concluir para que Franklin pudiera traducirlo por la noche. Separé algún tiempo al caer la tarde,

como hacía en mis días de estudiante universitario ante fechas límites para presentar las monografías. Esperaba el último minuto para escribirlas. Parece que lo hago mejor cuando estoy bajo presión.

Finalmente envié a Franklin mi presentación, la titulé «Los atrevidos». Yo añoraba que Fidel y la comitiva cubana aprendieran un poco sobre la comunidad puertorriqueña que había organizado el evento; que supieran sobre la historia de cómo los hijos e hijas de aquella gran emigración puertorriqueña de la década del cincuenta habíamos sobrevivido a la discriminación y abusos en la jungla de asfalto llamada Nueva York.

Sabía que Fidel había visitado la ciudad en dos ocasiones. Su segunda visita en 1960, recién triunfada la Revolución, debió tener mayor impacto. Había venido a Estados Unidos a dirigirse a las Naciones Unidas y se había alojado en el hotel Teresa en Harlem —ahora los Teresa Towers, un edificio de oficinas—; por eso demostraba su cercana afinidad con los afroamericanos. Sin embargo, estaba seguro de que Fidel nunca había visitado el Bronx, el condado con la población puertorriqueña/latina más numerosa de la ciudad. Yo deseaba que él recordara esta visita y supiera que el Bronx, en particular el sur, se había puesto de pie a favor de un líder mundial como muestra de respeto; que supiera que allí podía encontrar una futura base de fuerte solidaridad.

Me imaginaba una relación entre el Sur del Bronx y Cuba a través de la cual se expandieran encuentros culturales, educativos, de salud, y en particular de negocios, lo cual podría ser muy beneficioso para ambas partes si el bloqueo comercial de EE.UU. contra Cuba se eliminara. Pensaba en el futuro de mi vecindad. Por eso era inflexible, el evento debía ser perfecto y correctos los mensajes. El presidente Fidel Castro y su pueblo debían recordar el Sur del Bronx como recuerdan a Harlem desde 1960.

## **Mi propio grupo focal en las calles**

En medio del gran torbellino, nunca soñé con que iba a conocer a Fidel Castro. Como extraño que podría parecer, aunque todo estaba centrado en el presidente Castro, no me detuve a pensar en que pasaría algún tiempo con él. Mi mente se mantuvo consumida en los avasalladores detalles que de forma inesperada fueron tirados en mi plato para garantizar un banquete seguro dentro y fuera del restaurante; siempre bajo la presión del Servicio Secreto, el cual no había querido a nuestra comunidad como anfitriona.

Me preocupaban muchas cosas, todas importantes, como los tantos intentos de asesinato a Fidel. ¿Cabría la posibilidad de otro mientras estuviera aquí? ¡No! Jamás podría con la carga de ser señalado como responsable de la organización del evento. Nunca he estado interesado en dejar legado alguno a mi nombre aparte de ser un buen proveedor para mis hijos. No habría forma de que yo viviera con semejante pena. Por eso la seguridad, más allá de la provista por las agencias de los gobiernos norteamericano y cubano, estaba en mi mente, de ahí la presencia de Jerry y su equipo.

El Sur del Bronx era nuestro hogar y sentía la necesidad de estar listos para lo inesperado. Había pasado horas examinando áreas del restaurante que, aunque las conocía muy bien, quería asegurarme de que no se habían presentado cambios. Caminé por las calles, en particular recorrí el perímetro del restaurante. Como sabía de personas que tendían a permanecer tiempo en las calles y de cuánto sucedía en el vecindario, les hablé de la visita, del movimiento que habría de la policía y agentes encubiertos antes de la estancia del presidente Fidel Castro y durante esta. Algunos se sorprendían, otros mostraban escepticismo; ellos habían escuchado sobre músicos, actores, estrellas de beisbol que visitaron el Jimmy's Bronx Café; pero Fidel Castro de Cuba era algo diferente.

De manera general se manifestó excitación ante la noticia. Era sensible la admiración por Castro, quien había llevado su país a una revolución; quien había sobrevivido la ira de la nación más poderosa del planeta. La mayoría de los vecinos era de Puerto Rico o de República Dominicana y ambas islas tenían una relación muy cercana con Cuba. Muchos conocían la historia de las tres islas y su lucha por liberarse de la colonización española que las había dominado por casi cuatro siglos.

Algunos sabían de la existencia de la Confederación Antillana. La Confederación Antillana fue un concepto que floreció a mitad del siglo XIX promulgado por los libertadores puertorriqueños Dr. Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, José de Diego, el héroe nacional cubano José Martí y Gregorio Luperón de la República Dominicana. Ellos proclamaban que las Antillas Mayores de habla hispana debían unirse hasta convertirse en una autoridad regional, para buscar la soberanía y bienestar de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico: reunir las tres como una sola nación. La idea era acabar con el colonialismo europeo en América, así como responder a la Doctrina Monroe de EE.UU. y su frase de «América para los americanos» con el cambio en terminología sugerido por Betances «Las Antillas Mayores para los antillanos». Los idealistas caribeños se reunieron en el puerto de San Felipe en Puerto Plata, en República Dominicana, donde acordaron su bandera y una constitución para el país que debía surgir. La bandera sería la que los revolucionarios puertorriqueños izaran en la revuelta del Grito de Lares de 1868, la cual fue copiada del estandarte dominicano, solo se invertirían los colores.

Pero de algún modo los lazos entre los tres países se habían filtrado hasta el presente, porque en las calles del vecindario que rodeaba al restaurante no había nadie —y digo absolutamente nadie— que expresara algo negativo sobre la visita de Fidel. Esto me hizo sentir cómodo, los que circundaban el lugar nos respaldaban, serían nuestra vigilancia en los alrededores del restaurante.

## Las cosas van bien, entonces...

A media tarde me sentía bien. Todo avanzaba mejor de lo esperado. Había hecho las llamadas previstas. Primero a Carlos Nazario. Quería saber si había aparecido algún acontecimiento de última hora, aunque él llevaba el concilio igual que su negocio, de modo muy estricto, y yo le agradecía su apoyo y confianza en este riesgo. Cualquier otra persona con menos valentía se hubiera retirado cuando el comunicado de prensa pasó a una verdadera cena con Fidel Castro. No niego haber pensado que algunos cubanos no abiertos al tema Cuba, que trabajaban en la misma línea de su negocio, en la distribución de bebidas al por mayor, Metro Beer & Soda, podrían presionarlo para que desistiera del proyecto.

Por lo menos dos de sus colegas eran recalcitrantes anti-Revolución Cubana y sumamente anti-Fidel, algo que me dejaron saber en más de una ocasión siempre que teníamos un encuentro de negocios. Uno de ellos casi saltó de sus pantalones el día que fui a su almacén a recoger una donación de agua para un evento que un amigo había arreglado, y yo llevaba una camiseta con la imagen de Che Guevara. Nunca me olvidaré de su reacción. Se puso histérico, comenzó una arenga sobre supuestas atrocidades de las que culpaba al

Che. Yo traté de ser cortés, solo iba por agua para un amigo y no quería que me pidieran que me fuera. Llegué a pensar que alguno de estos socios de negocios podría presionar a Carlos.

En la oficina no recibimos amenazas, ni a nadie queriendo ser incluido en la lista de invitados. Tampoco hubo llamadas de agentes de los Servicios Secretos de Cuba ni de EE.UU. Mis suspiros eran de alivio, pues cada llamada del Servicio Secreto estadounidense me revolcaba el estómago, siempre era por algún problema, preocupación, para informarme sobre medidas que debían tomarse o para advertirme que bajo ninguna circunstancia permitirían que alguien cambiara los procedimientos de seguridad.

Finalmente pude comenzar a leer la traducción de Franklin. Solo permanecí en la oficina para volver a escribir mi mensaje en español, creía que así recordaría mejor lo escrito en inglés. Mientras leía, noté que Franklin había hecho algo más que traducir. Añadió unas líneas por aquí y por allá. Sonreí, él tenía un mejor dominio del español y podía expresar mis pensamientos con más precisión. De acuerdo con todo, había logrado mi meta: los puntos que quería comunicar estaban expresados.

Imprimí una copia, volví a leerla varias veces hasta decidir que era el momento de irme a mi hogar. Serían las siete u ocho de la noche; también quería que mi esposa, Liz, que siempre había sido mi editora, incluso, desde la universidad, leyera mi presentación. Ella tenía muy buena capacidad de análisis y yo respetaba su opinión; pero si llegaba después de las nueve, era tarde, ya que las seis de la mañana también era tarde para su nuevo amanecer. Yo había planeado leer el mensaje varias veces más en mi hogar, darme una ducha de agua caliente, tomar un té relajante tibio y ver mi programa favorito, «Nightline», el cual se trasmitía por WABC-TV al concluir el noticiero de las once. Cumplir con ese horario me garantizaba un estado de ánimo perfecto para una buena noche de sueño. Así estaría listo para El Día. ¡Wow! estaba equivocado otra vez...

## La llamada de Jimmy

Tan pronto llegué a mi hogar recibí una llamada de Jimmy Rodríguez. No nos habíamos comunicado desde antes de que nos enteráramos de la aceptación de Fidel; Serrano era quien establecía los contactos con él. Desconocía lo que el congresista le pudo haber dicho sobre la cantidad de invitados. Jimmy y yo nunca discutimos los detalles del restaurante aparte del uso de las facilidades del salón de banquetes en el nivel inferior. Pensamos que ese nivel tendría que ser privado y fuera del alcance del público hasta que concluyera el evento. Había varios servicios sanitarios y uno u otros dos baños más pequeños que también queríamos tenerlos fuera del alcance del público ajeno a la actividad.

Durante mis comunicaciones con los agentes del Servicio Secreto, nunca me solicitaron información alguna sobre el restaurante, excepto su ubicación y el nombre del propietario. No me explicaron que tenían que asegurar el restaurante desde el día antes, ni que una vez bajo control, nadie podía tener acceso a la instalación hasta que finalizara la actividad concebida. Supe de esto cuando Jimmy me llamó para decirme que los del Servicio Secreto habían ido a desalojar a clientes y empleados para ellos conducir un rastreo de seguridad. Trajeron perros y otros equipos para su trabajo. Una vez que concluyeron, le dijeron que el restaurante estaba «fuera del alcance» de todo el mundo, sin excepciones.

Entendía su molestia. Me dijo que no sabía nada de lo que estaba sucediendo; que tendría una pérdida grande de ingresos, mucho más de lo previsto. Él nos había hecho un descuento en el precio de la cena, estimada al principio para cincuenta comensales, y ya la cifra ascendía casi a trescientas personas. Con las nuevas medidas perdería aún más: la clientela nocturna de esa noche y la del siguiente día, para el desayuno, almuerzo y quienes acudieran temprano, antes del evento. De eso nunca los agentes hablaron. Quizás era

otra de sus acciones sutiles para forzarme a cancelar la actividad. No pude más que disculparme. Le dije que desconocía esa disposición; que si me lo hubieran informado, yo se lo hubiera comunicado enseguida y de algún modo lo hubiese ayudado a prepararse para ello.

Intentaba calcular cuánto dinero mi amigo podría perder y cómo ayudarlo. Le prometí hablar con Carlos y los demás miembros del concilio para pedirles que usaran el restaurante en actividades futuras, de índole personal o de negocios; que le diría lo mismo al congresista Serrano. «Si bien es cierto que perderás hoy y mañana, estoy seguro de que vas a recuperar eso y más; la publicidad generada y la prensa llamando para conseguir una entrada significaba que el Jimmy's Bronx Café se estaba dando a conocer. La publicidad es gratuita», con esas palabras traté de calmarlo.

Él era un empresario astuto, sabía que era cierto lo que decía. Su restaurante recibía publicidad desde que enviamos el comunicado de prensa y una vez que se expandió la voz de que Fidel vendría, la promoción ascendió. Ahora que todo estaba confirmado, la publicidad se treparía al techo. Le expliqué que no solo el restaurante sería mencionado en la cobertura de las noticias locales, la visita de Fidel propiciaría atención a nivel de la ciudad, estatal, nacional e incluso internacional.

Mi amigo también era haz en publicidad, sabía de lo que hablaba. Ya relajado, acordamos vernos el próximo día antes de la cena. Yo llegaría unas horas antes para ayudar con el montaje y la logística.

Después de apagar el último fuego, el resto de la noche estuvo bastante sosegado, pude cumplir mi plan. Pensé en algo que había aprendido en las artes marciales, «espera lo inesperado». Iba a descansar esta noche y prepararme para lo inesperado del próximo día.



CAPÍTULO III  
CENA



## El gran día

Me levanté. Sentí mi cuerpo descansado, incluso, mi mente también se hallaba aliviada. Habían pasado tres días de increíbles acciones, ya a punto de terminar.

Decidí ir a la oficina temprano para revisar cada detalle una vez más. No había llamadas de los Servicios Secretos y eso fue reconfortante. Entonces pasé la mayor parte de la mañana asegurándome de que todo transcurría según lo planificado, una llamada telefónica sucedía a la anterior. No quería sorpresas e intentaba saber que aún estábamos en la misma página, sobre todo en lo relacionado con los invitados. No se podían añadir nombres, los definitivos ya se habían sometido al personal de Seguridad.

Del lugar solo me preocupaban los exteriores. Esperaba que la entrada y el área próxima del restaurante estuviesen llenas de oficiales de la Policía, uniformados y encubiertos, y de manifestantes a favor o en contra de la visita de Fidel, en fin... La estructura no me inquietaba, había sido construida desde cero con la supervisión permanente de Jimmy; era su sueño. Había puesto mucho de su toque personal en la planificación y construcción del enorme edificio. Siempre quiso algo más que un restaurante; buscaba llenar el vacío que existía en el

Bronx, especialmente en su parte sur, al crear una instalación de calidad donde se ofrecieran banquetes, cenas y hubiera un club de baile. Soñaba con que todo estuviera bajo un mismo techo. Por eso el establecimiento tomaba una cuadra entera y se convirtió en un éxito instantáneo. Proporcionó un lugar de orgullo para las comunidades puertorriqueña, latina y afroamericana del Sur del Bronx, algo que nadie había hecho.

Era el último edificio en el extremo oeste de Fordham Road, al pie del puente de Fordham Avenue a Manhattan con las entradas sur y norte al Deegan Expressway, en los lados norte y sur de Fordham Road. El restaurante daba al Deegan Expressway y el río Harlem al oeste. Fordham Road, una de las avenidas más transitadas, estaba en el lado sur. En el norte, un lote abandonado con árboles y arbustos bordeaba el restaurante que servía como un posible lote de estacionamiento para aquellos que no les importaba caminar sobre la suciedad y las rocas. El camino más fácil para andar era del lado este de Fordham Road. Esa cuadra tenía un enorme almacén interior/estacionamiento, y el Servicio Secreto quería que los invitados entraran por esa esquina.

Yo estaba convencido de que la ubicación del restaurante con su paisaje amplio y variado era una de las razones por las que el Servicio Secreto no quería que se realizara el evento en el Bronx. Debía requerir bastantes recursos garantizar la tranquilidad en el gran perímetro alrededor del restaurante, muy diferente a los edificios de oficina de Manhattan donde habían estado proveyendo seguridad para Fidel. Necesitaba evitarle conmoción alguna a los invitados, quienes debían saber por dónde entrarían al restaurante.

Los agentes habían explicado que varias horas antes de la llegada de Fidel, establecerían tres niveles de seguridad alrededor del restaurante, o en sus palabras, tres «perímetros»: a una cuadra de distancia, al cruzar la calle, y el tercero en la entrada y dentro de la propia instalación.

El acceso, así como el tráfico de peatones, estaría interrumpido a una cuadra de distancia.

Solo entrarían al restaurante aquellos, cuyos nombres estuviesen registrados, para ello se les exigiría mostrar la identificación emitida por el Gobierno.

Una vez que la persona se hallara en el primer perímetro, debía avanzar por el lugar indicado hasta el segundo punto de coitejo. Si era clarificada, solo le faltaba el tercer control. A partir de este, caminaba a través de un detector de metales; su bolso o cartera era inspeccionado, y luego se dirigía hacia una mesa donde nuestra gente verificaba contra la copia de nosotros. Ya ubicada, se le daba una etiqueta redonda de color azul con su nombre, la cual tenían que colocar visiblemente en su pecho, collar o solapa. El Servicio Secreto nos instruyó en ese sentido: que utilizáramos dos colores en todas las etiquetas con nombres: azul para los invitados con acceso al salón de banquetes, y rojo para los que trabajábamos en el comité organizador con acceso a las distintas áreas del restaurante, excepto aquellas determinadas solo para la Seguridad.

Cuando llamé a Carlos y a Serrano les enfatiqué en las medidas establecidas por el Servicio Secreto, porque el acceso a la ubicación de la cena estaba fuera de nuestro control. Si algún invitado no se ajustaba a ellas, nosotros no podíamos hacer nada al respecto.

## **Listo para cualquier eventualidad**

Seguí pensando: «Hoy es EL DÍA». Había trabajado en campañas y proyectos como activista o voluntario para numerosas causas, pero nunca tan arduamente ni con tan poco tiempo ni para algo tan significativo, un evento que no estaba en el radar de nadie, dedicado a una figura de renombre mundial.

Me sentía orgulloso de lo logrado. Saber que esa noche Fidel Castro iba a asistir a una cena que yo ayudé a hacer realidad, era sobrecogedor. Recordé la cita de mi padre: «Todo es posible».

La mañana trascurrió tan rápido que casi no lo podía creer. Cerca de la una de la tarde decidí cerrar la oficina, almorzar e ir hacia mi hogar para alistarme. Mickey me llamó para saber cuándo saldría hacia el restaurante. Acordamos encontrarnos sobre las tres en mi apartamento, en Grand Concourse. Iríamos juntos.

Comencé a prepararme a eso de las dos. Experimentaba un sentimiento extraño frente a mi armario, ya que era muy selectivo hasta para la ropa que debía usar según la ocasión. Ese día se trataba de uno de esos eventos especiales, como una boda o la primera entrevista de empleo en la que deseas dejar la mejor impresión; aunque en este caso, no estaba seguro de a quién quería impresionar... Solo sabía que estaba ante uno de los acontecimientos más importantes de mi vida y quería lucir bien. Me decidí por un traje de negocio oscuro, camisa blanca y corbata roja. No sé si escogí la corbata como símbolo de poder —lo que usualmente la corbata roja representa— o porque sabía que el rojo también era el color de la revolución e iría muy a tono con el suceso de esa noche.

Yo había aprendido sobre cómo vestirme, por un hermano muy cercano, Felipe Luciano quien, en mi opinión, era un aparrador de *debonair*. Él había evolucionado de vestidor radical de los Young Lords y miembro de los Últimos Poetas, un grupo cultural activo a finales de la década del sesenta, a pionero en los medios corporativos en el espacio de mayor sintonía de la televisión de Nueva York. Sabía vestirse para el éxito. Siempre le agradecí su protección cuando conseguí mi primer empleo importante en la alcaldía y me enseñó qué esperar de una posición de alto perfil en el gobierno de la ciudad. Estaba contento de haber aprendido de él y esa noche iba a aplicar sus enseñanzas.

## **Un regalo inesperado**

Mickey llegó a mi apartamento a las tres de la tarde, como de costumbre, a tiempo. Mientras conducíamos hacia el restau-

rante, me obsequió un libro de *La historia me absolverá*, basado en la suma épica de Fidel cuando sirvió como su propio abogado defensor en el juicio por el asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953 —hecho con que reinició la revolución en Cuba—. Mickey me entusiasmó con la idea de pedirle a Fidel que autografiara el libro. Me sorprendió de manera agradable y le agradecí su gesto. Hablamos sobre el libro y el significado de tener un autógrafo de Fidel Castro. Me encontraba tan involucrado en la planificación de la cena que no veía lo que quizás Mickey avizoraba: el carácter histórico del evento en el que estábamos a punto de participar. Me había presentado una gran idea, una manera linda de conservar algo memorable de ese día. Me sentí muy contento de contar con un amigo como él, capaz de apreciar el valor de algo personal relacionado con lo que en breves horas viviríamos.

Atesoré el libro y lo que Fidel me escribió no fue solo bastante personal, sino capturó con sus palabras la descabellada idea que se convirtió en un acontecimiento histórico para la posteridad. Mantuve el libro en mi biblioteca del apartamento, junto a otros sobre América Latina. Solo se lo mostraba a un grupo selecto de personas que me visitaban. Un día, pasado ya un tiempo, lo busqué... lo busqué... y había desaparecido. Aún hoy me siento muy mal por haberlo perdido.

Conservo algunos artículos que he recopilado a través de los años, de gran valor por sus autores o por su temática. Tengo toda la colección de barajas de beisbol de Roberto Clemente; una pintura de Guichy, famoso después de su fallecimiento. Era de mi pueblo, Guayama, Puerto Rico. Lo vi pintando en su garaje durante una visita a Guayama cuando yo estudiaba en la universidad. Me enamoré de su trabajo porque representaba un hermoso árbol de flamboyán por el río Guamani, un lugar que recuerdo de mi infancia. Terminé comprándole a plazos esa pintura y él, convirtiéndose en un pintor muy conocido y respetado que exhibió en Puerto Rico y Europa. Cuento sobre esto, porque esa pintura tiene un significativo

valor para mí; pero el libro personalizado del presidente Fidel Castro hubiera sido mi pieza No. 1, como coleccionista.

### **Todo listo para recibir a Fidel**

Después de preparar la mayoría de las pancartas y mesas, y revisar los procedimientos de seguridad con nuestro propio equipo, esperamos el arribo de los invitados, que incluía empleados, voluntarios, miembros de la misión cubana. La gente había comenzado a llegar más temprano de lo esperado. Nadie quería perder la oportunidad de estar en lo que ya era considerado el acontecimiento latino No. 1 en la ciudad.

Llegó un momento en que la hilera era extensa, pues el último nivel provocaba cierta lentitud: revisión de bolsos y carteras y detector de metales, además del contrachequeo en nuestra mesa. Al notar la gran confusión entre el agente del Servicio Secreto y la persona encargada de la mesa principal; decidimos que solo entregaríamos la etiqueta con el nombre y el asiento asignado; el control que habíamos establecido, como iniciativa, no era imprescindible después de que los asistentes pasaban las revisiones anteriores.

Queríamos que la gente se moviera fácil y ocupara sus asientos lo antes posible para mantener la entrada principal despejada una vez que llegara Fidel. Como el empleado asignado a la mesa no estaba familiarizado con la lista de invitados y su dominio del inglés era limitado, necesitamos a alguien que fuera bilingüe, conociera a los invitados y estuviera identificado con el restaurante y nuestros procedimientos; pero no contábamos con una persona disponible, ya los integrantes del comité organizador tenían su tarea específica.

Franklin y Mickey ya hacían más de lo previsto ayudando a sentar a los que entraban y resolviendo las pequeñas controversias, sobre todo con la ubicación en el salón. Kimberly era mi enlace con los meseros y demás trabajadores para ase-

gurarnos de que el plan marchaba bien. No queríamos que se le sirviera a nadie cuando el presidente Fidel Castro llegara o durante las presentaciones. Tampoco podía plantearle a Jerry Fontanez que sacara a uno de los integrantes de su equipo para que atendiera la mesa; en quien pude pensar, bien cercano a mí y que se movía conmigo de un lado a otro, fue en mi hijo Julio Antonio.

Mi muchacho había visitado con frecuencia ese lugar, incluso desde su etapa de construcción. Jimmy tenía una relación muy cercana con mis hijos y los trataba como familia. De hecho su antiguo restaurante, Mariscos del Caribe en la avenida Webster, el Cross Bronx Expressway, y este nuevo habían servido como centros de cuidado infantil improvisados para mí. Julio se sentía cómodo allí, conocía a gran parte del personal y de los invitados, ya que había trabajado conmigo en las calles de la comunidad desde que tenía cinco años. De hecho, fue el voluntario más joven que tuvo José Serrano en su histórica campaña para presidente del condado en 1985.<sup>10</sup> Así Julito, con quince años, se convirtió en el portero que bajaría directamente con el Servicio Secreto procesando a los invitados en su paso final para entrar al salón. Le expliqué y lo observé un rato hasta que entendí que podía cumplir la tarea. Afuera otra situación se estaba gestando.

## **Manifestantes a sueldo**

Intrigado por lo que sucedía, el vecindario rodeaba el restaurante. Tantas patrullas no era algo raro; pero el tráfico desviado, autos sin poder estacionarse o detenerse en las inmediaciones del

<sup>10</sup> En esa campaña para presidente del condado fue la primera vez que el voto puertorriqueño en el Sur del Bronx salió en masa, casi igualó el voto anglo concentrado en Co-op City que siempre había sido el más amplio bloque de votación en el condado.

restaurante, francotiradores en los techos aledaños, la prohibición de personas en las azoteas o escaleras de incendio, un helicóptero circulando cada dos minutos, una cañonera de la Policía en el río y el barrio rodeado de vehículos y agentes encubiertos, no había sido visto nunca antes por los residentes ni los propietarios de negocios.

Como si lo anterior no fuera suficiente, dos grupos de manifestantes, opuestos, vociferaban desde ambos lados de la calle, separados por barricadas de madera y policías. Esta situación no fue exclusiva, porque de acuerdo a los récords de esta fuerza armada en la ciudad de Nueva York, se organizaron cincuentaiocho manifestaciones durante los días de celebración por el nuevo aniversario de Naciones Unidas. Más de la mitad de las marchas planificadas tuvieron alguna relación con Cuba.

Caminé hacia la esquina sur para ver de dónde venía tanta conmoción y ruido, y vi a los dos grupos. Reconocí al que apoyaba la visita de Fidel. Yo sabía que muchos de ellos habían solicitado un boleto para asistir, pero desafortunadamente no pudimos complacerlos. Fui hasta ellos, quería darles las gracias por entender y les reiteré que el restaurante estaba a plena capacidad. Agradecieron mi deferencia al hablar con ellos. Se mantenían ahí solo para mostrar apoyo a Fidel y a la buena acción de visitarnos, quizás había quienes deseaban echarle un vistazo cuando su caravana de automóviles llegara y otros para expresarle al alcalde Giuliani que, con su descortesía, le había faltado el respeto a un invitado latino y a la comunidad puertorriqueña/latina.

Mientras cruzaba la calle de regreso al restaurante, observé al grupo que protestaba. No era grande como me habían dicho adentro. De un vistazo, calculé unas cincuenta personas. Para mi sorpresa, reconocí a unas pocas marginadas de las calles donde crecí, de las avenidas Cauldwell, Trinity y St. Ann. No estaban involucrados en política, ni a ninguna forma particular de pensamiento aparte de sobrevivir. Los había ayudado en ocasiones a encontrar trabajo a tiempo parcial o a escribir una

carta para solicitar tratamiento de drogadicción o una vivienda especial. Nunca los juzgué ni los ignoré, y como tal también recibí su respeto y apoyo al caminar por las calles.

Cuando me les acerqué, mostraron alegría. Nos saludamos y con un movimiento de mano, cara y brazo, me comuniqué: «¿Qué carajo hacen ustedes aquí?». Yo sabía que no tenían conciencia política alguna sobre la cena o Fidel, y por eso estaba interesado en saber por qué mostraban los cartelones con consignas anti-Fidel y anti-Cuba. De inmediato se dieron cuenta de que se manifestaban en contra de algo que yo apoyaba; por lo tanto, era protestar contra mí. De pronto, algunos vinieron a gritarme; pero mis conocidos me protegieron y en su estado natural se viraron y empezaron a gritarles: «Echen pa'l carajo, pa'llá, pa'llá». Ese fue el final de la confrontación potencial. Era obvio que la mayoría no era de allí ni de la ciudad siquiera.

Unos policías se acercaron a donde me encontraba, pero al decirles que todo estaba bien, regresaron a sus puestos. Mis amigos jóvenes me explicaron que no sabían de lo que se trataba, que como le habían pagado \$50 a cada uno para que fueran a protestar, allí estaban. Al oír aquello, cambié mi tono, les hice saber que entendía. Quien pagaba era el reverendo Rubén Díaz. Como de costumbre, convertí la situación en un momento de enseñanza. Rápido les expliqué lo que ocurría y por qué. Como toda gente astuta de la calle que, cuando se les brinda respeto e información, entienden, ellos entendieron. Uno enseguida sugirió que soltaran los cartelones y se unieran a los manifestantes pro-Fidel del otro lado de la calle. Los desalenté para que no perdieran la oportunidad de ganarse su dinero. Sabía lo difícil que era para esos jóvenes ganarse un dólar honestamente y \$50 por solo pararse con un cartelón era más fácil que cualquier cosa que pudieran hacer en las calles y no los involucrara en algún problema. Se rieron y me dijeron: «Ya nos pagaron». También tuve que reírme. Acordaron quedarse solo unos minutos más, luego se irían.

No demoré en saber que el reverendo Rubén Díaz no fue quien les pagó, sino había sido el intermediario entre ellos y la Fundación Nacional Cubano-Americana, una organización conocidísima en la década del noventa como muy bien financiada, anti-Cuba y anti-Fidel Castro, que había recaudado millones de dólares mediante fuentes privadas y del gobierno no solo para cabildear, sino para sabotear cualquier acto de amistad o apoyo a Cuba. Jorge Mas Canosa la presidía. También supe que la fundación se comunicó con el senador estatal por el Bronx, Efraín González, para ayudar al reclutamiento de manifestantes; pero este se rehusó porque no quería nada en contra del Jimmy's Bronx Café, dada su amistad con el dueño.<sup>11</sup>

La fundación tenía dinero para regarlo por toda la ciudad de Nueva York, si de avergonzar al presidente Castro y mostrar apoyo masivo a las sanciones contra Cuba se trataba. Presuntamente, gastaba este dinero en Nueva York para crear un ambiente que socavara la visita de Fidel Castro a la liberal Nueva York, el progresista Harlem y el revolucionario Sur del Bronx.

## **La prensa quería entrar/El presidente del condado la quería fuera**

De vuelta al restaurante, me encontré otro revuelo: la prensa abarrotada en la entrada del local. El número de periodistas había aumentado. Aparentemente habían sido aprobados por el

<sup>11</sup> Cuando entrevisté para este libro al actual senador, reverendo Rubén Díaz, admitió que a los manifestantes se les pagó; que él facilitó el proceso para que se les remunerara. Supe que no fue el único oficial electo puertorriqueño contactado por la Fundación Nacional Cubano-Americana; esta también abordó al senador Efraín González y al asambleísta José Rivera. Pude hablar con el senador, pero el asambleísta declinó ser entrevistado.

Servicio Secreto y por lo tanto se creyeron con acceso abierto al restaurante para cubrir la cena. Los noticieros y las principales cadenas de televisión estaban presentes. También había cadenas independientes de cable, más pequeñas, y los semanarios locales. Tuve gente enseñándome sus credenciales, insistiendo en que les habían dicho que podían cubrir el evento.

En ningún momento concebimos a alguien para atender los medios de comunicación, porque nunca pensamos en un suceso periodístico, nunca consideramos la presencia masiva de la prensa. Después de enterarnos de que Fidel había aceptado la invitación, hicimos lo posible por evitarla. Creíamos que mientras menos publicidad existiera, menos problemas tendríamos. Por eso nunca publicamos otro comunicado de prensa para plantear que Fidel había aceptado la invitación. No quisimos más atención sobre nosotros y menos que nos desviarán del trabajo intenso que teníamos por delante para que todo fuera un éxito.

Ahora este asunto que confrontaba: cincuenta periodistas afuera del restaurante queriendo entrar, era mi nuevo problema. Aunque les explicaba que la cena era privada y adentro nos hallábamos al ciento por ciento de capacidad, reconocía que la iniciativa inicial, devenida en evento histórico, debía ser documentada. Entonces les ofrecí un trato: filmar, tomar fotos y grabar desde un área designada donde serían acordonados. Únicamente así se les permitiría su acceso. De abandonar el lugar, escoltados los llevarían afuera, sin excepciones. Siempre reiteré que no se trataba de un hecho de prensa, para que a ninguno se le ocurriera hacer preguntas y mucho menos entrevistas. Les propuse que cualquiera de las estaciones principales adentro podía proporcionar un alimentador a las que no fuera posible acomodar.

Creo que CNN se ofreció de manera voluntaria. También recuerdo haberle dado acceso a Hispanic Information and Telecommunications Network (HITN, por sus siglas en inglés), una cadena de noticias latina no comercial recomendada por

el asambleísta José Rivera, con el entendimiento de que nos proveería una copia de lo que filmaran. Nunca recibimos nada de ellos.

Transado el asunto de la prensa, regresé de vuelta al restaurante para ver cómo iban las cosas. Alguien de la misión cubana me avisó que Fidel venía en camino. Ya quería que el acontecimiento comenzara, parecía que siempre había algo que requería mi atención.

Desde el aviso hasta el momento del arribo del presidente Castro, pasé la mayor parte del tiempo yendo de abajo, del salón de banquetes, a arriba, a la entrada. Por la ventana del frente observaba el comportamiento de los manifestantes, a la vez que verificaba con nuestro grupo de trabajo. A través de *walkie-talkies* nos comunicábamos. Inspeccioné cada pulgada del local por donde estaba permitido caminar. Constantemente establecía contacto con Jerry y su equipo y, desde que Fidel confirmó su asistencia, con Bruno Rodríguez Parrilla, embajador cubano. Ahora era el contacto por su país con el restaurante, mientras esperábamos a Fidel.

Jimmy o uno de sus empleados se comunicaba conmigo de vez en cuando para ver si tenía idea de la llegada de Fidel, quería que la comida estuviera lista para servir. Cuando nos enteramos de que venía de otro compromiso donde comería, decidimos servir a los invitados, así no desperdiciaríamos tiempo ni habría interrupción por el ruido de platos y el movimiento de los empleados.

## **Tenemos un problema**

Todos expresaban agrado por estar allí, en el salón de banquetes; sonreían, hablaban animadamente, hacían brindis y establecían nuevos contactos. Fue interesante para mí apreciar tanta energía positiva, porque recordaba a varios de ellos, cuando fueron invitados, manifestar que no sentían afectos

por Castro ni por la Revolución Cubana, que solo asistirían como muestra de respeto a un presidente e insatisfacción ante la decisión del alcalde. Otros hicieron comentarios sarcásticos luego de pedirles la información adicional que requerían los agentes de Seguridad. Pero ahora el ambiente era festivo, como si esperaran a una superestrella.

Continué mis rondas. En una de mis vueltas a la entrada principal me informaron que Bruno Rodríguez me buscaba. El salón de banquetes estaba abarrotado de gente por dondequiera y me tomó algunos minutos encontrarlo. Con su rostro muy serio, me llevó hasta una esquina para plantearme un problema. A mi mente acudió lo peor: «Fidel no viene. Surgió algo importante y tenemos que cancelar». «El Servicio Secreto halló una razón para cancelar». Pero no era nada de eso, sino la presencia de una mujer que había entrado como miembro de la prensa y estaba identificada como instigadora en pasadas actividades contra el Gobierno cubano. Bruno recomendó que Fidel permaneciera afuera si no se le solicitaba que abandonara el restaurante. «¡Qué alivio! ¡Eso es fácil!», me dije. Le pedí su nombre y le aseguré que me ocuparía del problema. Lamentablemente era más fácil decirlo que hacerlo; pero de inmediato me concentré en apagar el fuego más reciente.

Por mi *walkie-talkie* pedí localizar al jefe del Servicio Secreto de EE.UU. En unos pocos minutos le informé la situación, por supuesto, solicité su ayuda. Para mi sorpresa, no podían hacer nada. Me dijo que su trabajo no era ese, que si la persona no representaba amenaza directa o física o peligro para el presidente Castro y tenía sus credenciales de prensa apropiadas, no tenían razón para intervenir.

En *shock* por su respuesta, ya que no podía creer que los responsables de la seguridad de Fidel Castro no actuaran, alcé la voz y alterado le pregunté: «¿Cómo es posible que no sea problema suyo?». Le reiteré con énfasis la preocupación del jefe de la misión cubana al punto de que existía la posibilidad de que el presidente no asistiera; como quería asegurarme de

que había escuchado bien, le repetí la situación y la pregunta pausando cada palabra: «Hay – una – persona – en – el – edificio – que – el – Gobierno – cubano – nos – ha – informado – que – es – una – amenaza. Que – ella – había – estado – involucrada – en – un – número – de – eventos – perturbadores – contra – el – Gobierno – cubano – en – el – pasado. ¿Cómo – es – posible – que –no – sea – un – asunto – de – preocupación – para – ustedes – también?».

Quise saber ¿por qué no era asunto suyo? Y me dijo que si Fidel no vendría por la presencia de esa mujer, no sería un problema. Ya estaba claro por qué no haría nada. No se trataba de que no fuera cuidadoso ni le importara la integridad de Fidel sino que, en su opinión, lo mejor para el líder cubano era no venir al Sur del Bronx. Con esas palabras habían tratado de convencerme para que mudara la cena y cuando rehusé, me coaccionaron, porque para ellos era mejor efectuarla en Manhattan. Hubiera sido de enorme satisfacción para ellos que Fidel cancelara la visita. Por suerte yo tenía listo un plan B.

### **Plan B: nuestra seguridad interna al rescate**

Teníamos que escoltar a esa mujer hasta fuera del edificio y, además, hacerlo con delicado tacto. Utilicé el intercomunicador para llamar a mi equipo de seguridad. No era lo que yo esperaba. Había sido intensa la revisión de los invitados. Cada nombre se analizó en mi oficina antes de someterlo a los servicios secretos de EE.UU. y Cuba. Mickey y Franklin también examinaron a muchos de los alistados. Según nosotros, no había nadie desconocido ni asociado a alguien que exigiera rendir cuentas. Desafortunadamente, la gente de la prensa no pasó por nuestro proceso de selección porque nunca planificamos los medios, ni los invitamos. Toda la prensa que se presentó transitó por el escrutinio de ellos, y ahora se desentendían.

Salí enojado y confundido sobre la verdadera naturaleza de ese órgano o la verdadera intención de ese agente. ¿Se suponía que estuviera a cargo de la seguridad del evento? Si esta mujer fuera más que una perturbadora, ¿no debió por lo menos cuestionar sus motivos e intenciones?

Estos pensamientos me invadían mientras llamaba a Jerry, para vernos en la entrada del salón de banquetes. La caravana de Fidel ya estaba en camino y yo quería resolver ese asunto lo antes posible. Enseguida que nos encontramos, le expliqué lo que el jefe cubano y el de Servicio Secreto me habían dicho. Jerry, un hombre de pocas palabras, exclamó: «¡La tenemos!». Fue a buscar a un miembro de su equipo y regresó con la única mujer que formaba parte: su esposa. Los tres nos dirigimos al centro del salón donde habíamos acondicionado el área de trabajo para la prensa.

Allí había notable actividad. Se movían afanados en montar sus equipos, y en consecuencia, se nos hacía difícil identificar a la persona. Por fin la vimos hablando con un camarógrafo. Me acerqué para observar sus credenciales y la etiqueta con su nombre. Comprobado que los documentos parecían, le manifesté que, lamentablemente, tenía que abandonar el restaurante. Me pareció sorprenderse ante su por qué en voz alta. Le hablé sobre las experiencias negativas de los cubanos con ella y, por lo tanto, no era bienvenida. Subió aún más su tono, e indignada le escuché decir: «Esto no es Cuba, esto es América. Aquí hay democracia. Yo no me voy». «No es Cuba, pero es una cena privada y usted no es bienvenida, así que tiene que irse». Me aparté, le di el visto bueno a Jerry y me fui. No presencié cómo él y su esposa —también cinta negra en artes marciales— manejaron la situación. No escuché gritos ni ruido, solo un pequeño forcejeo y en cuestión de minutos, supe que la mujer y su camarógrafo estaban fuera del edificio. Ahora el Servicio Secreto o la Policía de Nueva York tenían que encargarse de la situación. Ambos, ella y su camarógrafo, lucían un poco molestos, pero por lo demás bien. Me encontré

con Bruno para darle las conclusiones. No fueron necesarios los detalles. Ya él dominaba mi información. Me precisó que Fidel estaba a minutos de llegar.

## **Una invitación especial**

Unos instantes se los dediqué a mi familia. Junto a ella esperé la llegada de nuestro huésped. A cada lapso no prolongado nos informaba uno de los miembros de la misión diplomática la proximidad de Fidel. Cuando lo supimos bien cerca, sentimos los nervios a flor de piel. Me comuniqué con los voluntarios para que supieran que la caravana se aproximaba. Mickey Meléndez y yo fuimos al escenario para una vez más cotejar los micrófonos y el podio. Anunciamos que nuestro huésped de honor se hallaba a solo unos minutos. Se podía sentir la atmósfera apretándose un poco. La energía estaba elevada al nivel más alto, todos comenzaron a tomar sus posiciones y a sentarse en sus respectivos asientos.

Bruno se me acercó, me pidió que lo acompañara para recibir personalmente a Fidel. Impresionado, le agradecí la invitación; pero le planteé que quizás debería invitar al congresista Serrano, el oficial electo de más alto rango en el grupo; pero contestó: «Tú fuiste quien organizó el evento y queremos que seas tú quien lo reciba».

Mickey Meléndez escuchó la conversación. Con la mirada y la postura de su cuerpo me pareció leerle: «¿Estás loco?! ¡Di que sí!». Hasta sentí que me decía: «Llévame contigo». Por eso le pregunté a Bruno si Mickey podía acompañarme. Los dos recibiríamos ese día al presidente Fidel Castro.

Nos miramos y seguimos a Bruno como dos estudiantes tras su maestro para recibir un reconocimiento o premio especial. Aunque caminábamos muy erguidos, nuestros cuerpos, en su interior, saltaban de alegría, cual niños felices por su máspreciado paseo. Mi corazón palpitaba más acelerado que de

costumbre. Mickey después me expresó lo mismo. Mientras avanzábamos, observé las estrictas medidas previstas.

Bruno nos llevó a la puerta posterior del salón donde uno de los agentes del Servicio Secreto esperaba. Caminamos por sectores del restaurante, solo accesibles para ese personal: cuartos de servicio y el largo pasillo que conducía hasta otra puerta metálica oscilante desde donde otro agente se dirigía al área próxima a la zona de carga/garaje.

Allí permanecimos unos minutos. Mi mente y corazón se aceleraban. No me hallaba ante circunstancias peligrosas en el Sur del Bronx. Vivía momentos diferentes. Conocería en breve a una persona que me habían dicho, desde niño, que era un villano. Por supuesto, gracias a mi educación, ya no creía en esas mentiras absurdas; pero sí me preguntaba cómo yo, un tipo común, debía estrechar la mano del presidente Fidel Castro. Me hallaba a minutos de conocer al hombre que, siendo estudiante de Leyes desafió la dictadura *statu quo* de su país; que organizó un levantamiento armado; que reclutó, comandó y luchó junto a figuras legendarias como Ernesto Che Guevara y Camilo Cienfuegos; y que había sobrevivido a tantísimos intentos de asesinato. No se trataba de una celebridad cualquiera.

«¿Qué debo decir? ¿Cómo dirigirme a él? ¿Debo hacerlo de manera oficial: “Sr. presidente”, o como un líder revolucionario: “Comandante”, o le hablo como la mayoría de su pueblo, simplemente: “Fidel”? ¿Cómo seríamos presentados?». Mi cerebro corría a millas por minuto, sin embargo, se estacionó cuando nos autorizaron a entrar al área del garaje.

## **Toda la seguridad para Fidel**

Bruno, Mickey y yo nos paramos cerca de la puerta junto con los agentes del Servicio Secreto posicionados en áreas diferentes. No habían transcurrido más de dos minutos cuando

sin notificación, los enormes portones de metal comenzaron a levantarse. La parte trasera del restaurante daba hacia Landing Place, una calle donde solo había un lote vacío que se extendía frente a nosotros para ofrecer una nítida observación. Mientras las puertas se abrían, vimos patrullas de la Policía que conducían la caravana, sin el ruido de las sirenas, solo con luces parpadeantes. Al pasar, las contamos: cuatro.

Después aparecieron por lo menos tres o cuatro carros grandes con luces rojas que chispeaban. Aunque había alrededor de ciento ochenta delegados extranjeros en la ciudad para la reunión de Naciones Unidas y contaban con algún tipo de seguridad, solo cuatro caravanas eran consideradas de alto riesgo: la del presidente Bill Clinton; la de Yasser Arafat, jefe de la Organización para la Liberación de Palestina; la de Hosni Mubarak, presidente de Egipto, al cual le asignaron estrictas medidas debido a un alegado intento de asesinato en el medio oeste, unos meses antes; y la del presidente Fidel Castro.<sup>12</sup>

Con nitidez vimos la caravana de aproximadamente doce carros, mientras pasaba frente al muelle de carga, una parada de vehículos de la Policía y del Servicio Secreto. En adición, escuchábamos el sonido fuerte intermitente de un helicóptero que sobrevolaba el área. Luego nos enteramos de la lancha de la Policía, ubicada justo enfrente del restaurante, en el río Harlem cerca del lado sur del Major Deegan Expressway, y de la arteria principal de tráfico, Deegan Expressway, cerrada para esta ocasión, como la calle Fordham Road, que llega al restaurante por su entrada trasera. El tráfico en todo ese perímetro estaba detenido.

<sup>12</sup> La reunión de las Naciones Unidas trajo a uno de los mayores contingentes de las fuerzas del orden a la ciudad de Nueva York. Había sobre 3000 policías y agentes federales asignados para proteger a los aproximadamente 180 delegados del mundo. Cada agencia federal de cumplimiento de la ley se reportaba al comando central. Eso explicaba por qué los agentes del Servicio Secreto querían que realizáramos la cena en Manhattan.

No podía creer lo que presenciaba. Estaba boquiabierto cuando Mickey me alertó en voz baja: «Cierra la boca, actúa como si hubieras hecho esto antes». Solo le dije: «¿Puedes creer esto? Todo es por un latino». Estaba hipnotizado ante la seguridad tan abrumadora, algo nunca visto. Y pensar que el despliegue de fuerzas era por un hombre que nuestro propio país había tratado de asesinar en numerosas ocasiones. Mi pregunta aunque en silencio no se hacía esperar: «¿Estaba sucediendo lo establecido o era solo porque nos encontrábamos en el Sur del Bronx?».

Por fin apareció ante la vista, lenta y solitaria, una limosina de color negro. Permanecimos los tres parados, en silencio, mientras el auto avanzaba lento, en marcha atrás hacia la izquierda, donde nos hallábamos nosotros. Una vez detenido, el agente al lado nuestro se comunicó por el auricular con los de adentro del vehículo, para informarles que todo estaba despejado. El chofer del Servicio Secreto fue el primero en salir del vehículo, inspeccionó el área con su vista, la detuvo en los parados allí y asintió con la cabeza. Ante el gesto, otro agente abrió la puerta trasera de los pasajeros y la delegación cubana comenzó a descender.

Reconocí a Ricardo Alarcón de Quesada, había sido embajador cubano en Naciones Unidas por muchos años, de cuya elocuencia en sus discursos había aprendido cuando estudiaba en la universidad. También lo recordaba de la vez que, en 1971, fue invitado a hablar a Queens College. Allí surgió un gran disturbio porque exilados cubanos protestaron por su presencia en el recinto. Se armó en la práctica un motín y Mickey Meléndez, ahora a mi lado, fue víctima de lo que sucedió: los manifestantes cubanos de extrema derecha tiraron ácido y mi amigo sufrió quemaduras. Yo era estudiante de primer año en Lehman, pero escuché y vi retratos de la confrontación, una temática de conversación en numerosos centros.

La segunda persona que reconocí fue al entonces ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Roberto Robaina.

Después vi a la tercera persona, la única mujer del grupo y la última en descender antes de Fidel. Era su intérprete oficial. La había visto dada la cobertura de noticias relacionadas con el presidente cubano durante sus días en Nueva York. En total, cinco o seis personas bajaron de la limosina, pero aún no le habíamos echado un vistazo al huésped de honor.

### **Así conocí a Fidel**

La última persona en descender de la limosina fue el presidente Fidel Castro. Salió muy erecto, lo observé unos segundos, mientras acomodaba su corbata. Me impresionó el físico y, en particular, su estatura. Era más alto que lo apreciable en fotos y clips de películas; de presencia sensible, cuyo desplazamiento de energía había sentido muy pocas veces en mi vida. No se trataba de la sensación que experimentas al conocer o saludar a alguna celebridad. Ya había pasado por muchos de esos, desde músicos y actores famosos hasta políticos y personalidades de alta reputación. Había cenado con Albert Arnold Al Gore, vicepresidente de Estados Unidos, y su esposa Tipper Gore; conocí a Bill Clinton siendo gobernador cuando se postulaba para presidente la primera vez. Había tenido relación con bastante «gente importante», pero el sentimiento de ese instante no tenía antecedentes.

De adolescente recuerdo haber sentido algo similar el día que conocí a Muhammad Alí; a A. Phillip Randolph, cuando más de media hora estuve hablando con él y tratando de absorber información sobre la marcha a Washington que había organizado y Martin Luther King pronunció su famoso discurso «*I have a dream*» [Yo tengo un sueño]; otro día que un buen amigo, el padre Roberto González, a quien no había visto durante años desde sus días en las calles y en la iglesia St. Pius en el Sur del Bronx, fue ordenado como obispo

auxiliar de Boston. En esa ocasión un grupo grande viajó a la catedral de esa ciudad para presenciar su ascenso. Al final de la ceremonia, al acercarse a nosotros, en medio de la enorme catedral llena a toda capacidad, se detuvo un segundo y nos hizo una guiñada. Yo estaba en el borde del banco y sentí un poquito de ese hormigueo; pero esta vez la energía subió a un nivel mayor. Sentí el corazón latiendo más rápido mientras Fidel Castro se acercaba, escoltado por Bruno Rodríguez.

Una vez frente a mí —ahora con mi boca cerrada—, Bruno me presentó: «Comandante, este es Julio Pabón, quien organizó el evento». Lentamente y con humildad, levanté mi mano, él me la ató entre las suyas. Sentí el apretón firme de unas manos grandes, suaves y cálidas, y a la vez, la impresión de un gesto que muy pocas personas hacen. Lo digo, porque aunque lo he hecho solo en ocasiones que puedo contar, sé lo que se experimenta cuando ese impulso viene del corazón.

Mi padre era un curandero y había compartido conmigo ese acto. Él me enseñó a dar apretón de manos con la derecha y a cubrir la de la otra persona con la izquierda. Él decía que la mano izquierda era la más cercana al corazón, que la apretara así siempre que quisiera leer la energía de alguien. Mi padre explicaba que si necesitaba ver más allá de sus ojos, le aguantara la mano con las mías y mirara a sus ojos. «Las ventanas del alma», comentaba. Era un poco extraño lo que me sucedía, porque nadie me había estrechado la mano de esa manera; por lo tanto, entre los sentimientos hermosos que experimentaba, no pude dejar de hacerme un par de preguntas: «¿Por qué así a mí? ¿Tendrá las mismas creencias espirituales que mi padre?».

Intentaba analizar su saludo, cuando sus primeras palabras me volaron la cabeza, quedé perplejo: «¿Esto no te va a perjudicar a ti?», me preguntó mientras acercaba su cabeza a la mía, aún con las manos entre las suyas. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿El presidente Castro se preocupaba por mí? A lo largo de mi carrera, las repercusiones del

trabajo que realizaba no le importaron nunca a nadie. Sentí la presencia de mi padre. Solo él, que me amaba más que a su propia vida, me hubiera preguntado algo semejante.

Yo he trabajado para oficiales electos y altos ejecutivos, me he desbaratado en el «ustedes — saben — que», organizando campañas para contribuir a la elección de individuos; he ayudado a otros a recibir elogios a través de los principales medios de comunicación y de la comunidad; me he ocupado de grandes problemas que incomodan al vecindario, y nunca me han preguntado si algunos de esos trabajos me afectarían a mí o a mi familia, de modo negativo; y esa noche el hombre que entre mi generación calificaban de villano; que comparaban con algo diabólico, especialmente por el alboroto que su presencia había causado en Nueva York, y ahora en el Bronx, lo primero que manifestó fue su preocupación por mi bienestar. Fidel sabía muy poco de mí y yo me di cuenta que sabía menos de él; pero ahí estaba, conociéndome; y yo, a partir de las pocas palabras que me había expresado, reflexionando: «¿Quién verdaderamente es Fidel Castro!?».

No niego mi nerviosismo. El protocolo que esperaba se quebrantaba con las palabras y lenguaje corporal de Fidel. No había asistentes rodeándolo ni alejándolo de mí; por el contrario, con tranquilidad me entregaba su tiempo. No me hallaba preparado para eso. Solo había anticipado un rápido apretón de manos, y ofrecerle con pocas palabras la bienvenida, luego imaginaba a sus asistentes moviéndolo rápido hacia otro lugar.

De momento me vi sin palabras; pero al pensar en su preocupación por mí, hice un esfuerzo grande por desinhibirme. Entonces le dije: «No, yo estoy bien. Esta es la Sierra Maestra de Nueva York».

Tras escucharme, abrió aún más sus ojos, movió la cabeza hacia atrás y con tono interrogativo, repitió: «¿La Sierra Maestra de Nueva York?». Sé que trataba de entender por

qué comparaba el Bronx con el lugar donde comenzó la Revolución Cubana, donde se organizó y sobrevivió hasta el día de la victoria. «Sí», y le expliqué que consideraba el Bronx y, en particular, el Sur del Bronx como la Sierra Maestra de Nueva York porque teníamos alrededor de cien mil puertorriqueños viviendo en el área, era como nuestra base.

Me miró fijo, entrecerró sus ojos, levantó la mano derecha para tocar y apretar su barba y repitió con lentitud: «¿Más de cien mil puertorriqueños?». Luego, con su brazo izquierdo sobre mi hombro, me dijo: «Ven, Julio, dime, háblame de estos más de cien mil puertorriqueños».

Si me voló la cabeza la forma en que se presentó ante mí, ahora estaba totalmente perdido. El presidente de Cuba, el líder de una revolución exitosa en el Caribe, caminaba por el pasillo como si fuera un amigo de años que quería saber más sobre nosotros, parecía su *home boy*. Fidel me sorprendía a cada instante. Yo presumía que el contacto suyo con la gente ajena a su círculo íntimo era mínimo; pero aquello fue increíble, como si fuéramos dos los únicos en el pasillo. No había nadie entre nosotros, no había guardias de Seguridad, ni asistentes personales, nadie interrumpía la conversación en aquel enlace improvisado. El humilde boricua comenzó a asentar su mente y a encontrar las palabras que se le habían extraviado, a tiempo para contestar su segunda pregunta: «¿Quiénes eran los puertorriqueños del Bronx?».

Sin embargo, en la parte de atrás de mi cerebro, estaban fijos los tantos intentos de asesinar a Fidel. Supongamos que caminábamos por el lugar perfecto para un ataque a su persona. Supongamos que Jimmy's Bronx Café era la ubicación perfecta para un nuevo intento. Y yo tan cerca de él. Definitivamente también sería una víctima. El Servicio Secreto hubiera podido justificar diciendo que me habían advertido que cancelara el evento o lo trasladara para Manhattan. Si algo pasaba, podían echar la culpa a que no podía haberse

llevado a cabo en el Bronx. En esos pocos segundos mi pensamiento corría como la de un hombre con Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad.

Avanzábamos por el pasillo como padre e hijo lo hacen por el parque. Así nos fuimos acercando a las puertas dobles que daban acceso al salón principal donde la actividad en breve comenzaría, pero con tiempo aún para hallar la calma y pensar en otro sabio refrán de mi padre: «Todo tiene un propósito». Entonces comencé a explicarle que la mayoría de los puertorriqueños de allí había venido de Puerto Rico cuando la «Gran Migración» de los años cincuenta. Muchos eran como mi padre, un trabajador agrícola migrante. Le conté cuán difícil fue, para ellos y las generaciones siguientes, ser aceptados en ese país; que contemporáneos míos habían muerto en las guerras o a causa de la violencia y las drogas en las calles; pero, pese a todo ese negativismo, habíamos sobrevivido. Le manifesté que numerosos antecesores nuestros habían criado hijos como yo, «atrevidos», por eso organizamos una cena como esta.

Le expliqué que por ser el condado del Bronx, hogar de tantos puertorriqueños/latinos, era un lugar apropiado para darle la bienvenida. Ante la pregunta de quiénes participarían, le dije que el salón estaba lleno; que habíamos comenzado con un pequeño grupo de veinticinco invitados más o menos, pero una vez que se regó la actividad, el número de gente con interés de asistir comenzó a crecer al punto de que tuvimos que dejar de recibir huéspedes. Había profesionales de diversos sectores: maestros, jueces, oficiales electos, músicos, hombres y mujeres de negocios y comerciantes. También le planteé que no todos compartían su ideología o no estaban de acuerdo con la Revolución Cubana, porque no la entendían, la mayoría solo sabía lo que los medios de comunicación y el Gobierno decían por años; pero sí le aseguré al presidente Castro que los asistentes eran respetuosos de nuestras diferen-

cias y estaban ahí, porque no aprobaban la descortesía del alcalde al excluirlo de la cena que ofrecía a los delegados de los diferentes países. Escuchaba con atención, cuando el personal de Servicio Secreto ya le abría la puerta para entrar al salón principal.

## Reacción sorprendente

En el minuto en que se abrió la puerta, los invitados, percatados de la presencia de Castro, iniciaron aplausos que no cesaban, al tiempo que abandonaban sus asientos y prolongaban la ovación. Mientras lo conducían hacia el lado izquierdo de la puerta, donde estaba su mesa reservada, los más cercanos a él, lograron alcanzar la cuerda que delimitaba el área e intentaban estrechar sus manos o al menos tocarlo.

Ante la conmoción, Fidel dirigió unos pasos hacia ellos, estrechó las manos de quienes tenía más cerca, al tiempo que los de otras mesas le estiraban sus brazos. La cuerda se aflojó. Los dos agentes, uno a cada lado de Fidel, y yo nos dimos cuenta de que se distanciaba de su mesa para continuar los saludos. Era como si Fidel fuera una estrella de rock, caminando hacia una sala de conciertos repleta de fanáticos. Llamó mi atención que algunos de los ansiosos por estrechar su mano no simpatizaban con Fidel ni con la Revolución Cubana. Cada vez crecía esta muchedumbre.

Yo creía saber manejar multitudes, pero estaba sucediendo algo inesperado. Mi experiencia se reducía a caminar con oficiales electos y presentarlos para que pudieran darles sus manos a distintos individuos. Pero aquí la gente se estaba

aglomerando para saludar a Fidel sin ningún tipo de incitación.

Lo miré, también a quienes lo custodiaban: uno era cubano, otro estadounidense. Fidel se veía relajado, sonriente, mostrando con cada gesto que disfrutaba la acogida. Los agentes, por el contrario, distaban de igual sentimiento. Pude sentir la ansiedad de cada uno mientras sus ojos escudriñaban la multitud de izquierda a derecha que se acercaba a Fidel. No quitaban la vista de cada mano que agitada se extendía hacia él. Finalmente el de la Seguridad cubana movió sus manos por delante de mi cuerpo, agarró a Fidel por el codo izquierdo, lo miró y trató de encaminarlo hacia su mesa. Este llevó su mano derecha a la del agente y, llamándolo por su nombre, le dijo: «Tranquilo, Julio dijo que estamos en la Sierra Maestra». Pero era lógica la inquietud del oficial cubano. Más de seiscientos intentos de atentados contra la vida de Fidel, exigía un intenso trabajo.

Luego de repetir palabras que le había dicho, buscó mi rostro y mostró una abierta sonrisa. Yo hice lo mismo, me sentí aún más cerca del hombre que acababa de conocer y había llevado a su corazón mi sentir sobre el Sur del Bronx.

Cuando hacía la investigación para este libro, en Cuba tuve la oportunidad de hablar con varios ayudantes, exayudantes y oficiales del Gobierno y supe que el hombre que lo acompañaba entonces era el coronel José Delgado Castro, jefe de su Seguridad Personal; también me contaron una de las citas famosas de Fidel relacionadas con su protección, surgió en un viaje al exterior, cuando a bordo del avión, le preguntaron que si usaba chaleco antibalas y él desabotonó su camisa para mostrar que no tenía ninguno, solo contestó: «Yo tengo un chaleco moral». La cita me recordó lo que sucedió aquella noche de 1995 cuando, con su brazo sobre mi hombro, me preguntó por los invitados y los saludó sin vacilar por verse en medio de tantos. Parecía tener una habilidad única para leer a la gente y las circunstancias.

Mi padre que era un hombre muy espiritual me decía que para poder ver, tenía que abrir más que mis ojos. Se estaba refiriendo a la otra esfera que rara vez se ilustra, la del lado espiritual de nuestra existencia, e insistía: «No olvides recordar: “Porque no entiendas algo, no quiere decir que no exista”». «¿Será posible que Fidel sea una persona espiritual como mi padre?». Quizás también entendió su conexión con el mundo espiritual, o lo que muchos llaman energía del universo, y como tal tenía la capacidad de sentir, leer e interpretar la energía a su alrededor. Al menos fue evidente, para mí y para otros, que el presidente Castro mostró una energía especial esa noche.

Obviamente Fidel no temía morir porque no tenía miedo de vivir. Esta es la única explicación para un hombre que sobrevivió a tantos atentados y continuaba viviendo sin desasosiego, aun sabiendo que los líderes de la nación más poderosa del mundo lo querían muerto.

Caminando en un semicírculo, Fidel estrechaba más manos que cualquier político que haya visto haciendo campaña. De regreso a su mesa, Bruno Rodríguez le señaló otra donde algunos compatriotas estaban sentados. Era la mesa de Bob Sancho y sus invitados. El Sr. Sancho era un líder comunitario en El Barrio y en el Sur del Bronx, conocido por organizar grandes conciertos. En esta ocasión había traído al gran pianista cubano Chucho Valdés, director de Irakere, y a Carlos Emilio Morales, su bajista. Bruno le presentó a Fidel a Bob Sancho y el líder le dijo: «Me han dicho que tienes a dos músicos nuestros aquí». Fidel sonrió y estrechó sus manos. Este detalle debió contribuir a que se sintiera más cómodo, como en casa.

Al concluir el evento, Bob me dijo que después de la cena le contó a Chucho Valdés que él había visto a Fidel Castro algunas veces en Cuba y Chucho le confesó que él nunca lo había tenido delante. «Entonces no olvidaré que aquí fue donde viste a Fidel Castro bien cerca, por primera vez».

Fidel terminó su semirronda por las mesas de los invitados más próximos a la tarima. Gratamente sorprendidos por lo que acababa de ocurrir, mantuvieron los aplausos hasta que ocupó su silla. Hasta allí Franklin Flores llevó a Willie Colón, otro músico deseoso de conocer a Fidel. El presidente Castro le dio un apretón de manos; y algunos fueron testigos de cuando le dijo: «Es un honor conocerlo». Luego Franklin y yo nos preguntamos si el presidente Castro en realidad sabía que Willie Colón era uno de los grandes íconos de la música latina o solo había sido muy educado.

Me senté en la mesa con nuestro invitado de honor, los oficiales cubanos y su intérprete. A propósito ocupé asiento frente a él, de espalda a la tarima, para tener un mejor ángulo al mirar por encima de su hombro. Detrás había un grupo de agentes de Seguridad de ambos países. El congresista Serrano se sentó al lado del presidente Castro y repasó el programa que habíamos impreso.

Todo el mundo en la mesa estaba emocionado por el encuentro que, a pesar de ser improvisado, presagiaba un gran éxito. No solo por la acogida de los invitados, sino por los rostros de los miembros de la delegación cubana; a juzgar por sus expresiones admiraban el afecto manifiesto a su presidente. Yo estaba seguro de que ambos equipos de los servicios secretos se sentían a gusto y contentos, porque la pequeña desviación salió bien y ya había concluido.

Busqué con la vista a Jerry Fontanez, quien nunca estuvo a más de diez o quince pies de Fidel, siempre detrás de los equipos de Seguridad desde que entramos al salón. Hicimos contacto visual y asintió con la cabeza, también sonrió. Lo vi aliviado, feliz porque la caminata no planificada por el frente del salón de banquetes había sucedido sin problemas. Luego él mismo me contó cuán tensos estaban los agentes, tratando de no separarse más de un brazo de distancia de Fidel. Nos pareció que tantos saludos al público estresó a todos excepto al visitante.

Mientras los invitados tomaban sus asientos, un miembro de la Seguridad cubana detalló en español e inglés las reglas estrictas que debían mantenerse: «Una vez que el presidente Castro comience a hablar, a nadie le está permitido ponerse de pie. Si alguien lo hace, será removido del salón de inmediato y sin excepción».

Le indiqué a Carlos Nazario que podíamos comenzar cuando estuviera listo. Sentado en una mesa con Fidel y algunos de sus oficiales cubanos de alto rango no me hacía sentir cómodo. Las palabras se me extraviaban; mi mente daba vueltas con más pensamientos que los que de manera común procesaba, y eso que siempre había sido hiperactivo y con facilidad podía entretener varias ideas a la vez; pero esa vez me sentía torpe.

Me preocupaban muchas cosas: si los de la prensa que habíamos admitido cumplirían lo acordado: no preguntas, no entrevistas... si algún ente peligroso se hubiera infiltrado entre la multitud burlando el sistema de seguridad multinivel... si las personas invitadas y aprobadas por ambas agencias de Servicio Secreto eran legítimas... si alguien violaba la disciplina durante el discurso del presidente Castro... Ya habíamos removido a una agitadora, sin embargo, me preguntaba: «¿Habrán otros?».

Preocupado con tanto, apenas podía disfrutar el orgullo de estar sentado al lado de la cúpula del liderato cubano, los legendarios revolucionarios de mi vida. Bajo condiciones más cómodas y relajantes, hubiera acariciado mejor el momento. «Es probable que les esté quemando los oídos a los invitados, en especial a Fidel, con mis tantas interrogantes», pensé cuando me impuse devolver mi pensamiento a lo que sucedía en el salón. Los vasos recibían más agua. Levanté el mío en un brindis por Fidel. Él levantó el suyo, los demás lo hicieron también. En eso, Carlos comenzó a caminar hacia el podio para dar inicio al programa de la noche.

Mientras más temprano el evento concluyera y Fidel estuviera fuera del Sur del Bronx, más cómodo me sentiría. Solo

entonces podría agradecer que nosotros, puertorriqueños sin títulos mayores o conexiones internacionales, excepto el congresista Serrano, habíamos logrado la visita a casa del presidente Fidel Castro.

## **Comienza el programa**

Sentí la mirada de Carlos Nazario desde el podio. Ajustó el micrófono e inició sus palabras de bienvenida a los invitados y a la delegación cubana, como presidente del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios. Reiteró lo que el oficial cubano había mencionado sobre mantenerse en sus asientos mientras el presidente Castro hablara. Explicó cómo el concilio acordó de forma unánime auspiciar la cena. Me dio las gracias por haber traído la idea y coordinado los esfuerzos para la visita del presidente Castro al Bronx. Luego me presentó como miembro del concilio y organizador del evento.

Con solo un gesto solicité excusa a los de mi mesa y avancé hacia el podio. Expresé que hablaría en español y no necesitaba intérprete porque estábamos en el Bronx. La audiencia aceptó con aplausos. Le di las gracias a Carlos por su liderazgo como presidente del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, por tener la valentía de seguir adelante con lo que pensábamos que era una locura y por permitirme presentar la idea a la junta y al liderazgo del concilio. También le agradecí a Bruno Rodríguez y a los miembros de la misión cubana por su esfuerzo en el trabajo conjunto con el concilio. Comenté que ya era tiempo para que, como empresarios puertorriqueños en Estados Unidos, dialogáramos con los hermanos de Cuba. Luego les di la bienvenida a los invitados y comencé a explicar cómo la idea de reaccionar al insulto del alcalde fue concebida a partir de una llamada telefónica del amigo David Galarza.

Me referí a la organización del evento a cargo de un montón de atrevidos que demandaban respeto como parte de la

comunidad latina de Nueva York; atrevidos por haber venido a un restaurante que la prensa había criticado en numerosas ocasiones por ser un lugar de «personajes desagradables»; atrevido Jimmy Rodríguez, el propietario de la instalación, por haber construido un restaurante de alta calidad en un lote abandonado, donde ni el gobierno ni el sector privado intentarían invertir. También rendí homenaje a varios atrevidos presentes en el salón: aquellos que lucharon por transformar un edificio industrial en el Sur del Bronx, en una de las primeras universidades bilingües de Estados Unidos, el colegio comunal Eugenio María de Hostos, y a activistas puertorriqueños como Richie Pérez, Mickey Merléndez, Franklin Flores y otros que han estado involucrados en la lucha porque la población sea respetada.

Explicué que el acontecimiento de esa noche había nacido de una simple idea, de escribir un comunicado de prensa para demostrar el coraje de nuestra gente ante la insensibilidad y falta de respeto del alcalde al presidente cubano.

Detallé cuán importante era para los boricuas ser respetados, ya que vivíamos en una ciudad en la que no se consideraban a personas de mayor edad ni a muchos de nosotros, por lo tanto, la generación más activa había decidido demostrar que teníamos que ser respetados; que, al invitar al presidente Castro, estábamos manifestando respeto por nosotros mismos. Reiteré mi convicción de que otros pobladores latinos a lo largo del país nos mirarían como ejemplo a seguir por tomar una posición contra el insulto de un alcalde y hacer lo correcto. Les di las gracias al presidente Castro y a su comitiva por venir y bromeé al decir que hasta llegamos a pensar que eso nunca ocurriría.

Explicué que cuando el congresista Serrano confirmó que el presidente Castro vendría, iniciamos las invitaciones: primero de veinticinco a treinta personas, entonces hablamos de una cena con un reducido grupo, sin embargo, muy pronto se había sobrepasado la capacidad del salón de banquetes

con la más grande concentración en el Jimmy's Bronx Café. Les agradecí a todos los que apoyaron la idea. Compartí mi perspectiva de que teníamos que ser atrevidos para hacer lo que hicimos y les dije a los presentes que ellos también eran atrevidos por asistir, a pesar de las posibles diferencias. No obstante, expresé, que era de esperarse porque el Bronx era un condado de atrevidos.

Luego, dirigiéndome al presidente Castro, le comenté que si no hubiéramos puesto límite a la lista de invitados, con facilidad hubiéramos llenado el Yankee Stadium para su visita. Todos, incluidos Fidel y los compañeros de la mesa, rieron. Continué mirando al presidente, ahora con mi rostro un poco más serio, y le añadí a este momento de diálogo que, independientemente de sentirme feliz por su presencia, tenía una cuenta pendiente con él, por nuestras serias diferencias.

El salón quedó en silencio. Creo que preguntándose: «¿Adónde va Julio con esto?». Mickey Meléndez, Franklin Flores, Liz Figueroa, y quizás mi hija Kimberly eran los únicos que no estaban preocupados con lo que iba a decir, porque habían escuchado mi mensaje desde que lo escribía o después de traducido por Franklin mientras practicaba mi lectura en español.

Recuerdo a Fidel muy atento, inclinado hacia adelante, con brazos y manos entrelazados sobre la mesa y la vista fija hacia mí; así se mantuvo mientras hablé de una entrevista reciente que él había ofrecido a la CNN, y ante la pregunta de ¿quién quería que ganara en la Serie Mundial de Beisbol: los Bravos de Atlanta o los Indios de Cleveland?, contestó que los Bravos de Atlanta. Entonces le dije que la mayoría de los puertorriqueños queríamos la victoria para Cleveland, porque en ese equipo jugaban muchos compatriotas, y algunos como Carlos Baerga y Sandy Alomar nos habían visitado. El espacio se inundó de risas, los invitados rieron de lo lindo; pero la risa de Fidel de esa noche no se me olvida.

Ya, en total estado de relajación, les agradecí a todos su presencia, a los atrevidos que contribuyeron a que la cena ocurriera; a Jimmy Rodríguez por acceder a que utilizáramos el nombre de su restaurante en el comunicado de prensa devenido invitación oficial sorprendente y por soportar los inconvenientes que surgieron para proteger el lugar ante la visita del presidente Castro. Luego cedí el micrófono al congresista José Serrano; él presentaría a Fidel Castro y demás invitados.

Una vez en el podio me dio las gracias e inició sus palabras con un emotivo mensaje en el que enfatizó la naturaleza histórica de la noche: la unidad manifiesta entre Cuba y Puerto Rico, juntas aquí en el Bronx. Expresó con nitidez que con nuestras acciones demostrábamos que la comunidad puertorriqueña no permitiría que su comportamiento fuese dictado desde Miami o Nueva Jersey.

Serrano planteó que la noche presentaba una oportunidad perfecta para iniciar un movimiento en contra del bloqueo impuesto por el Gobierno de Estados Unidos a Cuba. Recordó que Estados Unidos hacía negocios con la China comunista y también con Vietnam, aunque contra este último país había desatado una feroz guerra. Esas palabras tocaron una fibra muy sensible, porque existían jóvenes del distrito que aún sufrían los efectos de su exposición al agente naranja mientras sirvieron a las fuerzas armadas estadounidenses en el país asiático. Comentó que quizás la razón de que el bloqueo haya durado tanto, tiene que ver con el disgusto personal de los líderes de nuestro Gobierno hacia el líder de Cuba, un latino. Serrano reflexionó en voz alta: «Si hubiera existido un bloqueo contra algún país europeo alguna vez, se hubiera levantado desde hacía tiempo».

El público estalló en un fuerte aplauso, la mayoría entendió el racismo solapado de la política de EE.UU. hacia Cuba y el discrimen que muchos enfrentamos al crecer en una ciudad que nos trata como inmigrantes extranjeros en lugar de emigrados con ciudadanía americana.

Nuestro congresista concluyó su presentación haciendo un llamamiento con estas palabras:

En esta comunidad aquí esta noche se encuentra el poder político boricua. Desde aquí esta noche saldrá el mensaje político de que esta política de nuestro país (contra Cuba) tiene que terminar. Los puertorriqueños tienen la habilidad de ser los ciudadanos americanos con la obligación correspondiente de educar a nuestra gran nación sobre su comportamiento con la América Latina, en nuestro Caribe. Nosotros aquí esta noche podemos comenzar algo nuevo en cuanto a este comportamiento como parte de este acto atrevido, un movimiento que este tratamiento contra Cuba tiene que terminar.

Serrano se describió a sí mismo como un ciudadano americano, un patriota que sirvió en las fuerzas armadas de EE.UU. y que defendió su país; pero dijo que un verdadero patriota es quien le dice a su gobierno cuándo está errado y le urge cambiar. Y eso era lo que Serrano estaba haciendo.

Tras otros prolongados aplausos, se dirigió de nuevo al auditorio: «Para mí es un honor y un placer presentarles a nuestro invitado que sin reparo aceptó venir al Bronx. Con respeto sobre todo al pueblo de Cuba, damos una calurosa bienvenida al presidente Fidel Castro». De la audiencia, de manera espontánea se fueron uniendo voces que por más de un minuto estuvieron clamando: «¡Fidel amigo, el pueblo está contigo!», y «¡Cuba Sí! ¡Bloqueo No!».

### **Momento emotivo con Fidel**

Las consignas continuaron mientras Fidel avanzaba lento hacia la tarima. Se detuvo a mitad de camino, miró al público y sonriendo recibió con humildad el amor y respeto que le

profesaban de pie, en ovación cerrada; quizás hasta un poco cohibido por la reacción de un público que acudió a un evento no planificado en su agenda política, que él había decidido concurrir, solo unas horas antes, cuando fue informado por Fernando Remírez, su representante en Washington, D. C., a pesar del consejo de sus asesores y del Servicio Secreto de EE.UU. de no asistir. Observábamos a un hombre que agradecía a la audiencia sin pronunciar palabras. Su sonrisa y lenguaje corporal emitían un resplandor, percibido como una declaración tácita de quien validaba la toma de una decisión que quizás solo él entendía.

Mirando en retrospectiva, después de haber concluido la investigación para este libro, puedo entender mejor que aquella noche, la calidez particular que imprimió el presidente Castro. Conmigo coinciden los entrevistados en Cuba y Estados Unidos. Es esa condición que viene de una persona centrada, con su espíritu y convicciones en total acuerdo. Había venido al Sur del Bronx y obviamente fue lo correcto para él; se trataba del tipo de decisión espontánea que solo ciertos líderes tienen la habilidad de asumir.

Los aplausos y consignas fueron tan ruidosos y prolongados como cuando al principio abrimos las puertas y apareció en el salón de banquetes. Subió al podio listo para hablar; pero antes de que hiciera uso de la palabra se le planteó que tendríamos un momento especial a cargo de tres jóvenes. Fidel estaba sorprendido, levantó sus manos, se alejó del podio y observó mientras Elena Flores, la hija de Nancy y Franklin; Vanessa Ramos, la de Susana Ríos, mi asistente especial; y Julio Antonio Pabón, mi hijo, subieron a la tarima. Cada uno llevaba en sus manos un obsequio para él.

Elena le entregó un ramo de doce rosas blancas, la niña se emocionó tanto que, al darle las flores, comenzó a llorar. Como un padre hace a una hija, la consoló, la envolvió entre sus brazos y le besó la frente. El gesto le devolvió la calma a la pequeña. Contó algún tiempo después que, en

aquel momento, le pareció sentir a un abuelo ofreciéndole su cariño. Posaron para los fotógrafos, siempre atentos a cada detalle. Hubo invitados afligidos ante las lágrimas de Elena. «¡Cuba, Cuba, Cuba, Puerto Rico te saluda!», se empezó a escuchar. Más sosegada, le pidió a Fidel que le autografiara el programa del evento.

Detrás subió Vanessa, le llevaba dos gorras de beisbol de Latino Sports. No parecía nerviosa, aunque cuando la entrevisté para el libro me dijo que los flashes de las cámaras la abrumaron. Las gorras eran una verde y la otra roja; yo las había escogido de entre las de diversos colores que teníamos en la oficina. Hacía muy poco tiempo las había ordenado para iniciar una campaña de mercadeo que promocionara a Latino Sports. Pensé que si Fidel usaba una de ellas y la imagen era captada, la publicación de la foto contribuiría a levantar mi nueva línea de prendas de vestir, y eso sería mejor que mostrar a un jugador de beisbol con mi gorra. Escogí colores que a Fidel le agradarían: verde, porque le gustaba usar su uniforme militar verde olivo y, por supuesto, el rojo muy asociado a la revolución. Para aquellos que siguen la religión afrocubana de santería, también les representa la deidad africana Changó. Estaba tratando de cubrir todos los ángulos con las dos gorras.

Fidel las tomó en sus manos, las estudió por un segundo y sonrió. Yo rezaba para que se probara una, pero no lo hizo. Pensé: «Bueno, al menos lo intenté». Le dio las gracias a Vanessa, apretó fuerte su mano. Juntos están en una fotografía.

Mientras la jovencita descendía del podio, Julio Antonio se aproximaba al líder cubano. Vestía camisa blanca y una corbata colorida. Era el mayor de los tres adolescentes, ya tenía quince años. Le mostró a Fidel el guante de boxeo de gran tamaño que había donado Dante Ortiz, el empresario boricua que, además de confeccionarlo, le imprimió: FIDEL #1 Bronx, NY . DANTE . 23 de octubre de 1995.

Cuando se lo entregó, Fidel se inclinó hacia atrás y sonrió. Le dio las gorras al muchacho para liberar sus manos y tomó el guante, lo levantó hasta la altura de su vista y miró adentro. Sonreí y pensé: «Siempre consciente de la seguridad». Introdujo su mano izquierda y a continuación desplegó una abierta sonrisa, esa que manifiestas cuando de verdad disfrutas de un momento de puro placer. Era obvio que le había encantado el regalo. Entonces golpeó el guante contra su mano derecha igual que un boxeador y levantó el brazo enguantado por encima de su cabeza como hacen los campeones. Fidel estaba impresionado por la creatividad de los regalos. La audiencia también quedó magnetizada ante lo que sucedía en el salón. Una vez más estallaron estruendosos aplausos acompañados de consignas. De algunos se escuchó: «Dale duro, Fidel».

Una furia de fotos se desató. Le pidieron que posara, y los flashes aparecían por dondequiera. Julio en medio del centro de atención, lo tomaba como un soldado, parecía haber ensayado en el escenario con el presidente Castro. Su sonrisa juvenil también expresaba regocijo. De ese momento hay varias fotos. Fidel removió el guante y se lo pasó a su intérprete, parada detrás; estrechó las manos de Julio, sonrió y le dio una palmada al chico en la cabeza mientras se apartaba.<sup>13</sup>

En silencio seguí agradeciéndole a Dante. Me sentí feliz como si nos apuntáramos un nocaut con su obsequio.

13 Esa escena y la foto de Julio Antonio junto a Fidel levantando su brazo como un campeón de boxeo parece que fue la favorita de la prensa; fue transmitida por CNN y la foto apareció en el libro *Cien fotos de la Revolución Cubana*, una edición limitada que se publicó en Cuba. De las millones de fotografías tomadas de la Revolución Cubana, se escogieron solo cien para ese libro y esa foto es una de ellas; para mí, es la confirmación de que la cena en el Bronx fue histórica y especial para el presidente Fidel Castro y el pueblo cubano.

## Un discurso impactante

El presidente Castro caminó hacia el podio. Se arregló la corbata en un breve instante. Parece que una persona hizo un comentario o alguna pregunta y se dirigió a ella mientras se despejaba la tarima. Era obvio que se sentía cómodo en nuestros predios. Finalmente apretándole ambas manos al invitado que aún permanecía frente, lo despidió; pero diciéndole: «¡Gracias!».

Delante del podio, colocó su mano izquierda sobre el lado izquierdo de su cara como si estuviera tratando de enfocarse y regresar a la parte oficial de la cena. Con manifiesto oficio ajustó los micrófonos a su estatura; miró a la audiencia mientras entrecerraba los ojos como adaptando su vista al salón oscurecido y a las luces de tantísimas cámaras apostadas alrededor de cuarenta o cincuenta pies frente a él. Durante unos segundos, los invitados empezaron a corear: «¡Fidel! ¡Fidel!», y una vez más se hizo sensible su agradable regocijo por la calurosa recepción que le ofrecía el Sur del Bronx.

Cuando las consignas se detuvieron, clareó la garganta y comenzó diciendo: «Queridos amigos y distinguidos atrevidos». De inmediato se escuchó una fuerte ovación y aplausos. Me sentí orgulloso de que entendiera la esencia de mis palabras desde que caminamos juntos del garaje del muelle de carga al salón de banquetes, y luego en mi presentación: puertorriqueños osados y valientes. Sus palabras no solo estaban dirigidas a los que escribieron el comunicado de prensa inicial, sino también a los organizadores y a quienes se atrevieron a asistir. Los invitados, en su mayoría, eran empresarios, profesionales que probablemente serían castigados y criticados por sus socios de negocios, compañeros de trabajo, vecinos e, incluso, familiares.

Luego, pausado y metódico, usando expresiones faciales y las manos para señalar o enfatizar un punto, dejó correr sus palabras. El presidente Castro, distinguido por ser buen

orador y muy carismático, mostraba sus atributos a quienes nunca lo habían visto ni escuchado siquiera. Todos estaban callados, atentos, pegados a cada palabra y expresión. Pasada la actividad, muchos me dijeron que se sintieron como estudiantes de primer año en un curso universitario de Historia ante un destacado profesor.

Fidel planteó con la naturalidad y gracia que lo caracterizan que si notaban algún problema con su vista, se debía a la era moderna que vivíamos y al resplandor de tantas luces fuertes. Mencionó el momento en que le dije que por poco hubiéramos tenido que celebrar la cena en el estadio de beisbol, y a continuación añadió: «[...] pero a mí me parece estar viendo aquí un estadio en este magnífico *room* de Jimmy que ha sido tan atrevido y valiente como para prestarlo esta noche». Risas y aplausos reaparecieron.

Manifestó cuán impresionados y conmovidos se sentían él y los miembros de la delegación cubana por nuestras palabras y acciones. Habló de las tantas cosas que nos unen, incluyendo el idioma. Me llenó de humildad oírle de nuevo mi nombre cuando expresó: «Realmente, me han impresionado las palabras de Julio Pabón y José Serrano. Me ha gustado muchísimo la forma sencilla, directa, clara y franca en que hablaron; además saben lo que dicen, y dicen mucho, y lo dicen con todo el cuidado necesario». En ese instante me cautivó. Me sentí estudiante de nuevo y, por primera vez en la noche, me olvidé de los asuntos de seguridad para quedar sumergido en cada palabra, expresión facial o manierismo suyo.

He tenido el privilegio de ver y oír, en persona, a oradores de renombre nacional e internacional y a otros a través de videos; pero escuchar al presidente Fidel Castro tan cerca, en el ambiente cálido y acogedor que creamos en el Jimmy's Bronx Café, fue algo mágico e irrepetible. El reportero de *El Diario*, Gerson Borrero, lo describió mejor en un artículo que tituló: «La visita de Fidel fue un cuadrángulo». Ahí escribió:

«Fidel tiene un carisma... un estilo cautivador... que puede seducirte».

Después de que habló del genuino sentimiento emocional experimentado por todos los visitantes, continuó su discurso disculpándose por haber escogido a los Bravos de Atlanta. Dijo: «Me parece que antes de continuar, debo aclarar este serio problema de las Grandes Ligas, porque ya veo que ustedes están con Cleveland...». De nuevo se sintieron hasta carcajadas; pero él siguió ofreciendo detalles de beisbol, un tema que los norteamericanos sabían que le encantaba. Aclaró que le gustan otros deportes; sin embargo, cada norteamericano que lo visitaba le obsequiaba una pelota de beisbol, un bate o un libro que podía ser la biografía de algún pelotero famoso o de estadísticas de beisbol. Mencionó que había recibido tantos presentes relacionados con el beisbol que podía crear un museo. Una vez más la audiencia estalló en risas. Su carisma contagiaba de alegría a los presentes.

En un tono anecdótico contó que durante su visita había concedido una entrevista televisiva, en la que le preguntaron a qué equipo favorecía en la Serie Mundial. Dijo que la pregunta no era agradable. Volvió la risa al salón. Explicó que había viajado por varios países de Latinoamérica antes de venir a Estados Unidos, cuando iba hacia Uruguay para una cumbre de jefes de Estados latinoamericanos y por eso no había tenido tiempo para leer cables ni periódicos, «eran discursos y más discursos». Clarificó que no eran suyos, sino los de otros jefes de Estado. Bromeó al comentar que por lo menos con los suyos se entretenía él mismo, mientras los demás se aburrían. A la risa se unieron aplausos. No había duda de que se hallaba relajado, disfrutando tanto como la audiencia disfrutaba su sentido del humor y los detalles que proveía.

Para que el ambiente se mantuviera alegre habló del tiempo récord de sus discursos, ahora era suyo el más corto de la cumbre. Explicó que el límite de tiempo para él era de cinco, seis minutos, no más, y su presentación era de tres minutos:

un récord de todos los récords. La gente no dejaba de divertirse. Para muchos, el llamado «dictador vicioso» —como lo describían numerosos exilados cubanos—, no invitado a la cena de los jefes de Estado que ofreció el alcalde Giuliani, estaba teniendo el momento de su vida con una comunidad que lo disfrutaba de manera total.

Cuando retomó el tema del beisbol, expresó que no estaba al día con la más reciente temporada beisbolera de Estados Unidos. Y ante la pregunta de ¿a cuál equipo él favorecía?, recordó haber dicho: «Bueno, ya que soy amigo de Ted Turner, tengo que apoyar a los Bravos». Pero a nosotros nos dijo que si hubiera sabido que le íbamos a Cleveland, hubiera dicho: «Miren, no me metan en este lío». Risas y más risas.

En ese momento recorrí la vista por todo el salón. Vi a mis amigos mostrar su complacencia con lo que estaba sucediendo, a pesar de sus dudas sobre Fidel Castro y Cuba. Si existió tensión entre algunos de los invitados, desapareció una vez que el presidente Castro comenzó a hablar. Tensiones y dudas se derritieron ante la sinceridad, humor y presencia del presidente cubano que nos habló desde su corazón.

Reiteró cuán conmovido estaba al enterarse de la cantidad de puertorriqueños que vivían en el Bronx, junto con dominicanos y cubanos. En ese momento, una voz gritó: «uruguayos».

Fidel sonrió y repitió «y uruguayos». Dijo que la visita constituía una lección para él y su delegación, ya que no sabían la dimensión del Bronx con su diversa población latina, que ahora sabían de tantos hermanos entre nosotros.

Fidel continuó hablando de la historia cubana y americana, educándonos sobre los lazos históricos entre Cuba y Estados Unidos, desde pasadas migraciones hasta las del presente. Muchos de nosotros, incluyéndome, no estábamos al tanto de que acá habían venido cubanos para luchar por la independencia de este país durante el tiempo de George Washington, y el presidente Castro nos habló de ello.

También explicó cómo en el periodo previo a la guerra de independencia, los españoles eran dueños de la administración, el ejército y el comercio; los cubanos, de las tierras y los esclavos; que en no pocos predominaba un sentimiento anexionista por temor a que se repitiera lo sucedido en Haití, y en aquel tiempo, sectores del norte y sur de Estados Unidos favorecían ese movimiento.

El presidente Castro parecía un profesor de Historia de Cuba y Estados Unidos. Ofreció una descripción bien detallada de la inmigración de cubanos hacia Estados Unidos y cómo se desarrolló e incrementó justo después del triunfo de la Revolución Cubana por razones políticas. Habló entonces de la nueva etapa y puso en contexto varias de las críticas que se le han hecho a la Isla. Dijo que había leído sobre revoluciones e historia y que la revolución más generosa que existe es la cubana. No dejó de mencionar la invasión mercenaria por bahía de Cochinos y la captura de 1300 prisioneros por parte de los cubanos; enfatizó con extraordinaria claridad que ni un solo prisionero recibió una herida luego de haber sido capturado, ni tan siquiera con la culata de un rifle. Precisó que eso era en consonancia con los principios de la revolución desde la guerra de liberación; que aunque hubo cientos de bajas de su lado, instaba a cualquiera a preguntarles a capturados en la bahía de Cochinos, si alguien, incluso, les haló el pelo. Un momento de extrema concentración devino en risas.

Expresó ideas muy inteligentes, como cuando dijo: «Una mentira, una exageración repetida una, mil o un millón de veces, nunca puede ser convertida en una verdad. Una mentira, no importa cuántos escojan creerla, nunca se puede convertir en una verdad». Esta vez se escucharon aplausos. Era obvio que los invitados entendían bastante de lo que el presidente Castro decía, no porque fueran izquierdistas, sino porque ellos mismos habían sido objeto de alguna forma de discrimen, abuso o mentira. Todos podían verse reflejados en su

declaración: «una mentira no puede convertirse en verdad, no importa cuántas veces se repita». Porque la mayoría de los presentes que hemos subido en la escala social y hemos llegado a donde estamos, lo hicimos saltando aros y evadiendo obstáculos y mentiras. Muy pocos invitados en la cena, aun aquellos que son algo exitosos, nacieron en circunstancias privilegiadas. Cada uno tuvo encuentros negativos o historias relacionadas con la familia sobre cómo sobrevivir en la jungla de asfalto neoyorquina. Todos hemos experimentado o tuvimos un familiar cercano que ha sido objeto de algún tipo de abuso por policías, patronos o caseros. Por eso creo que muchos en la audiencia podían conectarse tan bien con las palabras de Fidel.

El presidente Castro explicó cómo el ingenio cubano había hecho posible sobrevivir a la guerra fría y a algunos de los peores periodos que se puedan imaginar. Habló de la cantidad de automóviles norteamericanos en Cuba, modelos de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, más que en Nueva York, donde hay más automóviles japoneses que de cualquier otro tipo. La risa de entonces fue reflexiva.

Hizo mención a los efectos del embargo económico de EE.UU., el cual definió como más que un bloqueo económico. Explicó cómo el bloqueo prohíbe venderle a Cuba algo tan simple como aspirinas. Mencionó el número de cubanos que han muerto por no contar con las medicinas imprescindibles para salvar sus vidas, pero que Estados Unidos no se las vende a Cuba.

Luego se refirió al compromiso de Cuba de ayudar a otros pueblos: de sus, aproximadamente, quince mil médicos en países del Tercer Mundo; dos mil maestros en las montañas de Nicaragua; cien mil donaciones de sangre donadas en diez días, para enviar a Perú ante el devastador terremoto, las cincuenta mil a Armenia y también a Irán cuando sufrieron sus catástrofes, y a países de América Latina, aun sin relaciones diplomáticas. Precisó que estos eran los sentimientos

de humanidad y solidaridad que vinieron de la revolución y habían educado al pueblo cubano.

El presidente Castro reiteró las gracias al congresista Serrano y a mí por las palabras que habíamos expresado y por compartir tan agradable atmósfera durante el evento. Su gratitud la extendió a nombre del pueblo cubano.

Su sentimiento más emotivo lo reservó para el final cuando levantó ambas manos y su voz para decir: «Estoy seguro, absolutamente seguro, de que ustedes serán más fuertes después de este encuentro. Así es que, más bien, deberíamos sentirnos orgullosos, ustedes y nosotros. Nosotros, por tener los honores de recibir el estímulo de hombres y mujeres tan excelentes como ustedes, y ustedes, porque ustedes son los que hacen que las buenas causas triunfen, porque ustedes son justos, porque son valientes, porque son nobles, porque son generosos, porque están en solidaridad».

Presenció cómo muchos, desde la posición de sentados, saltaron para ponerse de pie y comenzaron a aplaudir rápido y fuerte. Un segundo después, toda la audiencia presente en el salón de banquetes había abandonado sus sillas; pitaban, ovacionaban de manera atronadora y por un tiempo prolongado. Para concluir, la exclamación a coro de ¡Viva Fidel! ¡Viva Fidel!, estremecía el lugar.

## **Recepción privada**

Hipnotizadas por la experiencia y con la energía que aún se hacía sentir, las personas abandonaban el salón de banquetes. Solo se escuchaban comentarios felices de quienes se sabían testigos de un pedazo de historia en el Sur del Bronx. ¡Wow! Me felicitaban, me agradecían por haberlos tenido en cuenta. Aunque complacido por el éxito de lo vivido, no estaba listo para conversar y disfrutar mis emociones; mi atención seguía centrada en la seguridad de Fidel, el cual se

mantenía en el edificio porque solo fue llevado a otro salón más pequeño, donde el propietario del restaurante, Jimmy Rodríguez, quiso ofrecerle una recepción privada.

Entre los invitados que se acercaron a mí, estaba George Carva. Era un fotógrafo independiente que siempre asistía a la mayoría de eventos de la comunidad puertorriqueña. Si le caías bien, hasta te leía el horóscopo. Esa noche George me dio un vaso envuelto en una servilleta blanca. Era el vaso que Fidel había usado para beber agua, con sus huellas digitales visibles. «Julio, debes conservar esto», me dijo. Tras las gracias por el detalle, puse el vaso en la mesa donde estaba parado y continué hablando con otros que salían; a la vez pensaba en Fidel, quería saber si ya se hallaba en el salón privado.

Vi salir a los últimos. ¡Qué bueno! Necesitaba confiar en que el edificio se había despejado de público para liberar tensiones. A mitad de camino hacia el nuevo local, recordé el vaso. Regresé a la mesa, pero no estaba. Más decepcionado que molesto, encogí mis hombros y pensé: «Era Nice», como se me conocía por decir cuando perdía algo importante. No había la posibilidad de que alguien de servicio lo hubiera recogido porque las mesas no estaban limpias aún. «Debió ser tomado por alguna persona que escuchó a George mientras hablaba conmigo». Así que traté de olvidar el incidente y me dirigí a la recepción privada.

En el trayecto me encontré a Jerry Fontanez y su equipo, les agradecí por su excelente trabajo e invité a la recepción privada; pero creo que ninguno de ellos fue. Ya era cerca de la medianoche.

Cuando llegué a la recepción había miembros del Servicio Secreto en la puerta. Para acceder había que portar una etiqueta roja o entrar con alguien que la tuviera.

Jimmy tomó altura con su iniciativa. Para la ocasión había ordenado un bizcocho que era una réplica de la Casa Blanca. Al principio no podía entender su simbolismo para una recepción con Fidel Castro. Luego aprendí que el edificio del

capitolio cubano fue inspirado en el edificio del capitolio de EE.UU., en Washington, y el Panteón en París.

Como sabía que el presidente Castro era fanático al beisbol, le dio un obsequio único: una colección de tres pelotas autografiadas por los jardineros centrales estrellas de los tres equipos de Nueva York: Mickey Mantle de los Yankees de Nueva York, Willie Mays de los Gigantes de Nueva York, y Duke Snyder de los Esquivadores de Brooklyn. Fidel estaba complacido y sorprendido. Manifestó que no podía aceptar, sabiendo cuánto significaban esas firmas para un aficionado de beisbol de Nueva York. Sin poder de evasión, dijo que apreciaba muchísimo el regalo. Jimmy también le obsequió un *jersey* de beisbol con el logotipo de los Yankees de Nueva York y el nombre Castro con el # 1 en la espalda. Era una graciosa paradoja obsequiarle al presidente Castro parte del uniforme de un equipo llamado los Yankees, dada la connotación que esa palabra ha tenido en América Latina fuera del ámbito beisbolero. Fidel y todos se rieron mientras él examinaba la camiseta y leía su nombre en la espalda.

Después de la rápida entrega de los obsequios y el corte del bizcocho, la gente comenzó a interrelacionarse. En ese momento tomé el libro de *La historia me absolverá* que Mickey me había regalado y le pedí al presidente Castro que me lo autografiara. Luego de sonreír, escribió: «Para mi amigo Julio. De un atrevido a otro».

En este marco más reducido pude presentarle a las tres mujeres que me acompañaban: mi esposa Liz Figueroa, mi hija Kimberly y Susana Ríos, mi asistente en la compañía de intérpretes Moriviví Language Services y, además, mamá de Vanessa, la joven que le entregó las gorras de Latino Sports. Cuando tuvo delante a Liz, le besó su mejilla; a continuación, muy sonriente, estrechó la mano de las mujeres y exclamó: «¡Qué de flores lindas hay en el Bronx!». Liz me rozó el codo y en voz baja me dijo: «Míralo, está tirando piropos». El comentario de Fidel rompió el hielo de inmediato. Las hizo sentir

cómodas y cálidas. Yo también sonreí y pensé: «¡Cuán sencillo es!». Me di cuenta de que debajo de su cargo, grado militar, prestigio y poder, el presidente Castro era tan latino como cualquiera de nosotros, y como tal, sincero al expresar sus sentimientos.

Las damas quisieron una foto con Fidel, miré a todas partes buscando a alguien con una cámara. No veía a ninguno de los tantos fotógrafos que estaban en el salón principal. Entonces no teníamos los teléfonos inteligentes de hoy. Luego me percaté de que Ellen Toscano, asesora legal y jefa de personal de la oficina del congresista Serrano, tomaba fotografías en el otro extremo del salón. Traté de llamarla, pero no me oía. Fidel notó la dificultad que presentábamos para lograr la atención de Ellen y le pidió a un miembro de su comitiva, que era fotógrafo, que nos tomara fotos y se asegurara de que recibiéramos copias de ellas. Todos estaban exaltados por lo que estaba sucediendo. Lamentablemente, nunca las recibimos. Mientras entrevistaba a las tres damas para este libro, cada una recordó aquel momento y preguntó si alguna vez llegarían las fotos a nuestras manos.<sup>14</sup>

La recepción privada llegaba a feliz término. Mi familia y otras personas ya se habían ido; el próximo día había clases y trabajo. Pasada la medianoche, alguien gritó que ya era martes, día de cumpleaños del congresista José Serrano. El canto de felicitación sucedió a la exclamación. Hasta este regalo junto al presidente Castro recibió mi amigo.

Poco después partió la visita. Yo fui uno de los últimos en salir del edificio. Afuera todo estaba en calma. Me había es-

<sup>14</sup> Durante mi investigación en Cuba, tuve el placer de establecer amistad con Roberto Chile. Amablemente me ofreció grabaciones en video del evento. Gracias a él, pude revivir momentos de lo sucedido aquella noche, desde la escolta policiaca por las calles del Sur del Bronx, mientras se dirigía la delegación cubana al restaurante hasta el discurso de Fidel. Por esta documentación, pude entregarles fotos a las damas y a algunos amigos presentes en la cena.

tacionado en la parte de atrás del restaurante y mientras caminaba no vi patrullas de la Policía, ni agentes del Servicio Secreto, ni reporteros, ni manifestantes. La cuadra estaba oscura, tranquila, muy similar al condado que conocía, aunque tenía conciencia de que había cambiado.

Antes de subir a mi auto, miré el edificio que alberga al Jimmy's Bronx Café. Respiré con honda satisfacción, orgulloso de lo que un pequeño grupo de puertorriqueños había hecho al traer la atención hacia el condado más abandonado de una de las ciudades más importantes del mundo. Entonces recordé una de mis citas favoritas de Margaret Mead: «Nunca dudes que un pequeño grupo de personas pensantes y comprometidas pueda cambiar el mundo, de hecho, ha sido lo único que alguna vez lo ha hecho». Estoy seguro de que por todo el trayecto a casa no dejé de sonreír, por la plena conciencia de que habíamos hecho historia.



CAPÍTULO IV  
REPERCUSIÓN



## Un día después

La mayoría de mis contactos, amigos y clientes sabían que no abriría la oficina el día siguiente de la cena porque necesitábamos recuperarnos. Kimberly disfrutó de un merecido día libre. Sin embargo, la verdadera razón era porque no sabía qué podría suceder luego de la visita de Fidel. No estaba dispuesto a que mi hija ni yo tuviéramos que enfrentar algún incidente negativo en la oficina. Pero la ausencia era solo de un día; al otro, tendría que regresar al itinerario regular de trabajo. «Normal» era algo un poco foráneo después de cuatro días sumidos en un torbellino de acontecimientos.

Llegué a la oficina súper temprano, cerré la puerta con seguro y no contesté llamadas, solo las del teléfono móvil. También pude monitorear las que entraban en el contestador. Sabía que tenía que actualizar el trabajo y no quería interrupciones. Contaba con innumerables cartas y facturas que exigían mi atención inmediata, también tenía pendiente un viaje de negocios a Puerto Rico, programado desde hacía varios meses. Ahora que debía priorizarlo era como un regalo del cielo, no podía ser mejor el momento. Significaba un escape de Nueva York por unos días para estar centrado a la vuelta en «lo de siempre».

Mi madre siempre me había aconsejado lo importante que era «cruzar mar» de vez en cuando para liberar la mente y fortalecer el espíritu. Aunque no entendía muchos de los consejos que mis padres me daban en aquel tiempo, los escuchaba con respeto. Sabía que tenían significados para los que no estaba preparado o listo para entender; pero de algún modo daban en el clavo. El refrán de mi padre de «porque no entiendas algo no quiere decir que no exista» siempre estaba a prueba en mi familia. Nosotros éramos de Guayama, un pueblo de Puerto Rico conocido como El pueblo de los Brujos, ellos creían en el espiritismo: mi madre se enfocaba en sueños que tenían un significado; él era curandero, recibía a la gente en nuestro apartamento para ofrecer sus curaciones. Allá no se iba al hospital —no había oficinas de médicos en el vecindario—, entonces acudían a mi padre buscando remedios caseros que parecían funcionar.

Antes de partir hacia Puerto Rico, me ocupé de algunos asuntos. A media mañana ya había revisado gran parte de la correspondencia y devuelto muchas llamadas, la mayoría telefónicas, para ofrecer mis disculpas por no haber contestado antes. Siempre he tenido la política de devolverlas en un periodo de veinticuatro horas. Al revisarlas, me encontré con que algunas personas gestionaban boletos para asistir a la cena del presidente Fidel Castro o solicitaban información sobre el evento. Hubo quienes llamaron para felicitarnos por la actividad y unos pocos que, en esencia, nos deseaban daño. Estas llamadas nunca las escuché en detalle, porque cuando iba por la primera o segunda palabra y notaba su enfoque negativo, como sabía hacia donde se dirigía la conversación, les decía: «Gracias» y colgaba.

Una de tantas fue la de un reportero del canal de noticias NY 1, me invitaba a los estudios de Manhattan para una grabación en vivo sobre la visita de Fidel Castro, me precisaba que ocurriría temprano en la noche y que había confirmado a Herman Badillo, quien había trabajado con la administra-

ción Giuliani. Badillo era un prominente y muy respetado oficial puertorriqueño que no estuvo en la cena. Como laboraba con Giuliani, pensé que hablaría en contra de la visita de Castro. Preguntaban si yo estaría dispuesto a asistir. Les dije que sí. Luego llamé a Franklin Flores, me instó a participar en el programa y accedió a acompañarme.

También recibí una llamada de Bruno Rodríguez, indagaba si estaba de acuerdo con ser entrevistado para la Televisión Cubana. Al responder afirmativamente, me dijo que el equipo se comunicaría conmigo y era muy probable que quisieran hacerlo temprano en la tarde. Me habló de la posibilidad de venir al Bronx y filmar en mi oficina.

Mi idea de esconderme en la oficina y tratar de tener un día «de vuelta a lo normal» no estaba ocurriendo. Al mediodía, llamé al restaurante del área para que me hicieran entrega del almuerzo y enfoqué mi atención en la correspondencia, memos y mensajes sobre el escritorio y en el contestador. Estaba resuelto a terminar antes de que el equipo de camarógrafos de la Televisión Cubana llegara.

## **Nuevas sorpresas**

Estar solo en la oficina fue una gran idea. Significaba planificar mi tiempo y avanzar sin interrupciones. Tenía varias propuestas en las que trabajaba, pero no eran de prioridad inmediata; por lo tanto, podía llevarlas conmigo, analizarla en el avión y concluir en Puerto Rico.

Cerca del mediodía alguien tocó a la puerta, supuse que se trataba de mi almuerzo. «Más temprano de lo esperado», pensé. Por precaución solo la entreabrí sin quitar el pestillo de la cadena. No niego que mi corazón palpité un poco más acelerado cuando vi a un hombre con un paquete debajo de su brazo. Debió apreciar mi vacilación por la inmediatez con que me dijo que traía un obsequio de parte del Comandante.

Su acento cubano me convenció de que era cierto, aunque para mi mayor tranquilidad me mostró su identificación de la misión cubana.

Lo dejé entrar. No quiso sentarse. Tomé el paquete en cuyo interior había una atractiva caja de madera oscura de cigarros cubanos, marca Cohíba. Venía acompañada de una tarjeta del presidente Fidel Castro. Estaba sorprendido de manera grata y más aún con la tarjeta de presentación, la cual guardé en el acto en mi billetera.

Le di las gracias al visitante y le dije que por favor retransmitiera mi más sincero aprecio al Comandante, como él lo había llamado, por su gesto. Yo no fumaba; pero hice feliz a amigos de Nueva York y Puerto Rico cuando les obsequiaba un cigarro cubano de verdadera calidad, enviado por el mismo presidente de la República de Cuba.

### **La Televisión Cubana en las calles del Sur del Bronx**

A la llegada del equipo de la Televisión Cubana ya había almorzado, tenía solo algunos detalles por terminar en la oficina para luego dedicarle algún tiempo a mis ideas con vista a la entrevista de la noche, aunque me imaginé que esa no sería difícil, ya que solo iba a hablar sobre lo que habíamos estado diciendo siempre: como el alcalde no invitó al presidente Fidel Castro a su cena, la comunidad puertorriqueña lo sentimos como un acto irrespetuoso y decidimos cambiar esa mala impresión invitándolo a una organizada por nosotros, en el Bronx.

Entre el reportero cubano, su equipo de tres hombres y yo, entablamos una breve conversación, a través de la cual comenzaron a prepararme para la entrevista. Me plantearon que mucha gente en Cuba estaba interesada en saber cómo y por qué la cena en el Sur del Bronx. La Televisión Cubana le daba cobertura a las reuniones y encuentros de su presidente

en Nueva York y existía un verdadero interés en la cena nuestra. ¿Por qué así de repente había aparecido en el itinerario de Fidel? Hasta los cubanos se sentían sorprendidos, porque desde antes de su llegada, toda su agenda estaba aprobada.

Fidel había sido invitado a más reuniones de las que asistió. Había recibido unas doscientas. Era imposible para la delegación cubana aceptar tanto en tan poco tiempo, incluso, recibió una invitación del cardenal de Nueva York, O'Connor, y no pudieron incluirla en el itinerario. Él había visitado Cuba y se había reunido con Fidel meses antes, quizás por eso, con tantas invitaciones pendientes, no fue una prioridad.<sup>15</sup>

También había recibido innumerables solicitudes de los medios de comunicación para entrevistas exclusivas.

Las entrevistas y visitas planificadas obviamente fueron escogidas por razones políticas, era comprensible que los medios de comunicación les dieran alta prioridad. Por eso es que Fidel le concedió entrevistas a CNN, NBC, CBS, ABC, *The New York Times* y un canal local de Univisión de Miami. Era Fidel Castro por todo Nueva York.

Si el alcalde Guiliani y los exilados cubanos de extrema derecha pensaron que lo avergonzarían en la prensa de Nueva York y mantendrían fuera de cualquier foco de atención, se equivocaron. Ellos debieron haber estado dándose patadas en el trasero, porque todas sus tácticas les rebotaron. Fidel tenía la publicidad de toda una celebridad. Si el alcalde Giuliani había atacado al presidente Castro en los periódicos, casi a diario, antes de su llegada, una vez que Fidel puso pie en tierra neoyorquina, la cobertura de noticias era solo lo opuesto. El presidente cubano alcanzó más publicidad que

<sup>15</sup> El presidente Castro recibió 230 invitaciones a desayunos, almuerzos y cenas, según John Kavulich, presidente del Concilio Económico y Comercial entre Cuba y EE.UU. (*The New York Times*, 20 de octubre, p. A-7: «El visitante Castro a encontrarse con desaires y la fidelmanía», por Lizette Álvarez).

cualquier otro líder mundial. De hecho, Nueva York estaba pasando por una «fidelmanía».

Fidel Castro también tuvo un almuerzo en el hogar de Mortimer Zuckerman, propietario del Daily News, y otro con numerosos ejecutivos de negocios en Wall Street, organizado por David Rockefeller. Todas las estaciones de noticias cubrieron su visita. Cada noche había una propaganda sobre el presidente Castro en algún lugar o sobre alguna manifestación relacionada con su visita. Sucedió lo mismo con los periódicos, donde ocupó las primeras planas en más de una ocasión. Su presencia había creado un frenesí mediático. El hecho de que la Fundación Nacional Cubano-Americana invirtiera bastante dinero para intentar avergonzar al presidente Castro durante su visita o promover odio hacia él y la Revolución Cubana, creó una atmósfera loca que atrajo más y más cobertura.

Fue la persona más popular y pegada durante esa semana de octubre en Nueva York. Todos querían un pedazo de él. Por lo tanto, nuestro evento había sido muy importante. Los cubanos seguían cada movida del presidente Castro en Nueva York como si fuera un campeonato mundial de beisbol en el que su equipo jugaba contra Estados Unidos o una pelea de boxeo por el campeonato entre EE.UU. y Cuba. Pero también innumerables personas y organizaciones salieron a apoyar al presidente Castro y su política internacionalista con tantos países del Tercer Mundo. Y había otras que solo querían echarle un vistazo. Por eso, organizaciones noticiosas y personalidades importantes lo invitaban a sus hogares y salas de juntas corporativas.

No importaba cuánto dinero invertían organizaciones como la Fundación Nacional Cubano-Americana en Nueva York ni las declaraciones viciosas del alcalde. Si en realidad este hubiera sido un juego de beisbol o una pelea de boxeo, parecía que el presidente Fidel Castro les estaba lanzando un juego sin *hits* y apuntándose un nocaut.

Después de que el equipo de noticias cubano me explicó su idea, acordamos que el mejor lugar para la entrevista era la calle. Caminamos desde mi oficina en 149 y 3ra. Avenida, lugar de los distritos comerciales más concurridos. Tan pronto salimos del edificio encendieron sus cámaras. La filmación llamaba la atención de la gente, las personas se detenían para ver lo que acontecía. Finalmente la entrevista se hizo en español en un área donde la abrumadora mayoría era puertorriqueña/latina, así que resultó fácil entender lo que sucedía.

Los entrevistadores primero me hicieron preguntas sobre mi persona, mi trasfondo y cómo me ganaba la vida; luego sobre la cena. Querían que explicara por qué habíamos invitado a Fidel y mi impresión al respecto. La visita de Fidel aún estaba presente en la gente del condado. Todos parecían identificarse con mi vida personal: un puertorriqueño venido desde niño de Puerto Rico a las calles del Sur del Bronx, que continuaba viviendo y trabajando en la misma vecindad. Pude observar a muchos con gesto probatorio ante mis respuestas, como cuando dije: «Hicimos lo correcto independientemente de los puntos de vista sobre Fidel Castro o Cuba».

Recuerdo haber enfatizado en lo que considerábamos una falta de respeto del alcalde, aún resuenan los aplausos de quienes estaban allí. Las cámaras también grabaron ese momento. Otra persona, de acuerdo con la invitación a Fidel Castro, fue entrevistada y expresó que hubiera deseado asistir.

Como a la media hora concluyó la entrevista; volvimos a mi oficina. En breve seguí mi trabajo pendiente y la preparación para el debate en NY 1 News, temprano en la noche.

## **Creía que era un debate**

Yo no me sentía dispuesto a debatir con una persona que respetaba, aunque tuviéramos diferencias. Herman Badillo había sido parte de los panoramas políticos de Nueva York y

de la comunidad puertorriqueña desde antes de que yo fuera introducido a cualquier forma de política, incluso, andaba por la escuela elemental.

Desde la década del sesenta hasta los ochenta, no hubo otro político latino popular en Nueva York y, por un tiempo, incluso en Estados Unidos que no fuera Badillo. Para la mayoría de nuestros padres, era el Jackie Robinson puertorriqueño venido a Nueva York como huérfano a la edad de cinco años. Se graduó en City College y en la Escuela de Leyes de Brooklyn con el mejor promedio académico de su clase. También era contador público autorizado. Fue el primero en tener varias posiciones políticas, incluyendo la presidencia del condado y su elección al Congreso. Debió haber sido el primer alcalde puertorriqueño de la ciudad de Nueva York; pero esa historia es para otro momento. Desde niño, recuerdo cómo la gente nuestra lo veía como símbolo de esperanza y orgullo.

Mis diferencias con él se manifestaron a través de los años, por ejemplo, durante el tiempo en que fue comisionado del Departamento de Preservación y Desarrollo de Viviendas. En ese cargo, encabezó el Departamento de Reubicación y fue responsable de un programa denominado Operación Renovación —lo llamábamos Operación Remoción—, a favor de los edificios de lujo que en el presente existen en el lado oeste de Manhattan. Ese proyecto trajo como consecuencia que una parte considerable de puertorriqueños, que había vivido allí por décadas, tuviera que mudarse bajo la presión de que podrían regresar a la isla. La mayoría nunca regresó y terminaron mudándose al Sur del Bronx. También tuve una seria diferencia con Badillo, siendo demócrata se postuló para el puesto de contralor de la ciudad, en un boleto de «fusión» con el republicano Rudy Giuliani en su campaña para alcalde.

Ahora yo estaba sentado en el lado opuesto de un ídolo puertorriqueño sin conocer las reglas exactas del debate. Me sentía preparado para defender la invitación al presidente Fi-

del Castro; pero no me sentía cómodo en eso de ir cara a cara en cualquier cosa que se desviara del tema. Para mi alivio, el procedimiento no fue el de un debate, más bien la oportunidad para que cada uno diera su opinión sobre la visita de Fidel al Bronx.

Estaba claro y firme sobre cómo nos sentíamos sobre la acción del alcalde. Expliqué por qué estimamos que había sido irrespetuoso y por qué la comunidad puertorriqueña decidió invitar a Fidel y ofrecerle la bienvenida.

El Sr. Badillo en lo fundamental reiteró la posición del alcalde por no invitarlo a la cena u otros eventos celebrados en la ciudad. Repitió la misma retórica que el alcalde Giuliani y los miembros de la Fundación Nacional Cubano-Americana exponían en cada oportunidad. Mencionó que la falta de libertades políticas y elecciones libres en Cuba eran suficientes razones para no darle la bienvenida. Quedó al lado del presidente del condado, Fernando Ferrer, quien tampoco estuvo de acuerdo con nuestras acciones.

Fue un desacuerdo cordial de ambas partes en el que su anfitrión no nos conconstraintrogó, resultó de corta duración y al grano; dos puntos de vista fueron expresados sin golpes de un lado ni de otro. Sí probó que dos puertorriqueños podían tener diferentes opiniones y no ser atacados como sucedía en numerosas protestas callejeras, instigadas y organizadas por miembros del exilio cubano y con fondos de su organización. A diferencia de nuestra cena en el Bronx, no había nada indígena sobre sus manifestaciones anti-Fidel y anti-Cuba. La mayoría de los participantes no era de nuestro estado.

Después del debate, Franklin y yo comentamos la posición de Badillo, nos preguntamos cómo un miembro tan poderoso y respetable había disminuido en estatura, al punto de convertirse en portavoz de un alcalde muy distante de las comunidades minoritarias de la ciudad. Casi sentimos tristeza al analizar que en las etapas tardías de su carrera había perdido contacto con su propia gente.

Tras agradecerle a Franklin por su compañía, nos despedimos. Contento me deseó buen viaje a Puerto Rico.

### **Primera consecuencia de la cena**

Desperté aliviado el día siguiente, no tenía nada en mi agenda relacionado con la cena de Fidel Castro, solo conservaba la satisfacción por lo que habíamos logrado. Ahora deseaba regresar a mi vida personal y, en particular, viajar a Puerto Rico en la tarde. Los míos estaban contentos conmigo. Todos sabían cuánto necesitaba visitar a la otra parte de la familia, aunque fuera en viaje de negocios.

Después del desayuno, recibí una llamada de la secretaria del gerente de la estación en WADO, la emisora de radio en español donde yo tenía «La hora del taxista», un programa radial cada semana. Indagó si estaba disponible para reunirme con el gerente de la estación en la tarde, le dije que sí. Le había solicitado cambiar el intervalo de tiempo del programa y pensé que la reunión era referente a ese pedido.

Mi programa se transmitía a medianoche, una vez a la semana; se lo dedicaba al creciente número de taxis gitanos propiedad de latinos. Les proveía buena música e información vital para los taxistas de Nueva York. Durante mis años de universitario, yo guiaba uno de esta industria en desarrollo. Los taxis amarillos rehusaban dar servicio al Bronx, y eso creó una apertura para cualquier persona que tuviera un auto y quería hacer dinero proveyendo un servicio muy necesario. Era ilegal y peligroso, pero ayudaba a pagar las facturas. Siempre sentí afinidad con los problemas de esta creciente pero abandonada industria. Los taxistas gitanos estaban siendo abusados por las agencias de la ciudad, la Policía y desafortunadamente por los criminales que veían en ellos un objetivo fácil para conseguir dinero rápido.

Yo conocía bastante bien la industria y convencí a varios auspiciadores, de manera especial, a Gaseteria Gas Corpora-

tion, una compañía propiedad de latinos, para que sufragara un programa exclusivo para la industria de taxis. Al presidente Oscar Porcelli le encantó la idea. Sabía que muchos de sus clientes eran taxistas y con este auxilio ayudaría a incrementar esos números y al mismo tiempo proveer un servicio a la base de clientes.

El programa fue un éxito instantáneo. Yo esperaba que mi solicitud y los crecientes índices de audiencia fueran la razón para la reunión; pero cuando llegué a las oficinas sin hacerme esperar, me llevaron a la oficina del gerente y con qué cordialidad y concreción me dijo que mi programa había sido cancelado. Aunque en *shock*, le pregunté ¿por qué? Insistí: «¿Por qué lo cancela si vamos tan bien y nunca se ha hablado de problema alguno?». El gerente me explicó que no era nada personal, incluso, que yo le caía bien igual que la programación presentada; que no tenía relación con que hubiera hecho algo incorrecto; sino que la decisión había venido «de arriba». No entendí qué quería decir con eso de arriba y le pedí aclaración. Me manifestó que los propietarios y los ejecutivos de alto nivel habían decidido toda la programación y ya no deseaban mi programa en su emisora. No hizo falta una palabra más. Se trataba de una consecuencia política como resultado de la atención a Fidel Castro.

Le pedí honestidad y que solo dijera si la decisión tenía relación con la cena a Fidel. No me contestó. Reiteró una jerigonza sobre la nueva programación, pero fue lo suficientemente honesto para decir que quizás el hecho de haber sido tan visible en la visita no ayudó. Luego recordé que esa estación radial WADO, así como otras emisoras y canales de televisión en español tenía una fuerte administración de exilados cubanos y contesté mi propia pregunta. Le agradecí su honestidad y su apoyo cuando me le acerqué por primera vez con la idea del programa; también por lo que aprendí sobre la industria de la radiodifusión mientras estuve en el aire. De pie estreché su mano y salí pensando cómo había subestimado el alcance de

los exilados cubanos. No obstante sonreí porque si esa era su mejor venganza, la consideraba débil.

El programa no era mi principal fuente de ingreso. Era un proyecto paralelo, un trabajito a tiempo parcial que disfrutaba de hacerlo una vez a la semana. El ingreso extra que generaba del programa era bueno, pero perderlo no iba a afectarme mi economía. No obstante, me puso en alerta roja, de inmediato hablé sobre el tema con mi familia y amigos cercanos.

Yo no era ingenuo, sabía de la aparición de nuevos enemigos. No era para asustarme, me había sucedido en el pasado debido a mis creencias políticas y mis acciones. Mi familia ya había experimentado algún grado de incomodidad y había aprendido a lidiar con eso, a lidiar con los golpes y absorber esas molestias. Como resultado, se hicieron partidarios más fuertes de las causas progresistas y de los asuntos de justicia social. En cierto modo, agradecí haber aprendido otra lección. Ahora sabía que algunos miembros de la comunidad de exilados cubanos me tenían en su radar, no debía ser sorprendido fuera de guardia.<sup>16</sup>

## **Sorpresa en el avión**

¡Cuánto deseaba la semana en Puerto Rico! Las reuniones de negocios me tomarían uno o dos días pero el resto de mi tiempo lo dedicaría al descanso con familiares y amigos.

Ya en el aeropuerto Kennedy, tras las medidas de control, caminé hacia el avión, y cuando estuve frente a mi asiento, me dejé caer con esa actitud de «se acabó, estoy libre en mi

<sup>16</sup> Yo no fui el único afectado por la cena ofrecida al presidente Fidel Castro. En mis entrevistas para este libro, cuando hablé con Carlos Nazario, presidente del Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, me comunicó que socios por mucho tiempo en su misma línea de negocios, terminaron su amistad.

casa». Por primera vez, desde que escribí el comunicado de prensa, nada me preocupaba. Mientras esperaba el despegue, hice lo posible por una relajación total. Solo pensaba en mi itinerario en Puerto Rico, en mis padres, quienes investigarían por mi salud y la familia y nunca por lo que hacía.

Al concluir los anuncios de la tripulación, ya en el aire, se encendieron las pantallas de televisión, varias de ellas, incluyendo la mía, estaban en el canal de CNN. Por poco se me salen los ojos de su órbita cuando vi que retrasmítían un segmento de la visita del presidente Fidel Castro a Nueva York. El clip que utilizaron fue el de Fidel recibiendo el guante de boxeo gigante de la mano de mi hijo. No podía escuchar lo que decían, porque no me había puesto los audífonos; pero con solo haber visto a mi hijo y a Fidel en mi pantalla y en tantas otras, empecé a rogar que nadie notara parecido alguno entre el joven al lado de Fidel Castro y el padre hundido hasta lo último en su asiento.

No quería que me hicieran preguntas. No quería más conversación sobre la cena. Estaba en una movida de escape y necesitaba permanecer incógnito. Ahora me quedaba muy claro que la cena había trascendido la comunidad y era un evento que recorría el mundo. Apagué la pantalla de la televisión y cerré los ojos.

## **¡Finalmente en Puerto Rico!**

Aterricé en el aeropuerto de Aguadilla en la costa oeste de Puerto Rico al anochecer. Partí en mi carro de alquiler rumbo a la ciudad de Mayagüez, donde serían mis reuniones. Llamé a mi socio de negocios, José Avellanet. Bebo, como le decíamos, se hallaba muy involucrado en todo lo relacionado con los deportes y trabajaba en el aspecto administrativo con un equipo de la Liga de Baloncesto de la Isla. Era mi contacto

para Latino Sports; tenía un programa radial en el que había estado al aire en varias ocasiones. Él supo de la cena con el presidente Fidel Castro y había querido ir. A pesar de haberle prometido un pasaje y el esfuerzo por arreglar su itinerario, no pudo asistir.

Tan pronto como se enteró de que estaba camino a Mayagüez, me convenció de que lo encontrara en el coliseo donde iba a haber un juego de baloncesto bien competitivo; que dejaría mi nombre en la entrada de la prensa. Como nunca había ido a ese centro deportivo a presenciar un juego de baloncesto, pensé que como actividad recreativa para la primera noche en la Isla sería perfecta para dejar a Nueva York atrás y desintoxicarme del estrés profundo, generado durante los últimos siete días.

Mayagüez es una ciudad bien orientada hacia el deporte, yo sabía que una vez que entrara al coliseo, me estaría sentando con Bebo y sus amigos, en su mayoría reporteros, radiodifusores y ejecutivos de baloncesto. Entusiasmado con el juego, me propuse llegar, por lo menos, para el final de la primera mitad.

Los estacionamientos estaban llenos. Recordé que el baloncesto allí era deporte nacional y arrastraba más fanaticada que el beisbol. Esa es la razón de sus dos ligas profesionales: la liga regular y más antigua, Liga Superior, y la más reciente, Liga Puertorriqueña. Ambas tenían los mismos jugadores, pero con ellas, la Isla veía baloncesto casi todo el año. Su equipo nacional clasificaba entre los mejores del mundo, y los juegos casi siempre llenaban los estadios. Era difícil encontrar un espacio libre donde parquear cerca del coliseo, sin que fuera ventajoso que el carro alquilado era pequeño. Después de dar vueltas más de una vez, me uní a varios autos estacionados ilegalmente en una acera.

En la entrada de la prensa, recibí mi credencial. El ruidoso coliseo me pareció la gloria. La música y el baile, a mitad de un espectáculo de medio tiempo, era lo que necesitaba.

Uno de los ujieres me dirigió al área de invitados muy importantes y de la prensa. Enseguida vi a Bebo rodeado de amigos que bebían y analizaban el juego. Me los presentó. Mientras ocupaba un asiento al lado del suyo, salió en busca de cervezas. Yo no tomaba ni bebida fuerte, pero una cerveza fría, Medalla, en Puerto Rico, es un ritual que practico hasta hoy.

A su regreso, mientras los jugadores se preparaban para la segunda mitad, hablamos del viaje. De pronto, oigo al locutor diciendo que quería aprovechar la oportunidad para presentar a un invitado especial recién llegado de Nueva York. Su mensaje captó mi atención de inmediato, esperaba a un jugador que podía haber viajado en mi vuelo. «¿Una adición de último minuto a uno de los equipos? Quizás se trata de alguien que conozco», pensaba cuando la misma voz interrumpió mi pensamiento: «Le damos la bienvenida a Julio Pabón, el señor que organizó la cena para Fidel Castro en el Bronx». Casi hundo el asiento.

Confundido, sin saber cómo reaccionar en esos segundos que me parecieron toda la vida, no era capaz ni de entender que Bebo y sus amigos me indicaban ponerme de pie. Quizás ni quería hacerlo, hasta temí convertirme en blanco de cualquier loco, medio borracho, anticubano o fanático anticomunista que quisiera eliminarme con lo primero que encontrara. Me paré de mala gana y para mi increíble sorpresa, el coliseo estalló en un fuerte y atronador aplauso. Miré hacia todas partes y vi a gente sentándose a mi lado, aplaudiendo con gusto, afirmando con sus cabezas. Era como si hubiera hecho algo para hacerlos sentir orgullosos de ser puertorriqueños. En ese momento se me olvidó el estrés y la tensión. Sonreí, crucé mis manos alrededor de mi pecho simulando una X y le di las gracias a la multitud. Me sentí aliviado. Un peso enorme me habían quitado de los hombros. Me nutrí del amor y respeto de los míos aunque vivieran a miles de millas del Bronx.

Apenas pude concentrarme en el juego. Me felicitaban dándome la mano..., palmadas en la espalda..., me ofrecían cerveza... en fin... «Un comunicado de prensa recorre el mundo, quizás llegue hasta partes que ni conozca, y a numerosos pueblos identificados con nuestra cena». Como aquella noche del 23 de octubre, salí del estadio investido de un sano orgullo.

## Tres jóvenes que obsequiaron a Fidel

Se había hecho historia la noche del 23 de octubre de 1995 en el Sur del Bronx. Y un día, cuando expresé mis dudas sobre si continuaba escribiendo este manuscrito, mi buen amigo y escritor, colaborador de Latino Sports.com, el fenecido Howard Goldin, me dijo: «Julio, no dejes de hacerlo. Algún día Fidel, tú y los que participaron en la cena no van a estar; se olvidará el acontecimiento histórico sin que una literatura lo haya recogido. Es importante que escribas esa experiencia». He tratado de cumplir con las palabras de un amigo para entregarles esa historia a las futuras generaciones.

Al concluir mi proyecto, le di las gracias a Howard y a otros amigos y familiares que me dieron su aliento; pero agradecido también, incluiré las palabras de los tres adolescentes que, quizás sin saber el impacto de su contribución, le entregaron los obsequios a Fidel a nombre de toda la comunidad —Elena de diez años entonces; Vanessa, trece, y Julio Antonio, quince; los tres en un punto de sus vidas capaz de experimentar solo la inocencia de su edad y no la política de los tiempos—. De ellos me llegó la más alta inspiración, porque cuando los escuché, me di cuenta de que sus voces latinas representaban el mañana, justo cuando no estemos nosotros para contar.

## **Elena Flores: «Entre sus brazos lloré más»**

A mis diez años conocí a Fidel Castro. Era niña, pero sabía que los puntos de vista sobre él estaban muy divididos. Mi trasfondo en la escena política fue muy activo para ser solo una niña. Con mi madre y mi padrastro he estado en viajes en autobuses hacia Washington, D. C., en protestas y he estado en manifestaciones similares en la ciudad de Nueva York, donde coreábamos su nombre —a su favor— y otros lo coreaban de vuelta —en su contra—. Quizás no pude apreciar por completo lo que significaba conocerlo, pero sabía que era algo grande.

Mi memoria es un poco nebulosa en el juego-por-juego, pero recuerdo a mi padrastro diciéndome que yo le entregaría a Fidel un buqué de rosas blancas. Le pregunté por qué blancas en lugar del rojo usual. En cuanto a lo que yo sabía, en Estados Unidos se daban rosas blancas cuando alguien moría. Mi padrastro me explicó que las rosas blancas eran simbólicas de un poema famoso escrito por el intelectual y líder político cubano José Martí. No recuerdo de quién fue idea también; pero yo le pedí que me autografiara el programa de la noche después de darle las flores.

Siempre hablábamos español en la casa, pero de modo informal, y yo estaba nerviosa al tener que decir algo con buen lenguaje, es decir, con elocuencia, cuando le ofrecía las flores y le pedía el autógrafo. Mi mamá me ayudó a componer algunas oraciones que practiqué con ella mientras estábamos en el lugar.

Ya al lado del escenario, próxima a mi turno, me sentí abrumada, tenía algunas preocupaciones: leer bien las líneas; la estatura de Fidel, tan alto; la cantidad de cámaras parpadeantes. Fidel agradeció el gesto de las flores. Yo empecé a llorar. ¡Me sentí muy cómoda como para posar entre sus brazos y llorar más! Casi me olvido lo del autógrafo, pero por suerte me di cuenta de que tenía el programa en mi mano y

aún me quedaba por recitar una línea, entonces le di el programa, y me lo firmó. Fue un cambio exitoso ¡si lo digo yo misma!

### **Vanessa Ramos: «Yo también conocí a alguien famoso»**

Tenía trece años cuando mi madre me dijo que me llevaría a uno de los eventos de Julio. Al principio creía que era una premiación de beisbol que él hacía a peloteros famosos.

Recuerdo haber llegado allí y ver helicópteros, barricadas y policías por dondequiera; gente protestando por un lado y otras vitoreando en el extremo contrario; gente en las azoteas consciente de que ocurriría algo importante. La energía era muy alta. Caminé a través de todo eso cuando me dijeron que Castro estaría allí.

En la puerta nos encontramos con Julio, él nos escoltó hasta el salón, tan abarrotado que parecía una discoteca un viernes por la noche. Era hombro con hombro. Quiero decir que estaba sumamente lleno el restaurante.

Julio me dijo que yo le daría a Fidel Castro las gorras de Latino Sports; que calmada subiera al escenario, le entregara las gorras y le diera la mano. «Dale un apretón de manos, le dices ¡Hola!», creo que me dijo así. Dije: «OK», pero tenía trece años, solo sabía que Castro era el presidente de Cuba, ni idea de cuán serio era ese instante, ni lo que en realidad significaba.

Yo practicaba: ahora es mi turno, camino hasta su lado, le doy un apretón de manos y le entrego las gorras. Arribado el momento lo hice todo; él me besó en la mejilla. Sentí su barba y los aplausos y los vítores. No entendí lo que sucedió esa noche hasta unos años más tarde, cuando conversando con unos amigos, empezamos a mencionar gente famosa que habíamos conocido. Yo exclamé: «Hey, yo también conocí a alguien famoso». Como en duda me preguntaron: «¿A

quién?». «A Fidel Castro, el presidente de Cuba». «No. No es cierto», no me creyeron. Me eché a reír y les dije: «Lo conocí en el Bronx». Luego me di cuenta de que eso ocurrió siendo tan joven que ya la gente ni sabía de la visita de Fidel Castro a ese condado. Entonces les conté la historia de cómo lo conocí en el Jimmy's Bronx Café y estreché mis manos entre las suyas. Seguían las dudas: «¡Sí! ¡Ajá!». Pensando retrospectivamente no creo que los de mi edad entiendan a Cuba o toda la situación sobre el comunismo, socialismo. No creo que aún mucha gente entienda de verdad la situación de Cuba.

Pero recuerdo muy bien ese día, en que fui parte de algo grande. Recuerdo a mi mamá diciéndome que no compartiera esa experiencia, porque no todos entendían ni aceptaban esa información. Por eso no voy diciendo por todas partes que conocí a Fidel Castro. Seguí su consejo y me lo guardé para mí. Sin embargo, ahora lo digo aquí y allá, haciendo alarde de ello.

Al reflexionar sobre aquel día, me parece que puedes pasar toda tu vida sin darte cuenta de cuán grande fue ese momento. Hoy me siento parte de una historia, no solo de Estados Unidos, sino de nuestro condado. La visita de Fidel Castro creo que ayudó a hacer el Bronx un poco más grande de lo que era. El día que Julio me preguntó si era un problema para mí compartir mis experiencias de aquella noche le dije: «De hecho, me motiva estar en este libro, así mis amigos no pensarán que miento o digo tonterías».

### **Julio Antonio Pabón: «¡Una foto, dos narrativas!»**

Mi encuentro con Fidel fue una de las primeras ocasiones en que me di cuenta de que las narrativas se basan en experiencias y predisposiciones.

Ese día que lo conocí fue bien caótico. Aunque yo había viajado a Cuba, vine a encontrarme cara a cara con el líder en

mi propio patio, en el Jimmy's Bronx Café. Había manifestantes afuera que cargaban cartelones: «Fidel se come a los niños» «Fidel es asesino». Mientras caminaba, alguien me escupió sin importar que apenas era un adolescente.

Yo ocupé la entrada del restaurante con cuatro miembros del Servicio Secreto y un portapapeles con los nombres de los asistentes confirmados. Bajo ninguna circunstancia quien no estuviera en esa lista podía entrar. Yo vi a agentes del Servicio Secreto remover a personas de las inmediaciones a petición mía.

Cuando por fin entré al salón, mi padre me llevó tras bastidores donde Fidel estaba esperando. Era una figura alta, imponente, se destacaba por encima de todos. Buscamos nuestro camino entre la multitud y mi padre me lo presentó. Le di al presidente Castro un fuerte apretón de manos y él sonrió: «Mucho gusto, caballero», me dijo. ¡Qué manos tan suaves! Eso llamó mi atención, porque un hombre que había estado en la cárcel y anduvo por los campos de Cuba peleando contra los militares, qué manos tan suaves y acogedoras tenía. No era ruidoso, mantenía un tono bajo al hablar.

Nunca había visto tantas cámaras en mi vida y aunque nunca me había sentido nervioso en un escenario, lo estaba ese día que le entregué un guante de boxeo grande, algo así como un guiño a su pasión por el juego y la dominación de Cuba en ese deporte. Soltó otra sonrisa, más grande y brillante cuando levantó su brazo izquierdo con la mano enguantada. El sonido de miles de cámaras haciendo clic se escuchó. Las luces que parpadeaban me cegaron mientras miraba a la multitud rugiente. La foto de Fidel conmigo fue famosa en Cuba e infame aquí.

Recientemente volví a Cuba, cenaba en un pequeño restaurante de propiedad familiar, con su dueño y unos amigos, y se me ocurrió contarles que había conocido a Fidel en el Bronx. El señor del paladar me miró con curiosidad al tiempo que me pidió seguirlo. Caminamos hacia el frente y en un televisor

empezó a correr diapositivas de fotos, al tiempo que me explicaba que había escogido, de los cincuentaicinco años de Revolución, aquellas que consideraba más importantes; que él tenía acceso a cientos de fotos de héroes cubanos: Fidel, Che, Camilo, Celia Sánchez... Luego me mostró otras de Fidel con Mandela, Malcolm X, Ted Turner hasta la mía con Fidel. Hizo una pausa y emocionado le oí decir: «Esta foto es muy importante aquí. Es un honor tenerte en mi restaurante». ¡Una foto, dos narrativas!

## Epílogo

Luego de veintiún años, miro hacia atrás y no tengo dudas de que valió la pena. Como efecto de la cena, no guardo ningún reconocimiento que me hayan otorgado, nada en la pared, tampoco en un estante, a pesar de ser la primera vez que trabajé tan arduamente y sin cansancio en un evento que no constituía ninguna asignación especial de trabajo, organización comunitaria o movimiento.

De hecho, perdí mucho: incurrí en gastos que nunca fueron reembolsados; perdí a un auspiciador principal; un programa radial, cuya fuente de ingreso, extra, no me implicaba grandes esfuerzos; y no percibí ni un dólar por haber organizado un acto de tal magnitud en tan poco tiempo. Sin embargo, me recompensó de otras maneras, una de ellas fue cuánto me acercó a algunos miembros de mi familia.

Mi esposa de entonces, Liz Figueroa, me dio el espacio, apoyo y guía que necesitaba en ese momento y en lo sucesivo.

Kimberly, la mayor de mis hijos, sin analizar con ella el asunto que me ocuparía por esos días, duplicó su carga de trabajo, enfrentó tareas sin tiempo para notificarle y las manejó todas como un soldado. Nuestra relación se fortaleció después de ese día.

A una edad muy temprana mi hijo Julio Antonio subió al plató cuando más lo necesité. No solo ocupó sitio en la entrada principal del restaurante para hacer más fluido el paso de los invitados, sino ya había aceptado entregarle el guante a Fidel esa noche, una acción simple que marcó a un joven de quince años de diversas formas y quizás atrajo una atención que pudo afectarlo de algún modo, incluso hoy. También ha sido blanco de hostigamiento por parte del Gobierno. No obstante, para nuestro orgullo, ha sabido conducir esos episodios y ha continuado por su propio camino progresista.

Mi hija Taína, aunque no participó en la planificación de la cena, porque en ese momento vivía fuera de mi hogar, encontró tiempo para venir y apoyarnos en contra de las críticas de la madre de su novio, una exilada cubana que no tenía nada bueno que decir sobre Fidel y que le insistió para que no asistiera. Así, mis tres hijos fueron parte del suceso histórico.

Una vez más me recordaron que estaba bendecido por tener una familia que se une para apoyarse uno al otro cuando se necesitan. Mis hijos, Kimberly, Taína y Julio Antonio, fueron probados en la batalla como soldados novatos que sobreviven una guerra y retornan fortalecidos, por eso, ahora están mejor preparados para lo que la vida les pueda ofrecer.

Mi alma y corazón han sido sellados con el orgullo del hijo de un pobre trabajador agrícola migrante puertorriqueño que me enseñó el valor de ponerme de pie en contra de cualquier injusticia, sin importar las consecuencias.

## Anexos

### **Mensaje para nuestra juventud**

Hay lecciones aprendidas de esa histórica cena con el presidente Fidel Castro en el Sur del Bronx. Una de ellas, en particular, quiero dirigir a la juventud, inmersa en el rápido mundo de las redes sociales que nos conecta con más gente que nunca antes; pero también nos distancia de la misma gente con quien necesitamos más contacto: si ustedes necesitan aprender una lección de lo que hicimos en esos días del mes de octubre de 1995 con muy poca tecnología, es que nada es imposible; nada es más fuerte que el amor que se entrega cuando se trabaja u organiza algo cultural o políticamente correcto sin importar los obstáculos.

Creo que hay más asuntos hoy y en el futuro que necesitarán muchos más «atrevidos».

**Discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, ante una representación de la colonia puertorriqueña, en el distrito del Bronx, Nueva York, el 23 de octubre de 1995, «Año del Centenario de la caída de José Martí»**

Queridos amigos y distinguidos atrevidos:

Si me ven pasar un poco de trabajo para ver. Tomarán en cuenta que son las necesidades de la época moderna y de la electrónica, y que esas bombillas son fuertes.

Julio dijo que habrían necesitado el estadio —creo que de pelota, ¿no? (RISAS)—, pero a mí me parece estar viendo aquí un estadio en este magnífico *room* de Jimmy (RISAS Y APLAUSOS), que ha sido tan atrevido y tan valiente como para prestarlo esta noche.

Realmente, me han impresionado las palabras de Julio Pabón y José Serrano. Me ha gustado muchísimo la forma sencilla, directa, clara, franca con que hablan; además, saben lo que dicen, y dicen mucho, y lo dicen con todo el cuidado necesario.

Mientras ellos hablaban de las cosas que nos unían y nos acercaban a la gran familia latinoamericana o hispanoamericana, recordaba, entre otras cosas, el idioma que nos une, que es capaz de expresar tantos sentimientos como los que se han expresado aquí, y que es capaz de despertar tantas emociones como las que los compañeros de la delegación y yo hemos sentido esta noche (APLAUSOS).

Me parece que, antes de continuar, debo aclarar este serio problema de las Grandes Ligas, porque ya veo que ustedes están con los del Cleveland (RISAS), y a mí, que he sido entrevistado con bastante frecuencia por la televisión, los periodistas casi todos me hablaron del tema.

Hay algo extraño, y es que de lo que más saben de mí los norteamericanos es que me gusta la pelota (RISAS Y APLAUSOS).

Claro, me gustan otros deportes, pero cada norteamericano que nos visita me trae una pelota, o un guante, o un bate (RISAS), o un libro con la biografía de una gran estrella, o con la biografía de muchos con los índices, los campeonatos, todo; pero a mí me identifican —y eso es bueno— como un deportista y como un pelotero.

Hoy me regalaron bate y pelota, y así he ido recibiendo, puedo hacer casi un museo con todos esos objetos (RISAS).

En la televisión me preguntaron: «Bueno, ¿y usted con quién está?». Eso no se hace (RISAS). Y yo que venía de Uruguay, de Bariloche, de una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, no tenía tiempo de leer ni un cable, ni un periódico; eran discursos y más discursos —no discursos míos, sino de los demás—, al menos con los míos me entretengo yo mismo mientras los demás se aburren (RISAS Y APLAUSOS).

Ahora, como ustedes saben, tengo el campeonato olímpico de ser el individuo que pronuncia los discursos más cortos cuando se trata de una cumbre y cuando prohíben que sea de más de cinco o seis minutos. En Bariloche dije uno de tres minutos y medio, ya eso es récord de récords (RISAS); siete minutos en Cartagena, seis minutos en la reunión cumbre de jefes de Estado y Gobierno de Naciones Unidas, y eso porque leí un poquito más despacio para poner énfasis en algunas cosas.

De modo que en el gran número de entrevistas me hicieron esa pregunta y me sorprendieron. Si llego a saber que ustedes los del Bronx estaban con el Cleveland (RISAS), entonces yo digo: «Miren, no me metan en ese problema» (RISAS). Me acordé que era amigo de Ted Turner, y dije: «Bueno, como soy amigo de Ted Turner, tengo que estar a favor de los Bravos de Atlanta».

Hoy me lo volvieron a preguntar, y dije: «me vas a pelear con la mitad de este país, ya no por razones políticas sino por razones deportivas» (RISAS). Bueno, ya escogí, pero no estoy afiliado enteramente, tengo que tener en cuenta lo que alguien

me dijo: «Oiga, es que hubo un jugador del Cleveland que metió dos jonrones y que, además, sacó en primera a no sé quién», era un héroe y creo que el hombre era puertorriqueño. Así que aclarado esto, espero que ustedes tengan comprensión y perdón para mí (RISAS Y APLAUSOS).

Me hablaban de un buen atleta cubano, y ellos querían que un día viniera aquí a jugar con ustedes. Bueno, todo tiene remedio, ¿verdad? Habrá que buscar no se sabe cuántos permisos (RISAS), pero la buena voluntad nuestra no faltaría nunca en ese caso.

Vuelvo a insistir en que me gustó la claridad y la valentía con que se ha hablado esta noche, y, además, la sabiduría, que es la misma que tengo que emplear yo aquí.

Pero hay una crítica, porque uno de los dos dijo que aquí hay progresistas y comerciantes, y digo: ¿Desde cuándo se puede asegurar que los comerciantes no sean progresistas? (RISAS Y APLAUSOS.) ¿Por qué? No hay que hacer esa distinción, todos han contribuido, todos están aquí, todos nos han hecho un inmenso honor, todos nos han dado un infinito aliento, todos nos han enseñado, nos han educado y, sobre todo, han ensanchado el círculo de nuestra gran familia latinoamericana, de nuestra gran familia humana; cuando nos han dicho que esta noche los que querían venir eran muchos más, que en el Bronx vive casi medio millón de puertorriqueños, me quedé asombrado (APLAUSOS).

Me emocionó todavía más saber que había no solo puertorriqueños, sino que había dominicanos, que había cubanos, que había de otras nacionalidades, uruguayos —nos acaban de decir (RISAS)—, que había también norteamericanos de origen norteamericano, panameños, y de todo. Es una lección inolvidable para nosotros que no habíamos sido capaces de ver esa dimensión humana tan importante, de comprender que teníamos entre ustedes tantos hermanos (APLAUSOS).

Se habló de la emigración cubana, también se habló de Miami, se habló de Nueva Jersey —sí se mencionó (RISAS)—,

pero no podemos ni pensar siquiera, y creo que uno de ellos lo dijo claro, que la mayoría de los cubanos residentes en Estados Unidos estén a favor del bloqueo, porque nosotros sabemos de muchos, muchos, muchos que no están ni pueden estar a favor del bloqueo por muchas razones y, entre otras, las que tan brillantemente se explicaron aquí esta noche.

Fue Estados Unidos la tierra tradicional de la emigración cubana desde los pasados siglos e, incluso, muchos cubanos vinieron a luchar por la independencia de Estados Unidos —casi nadie se acuerda de eso—; en los días de Washington, en los días difíciles de una durísima guerra, vinieron desde Cuba y lucharon. Vinieron también españoles a luchar por la independencia de Estados Unidos, vinieron a lo largo de los siglos, puede decirse.

También hubo momentos en que en nuestro país estaba dividida la opinión, porque fue el último en independizarse de España, y había más de 300 000 esclavos; a decir verdad, los españoles eran dueños de la administración, del ejército, del comercio, y los cubanos eran dueños de las tierras y de los esclavos. En muchos de ellos predominaba un sentimiento anexionista, porque tenían miedo de que ocurriera en Cuba lo que ya había ocurrido en Haití, y que dio lugar a la Revolución de Haití, que fue el primer país que se independizó.

Algunos cubanos pensaban en aquellos tiempos que la única forma de salvarse era uniéndose a la nación norteamericana, y dentro de Estados Unidos había corrientes que favorecían ese anexionismo porque pensaban que iban a tener dos votos más en el Senado, en una época en que la cuestión de la esclavitud se discutía más que la Ley Helms-Burton (EXCLAMACIONES), si se abolía o no la esclavitud.

No hay que olvidar que aunque este gran país, que fue de los precursores de las revoluciones modernas, ya que precedió a la propia Revolución Francesa —aunque con ideas que venían fundamentalmente de Europa, y luchó durante muchos años por la independencia y se declaró independiente—,

decía que se consideraban verdades evidentes que todos los hombres nacían libres, iguales y que a todos les concedía el Creador determinados derechos, en realidad, en esos derechos y entre esas verdades evidentes concedidas por el Creador no se consideraba la libertad de los esclavos, y no fue sino casi 80 años después que a través de una dura lucha, de una guerra civil, se produjo la liberación de los esclavos. Pero había cubanos que preferían anexarse, otros se oponían fuertemente, y esa fue una gran lucha.

Después en nuestras guerras de independencia muchos cubanos se refugiaron en Estados Unidos, desde aquí se organizaron, desde aquí trabajaron; el más conocido, el más prestigioso, el más grandioso fue nuestro Héroe Nacional, José Martí (APLAUSOS).

Durante la república muchos cubanos vinieron a Estados Unidos buscando trabajo, no en los primeros años, sino cuando ya adquirió algún impulso la industria azucarera, creció la población y disminuyó el empleo. Aquí en Nueva York, en Nueva Jersey, en Miami y en muchos lugares vivían cubanos antes de la Revolución y nos reunimos con ellos y nos apoyaron —una parte regresó a Cuba y otros viven todavía en Estados Unidos, yo he tenido el placer de saludar en estos días a unos cuantos—, de modo que había una tradición, pero había una prohibición y una cuota muy pequeña para ingresar en Estados Unidos. Fue realmente la Revolución la que le abrió las puertas a la emigración hacia Estados Unidos. Los primeros que emigraron después de la Revolución era, naturalmente, aquella gente que pertenecía al régimen de Batista donde se habían cometido muchos crímenes —se calculan alrededor de 20 000 personas muertas—, y cientos de criminales, ladrones, se refugiaron en Estados Unidos; era una emigración de carácter político.

Cuando se aplicaron las primeras leyes revolucionarias se afectaron una serie de intereses, porque no puede haber revolución y no la hubo en ninguna parte, ni siquiera en Esta-

dos Unidos cuando su revolución de la independencia, sin afectar muchos intereses. Ya me imagino cuántos ingleses fueron afectados por la independencia de Estados Unidos y se marcharían a Inglaterra; hubo guerras después entre Estados Unidos e Inglaterra. La Revolución afectó intereses también y una parte vino para acá; pero la gran realidad es que la inmensa mayoría de los que después vinieron lo hicieron por razones económicas, puesto que estábamos en las vecindades de un país que tenía veinte veces más ingresos que nosotros, salarios mucho más altos.

Ese fenómeno de la emigración es universal, solo que, desde luego, en el caso de Cuba se planteaba que vinieran todos los que quisieran. Ese privilegio no se lo concedieron a nadie. En Puerto Rico por su *status* especial de tipo político, sí tenían el derecho a viajar, ir y venir; los cubanos y los demás latinoamericanos no lo tenían.

Hoy uno de los más grandes problemas del mundo y uno de los más grandes temores de los países desarrollados es la emigración. Vean ustedes cómo prosperó la Resolución 187 en California, vean cómo hay quienes hablan de poner una muralla más grande que la de Berlín en la frontera de México y Estados Unidos (RISAS), y hay quienes plantean poner tres murallas.

A los cubanos les dijeron: «Vengan, serán bien recibidos». En un principio perdíamos médicos, perdíamos maestros, perdíamos de todo: obreros calificados, ejecutivos, directores; tenían más posibilidades de ingreso en este país. Después se estableció un principio: normas legales que les daban a los cubanos los derechos que no existían para ningún otro ciudadano de América Latina y del mundo, y es lógico que se produjera cierta emigración masiva.

Pero fuimos nosotros los que abrimos las puertas, la Revolución abrió las puertas a esa emigración (APLAUSOS), y nuestra política es decir: todo el que desee emigrar del país, es libre de hacerlo. Y así vinieron oleadas, hasta que desde

la parte norteamericana se tomaron medidas y restricciones. Por eso creció la emigración cubana en todos esos lugares.

Ahora, eran bien recibidos, tenían la residencia inmediata, de facto, ayudas, empleos y facilidades que no tenían los demás. ¿Hacía falta pasaporte? No. Usted podía llevarse un barco, venir en un bote, en una lancha, en un avión secuestrado, o en una balsa (RISAS), y le preguntaban: «Señor, ¿usted quién es?, ¿cuál es su pasaporte?». Decía: «Yo soy un antisocialista, no estoy de acuerdo con los problemas políticos de Cuba». Y así se fue creando eso.

Realmente se produjeron en esos primeros años diferenciaciones muy fuertes entre los que venían. Nosotros mismos no tuvimos la suficiente comprensión de que muchos de aquellos emigrantes eran económicos, y por sus declaraciones al llegar aquí para que los ayudaran, ya los veíamos como adversarios de la Revolución.

Desde luego, una parte de aquellos compatriotas fueron utilizados para actividades subversivas contra Cuba, para organizar expediciones, para destruir la Revolución, y así tuvimos muchos problemas, tuvimos dificultades serias, tuvimos la invasión de Girón. Mil trescientos prisioneros hicimos y —como hemos dicho otras veces— no hubo uno solo que recibiera un golpe siquiera, un culatazo, porque esos eran los principios de la Revolución mantenidos durante toda nuestra lucha, durante nuestra guerra.

Yo les puedo asegurar a ustedes aquí, de manera categórica, que son principios que no se han abandonado jamás (APLAUSOS), y que jamás en nuestro país se ha atentado contra la integridad física de las personas. Esa es una de las cosas contra las que nosotros luchamos, contra los que habían torturado a miles de nuestros compañeros. Y les puedo asegurar más: He leído algo sobre revoluciones y he leído algo sobre historia, y creo que la revolución más generosa que ha existido nunca es la Revolución Cubana (EXCLAMACIONES Y APLAUSOS). Lo digo con toda franqueza.

Los que vinieron de Girón ahí están todos, les pueden preguntar si alguien les dio un halón de pelos (RISAS), a pesar del fragor de los combates y a pesar de que habían sido muertos o heridos cientos de nuestros compañeros. Esos son los principios de la Revolución, porque una mentira, una calumnia, una infamia repetida una vez, mil veces, un millón de veces, ¡no podrá convertirse jamás en verdad! (APLAUSOS). La mentira no importa cuántos la puedan creer, ¡no podrá convertirse jamás en verdad!

Vivimos los tiempos de la guerra fría, tiempos peligrosos, vivimos esos peligros, sufrimos el bloqueo desde los primeros momentos, momentos muy difíciles, y no teníamos la organización ni la experiencia que tenemos hoy. Surgieron amigos, surgieron aliados que nos ayudaron cuando se suspendieron los suministros de petróleo, de maquinarias, de piezas, de todo; recibimos una ayuda exterior de la cual, realmente, siempre estuvimos y estamos agradecidos, no importa lo que pasó después.

Nosotros tuvimos que atravesar una etapa muy difícil, pero el cubano —como ustedes saben— es muy ingenioso. Si ustedes van a La Habana verán muchísimos automóviles del año 1940, del año 1950, del año 1960; eso no es Nueva York, que todos son autos nuevos y casi todos japoneses (RISAS Y APLAUSOS), hay muchos autos norteamericanos. Es verdad que tendrán un motor soviético, gastando tanta gasolina que necesitan una refinería detrás (RISAS), o de piezas que los cubanos construyeron, que los echaron a andar y todavía andan los carros, y un carro de esos vale hoy más que un carro nuevo, ¿saben por qué?, porque son piezas de museo (RISAS), y las piezas de museo siempre son más caras.

Atravesamos momentos muy difíciles. Toda la maquinaria era norteamericana, del transporte, de las fábricas, los tractores. Todo eso cambió, y en aquella dura lucha en que había ataques piratas, invasiones, planes de atentados a montones.

Les puedo asegurar que contra nosotros se elaboraron tantos planes de atentados, que yo le podría regalar uno a cada uno de los que están aquí presentes (RISAS); no quiero ni mucho menos, pero explica un poco ese milagro de que esté conversando con ustedes, porque de acuerdo con el cálculo de las probabilidades debía estar en el más allá, pero les aseguro que no sería en el infierno (RISAS Y APLAUSOS). No voy a discutir creencias, en el purgatorio tampoco porque ya hemos atravesado un largo purgatorio durante mucho tiempo (APLAUSOS Y EXCLAMACIONES DE: «¡EN EL CIELO!»). En el cielo, seguramente; pero es que no hemos buscado para nosotros el cielo. Sí puedo decirles que para nuestro pueblo hemos querido buscar el cielo (APLAUSOS). Esa ha sido nuestra lucha.

Quizás con la experiencia de hoy, las realidades de hoy y lo que aprendemos hoy, nosotros debimos haber hecho una clara diferenciación entre los que fueron emigrados —porque no eran exiliados, nadie los expulsaba— por razones políticas y los que fueron emigrados por razones económicas. Puedo decirles que, incluso, conozco a muchos que emigraron por razones políticas que hoy tienen excelentes relaciones con la Revolución. Es decir, los tiempos cambian, la vida cambia, y les puedo asegurar que muchos de esos cubanos van cambiando y que pueden llegar a constituir, si no constituyen ya, una mayoría silenciosa que no tiene los recursos de otros, los medios de publicidad que tienen otros para hacer lobby. Se han especializado en *lobby*, y por eso son tan duras las batallas que tienen que librar Serrano y otros representantes en la Cámara y en el Senado, luchando contra esas medidas que son, realmente, crueles.

Yo, cuando hablaba en Naciones Unidas ayer, decía que el bloqueo, que mata hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, era como bombas atómicas silenciosas.

Ninguno de ustedes tiene que arrepentirse de lo que ha hecho. Serrano o Julio hablaba de historia —porque los dos ha-

blaron, uno detrás de otro (RISAS)— y, realmente, ustedes están haciendo historia; ustedes están haciendo algo más que historia, ustedes están haciendo heroísmo (APLAUSOS), porque en determinadas condiciones, el valor de invitar a la delegación cubana, el valor de desafiar prejuicios, mentiras, calumnias, publicidad; amenazas como esas que se mencionaban, de no darle trabajo a alguien porque tenía una actitud diferente, son actos de fuerza, son actos de presión, son actos que chocan contra los principios elementales de este país donde ustedes han sido recibidos y donde ustedes viven.

Y créanme, queridos amigos, que no solo a gente humilde del pueblo, las mafias organizadas que tratan de impulsar las medidas de bloqueo contra nuestro país no respetan a nadie en absoluto, y yo sé de importantes personalidades políticas y hombres de empresa que han sido amenazados, que han sido intimidados con las amenazas, con las campañas que hacen esos grupos, para defender con métodos realmente fascistas sus propósitos y sus planes.

Conozco personas en Miami que tienen que vivir clandestinas, conozco personas en Miami que cuando me cuentan lo que les ha ocurrido, uno casi no puede creerlo, cosas de todo tipo: perseguirlas en el trabajo, perseguirlas en el club donde hacen ejercicios y hacen otras cosas, perseguirlas en la casa, lanzar amenazas por teléfono, y, sobre todo, un terror de tipo psicológico: la radio y la televisión, ataques, calumnias.

Algo más, tomar familias que han estado viajando en un carro con los hijos y agitarles el carro en la calle como venganza, o porque hayan ido a una reunión en La Habana, o porque sean contrarios a medidas hostiles como el bloqueo. Han llegado a amenazar a los hijos, y yo me pregunto si esos son métodos democráticos, si son métodos humanos, o son métodos que merecen llamarse realmente como lo que son, métodos fascistas (APLAUSOS), y los han utilizado contra las personas, contra otros compatriotas. Esos métodos más tarde o más temprano tienen que fracasar.

Nosotros observamos cambios de opinión en el propio Estados Unidos, y en un número creciente de personas y eminentes personalidades del mundo de la publicidad, de la prensa, del mundo de las empresas, que están ya hastiados, cansados de una política que carece de sentido. Como cuando aquí se ha dicho: Hoy es Cuba el único país, ¿y por qué? El único país, un país que no ha tenido guerra con Estados Unidos, que ha tenido relaciones históricas, ¿por qué tiene que ser el único país bloqueado?

Aquí se mencionó a China, aquí se mencionó a Viet Nam, aquí se mencionó a Corea; soldados de Estados Unidos y soldados de esos países se enfrentaron en grandes batallas. Eso no ocurrió nunca con relación a Cuba.

Medidas de bloqueo no se llevaron a cabo contra gobiernos que desaparecieron más de 100 000 personas. Yo decía anoche en la reunión en Harlem cómo, a consecuencia de la invasión contra Arbenz, se establecieron gobiernos de fuerza donde no existía la categoría de presos, porque todos absolutamente eran desaparecidos, y así desaparecieron desde la caída de Arbenz a más de 100 000 personas. ¡Con cuánta razón nos defendemos nosotros!

¿Qué quisiéramos que fuera el futuro de nuestro país, que gente con esos métodos, con esos procedimientos un día se apoderaran de nuestra patria y que dentro de 50 años nuestro pueblo tuviera que estar llorando a decenas de miles de desaparecidos? Y no fue ese el único país, hay unos cuantos países de América Latina donde hubo miles de desaparecidos y de gente asesinada.

Yo puedo afirmar aquí con la moral a la altura del Himalaya, que en nuestro país jamás ha habido escuadrones de la muerte, jamás ha habido desaparecidos, jamás ha habido asesinados (APLAUSOS). Esa es una verdad que no puede negar nadie, hay once millones de cubanos que son testigos; incluso, los que sean nuestros adversarios no van a decir eso, se podrán quejar de otras cosas, quieren otras cosas, no piensan del mismo modo

que nosotros —y no es, desde luego, la mayoría ni mucho menos—, pero jamás ninguno de ellos afirmaría que puede haber ocurrido algunas de estas cosas.

Nosotros estamos contra el bloqueo de cualquier país. Porque como aquí se dijo, ¿a quién se dirige el bloqueo, a quién afecta? Al pueblo. ¿Sería justo decir: No nos gusta la Revolución Cubana, vamos a lanzar diez bombas atómicas?, ¿que se prohíba venderle a nuestro país una aspirina, ¡una aspirina! para un dolor de cabeza, ya no voy a decir un Alka-Seltzer para ayudar a la digestión? (RISAS), ¿que se prohíba venderle un citostático, un equipo médico, un medicamento que puede salvar vidas? Y conozco casos de compatriotas nuestros que han muerto porque no se pudieron conseguir a tiempo, dando vueltas por el mundo, algunos medicamentos que prohíben vendernos.

Con relación a Cuba no hay solo embargo, el embargo es una palabra piadosa. Nosotros decimos bloqueo; pero lo que ha habido con relación a Cuba es realmente una guerra económica, una guerra política.

Ya no existe la URSS, ya no existe campo socialista, que absorbía una gran parte de la publicidad, de la propaganda, de los ataques, de los bloqueos; las relaciones con China son excelentes, con Viet Nam, con todos, y hemos quedado nosotros solitos, y toda la artillería de publicidad y de hostilidad que antes se empleaba con todo el campo socialista, se emplea hoy con Cuba.

Ayer nosotros explicábamos en Harlem lo que Cuba ha hecho, no quiero repetirlo, no quiero ser extenso, pero ponía ejemplos de cómo nuestro país ha enviado a más de quince mil médicos a prestar servicios gratuitos en países del Tercer Mundo —creo que ningún otro país lo hizo— (APLAUSOS); maestros, constructores, científicos, investigadores, ingenieros agrónomos por decenas de miles.

Explicaba cómo a Nicaragua mandamos dos mil maestros —pidieron dos mil—, pero para enseñar en las montañas,

en los lugares más apartados, donde había que llegar a pie después de tres días o en lomo de mulo; y vivían allí con familias muy pobres que tenían un solo cuarto: el padre, la madre, siete u ocho hijos, el caballo y el maestro o la maestra cubana, porque la mayor parte eran maestras (APLAUSOS).

Recordaba cómo nuestro país hizo cien mil donaciones de sangre cuando el terremoto en el Perú, ¡en diez días, cien mil donaciones de sangre!; o cincuenta mil cuando el terremoto en Armenia, o a Irán, otro país donde ha habido catástrofes, y ayuda a muchos países de América Latina, aun cuando no hayamos tenido relaciones diplomáticas con ellos. Esos son los sentimientos, la conciencia en que la Revolución ha educado a nuestro pueblo; ese ha sido el sentido de humanidad, de solidaridad con que hemos trabajado.

Con relación a Chernóbil, esa gran tragedia, quiero que sepan ustedes que en nuestro país han sido atendidos trece mil niños gratuitamente; nuestro país, Cuba sola, ha atendido más niños de Chernóbil que todos los demás países del mundo juntos (APLAUSOS). Esa ha sido una política, una ética.

Algo más mencionaba, que hemos tenido que derramar nuestra sangre ayudando a las colonias africanas a independizarse (APLAUSOS); hemos luchado contra los racistas y fascistas del *apartheid* de Sudáfrica; hemos contribuido decisivamente a la independencia de Namibia; hemos contribuido decisivamente en la lucha común en que participamos angolanos, namibios, sudafricanos y cubanos, a la desaparición del *apartheid*. ¿Es justo bloquear a nuestro país? ¿Es justo que a un enfermo le pueda faltar una medicina? (EXCLAMACIONES DE: «¡NO!»). ¿Que a un niño le pueda faltar la leche? (EXCLAMACIONES DE: «¡NO!»). ¿Que a un anciano le puedan faltar los alimentos? (EXCLAMACIONES DE: «¡NO!»). Pues nosotros hemos tenido que sufrir ese bloqueo que hoy no se justifica, como no sea por el hecho de que se ha convertido en un asunto de política interna: aquellos hacen mucha bu-

lla en un estado o en otro, y hacen creer que sus votos van a ser decisivos en unas elecciones. Desgraciadamente ese es un factor que ha contribuido mucho.

Esto que ustedes hacen, esto que ustedes promueven es, precisamente, el antídoto de todo eso (APLAUSOS). Ustedes forman parte de esta gran nación, ustedes participan con decenas y decenas de millones de hombres y mujeres que hablan el mismo idioma que nosotros, de hombres y mujeres que hablan el español, que tienen la misma cultura, que tienen el mismo orgullo por sus países de origen, como lo tienen otros, como lo tienen por ejemplo los irlandeses, su orgullo de proceder de Irlanda, de su historia. Ustedes son una gran fuerza, y en un país donde todo se organiza para defender sus intereses, es increíble la fuerza que realmente ustedes pueden constituir en la medida que se vinculen, se unan y logren divulgar la conciencia de estos problemas.

Es triste que allí tengan que batirse, que tengan que realizar la proeza de enfrentarse a gente que no actúa por sentimientos, que no actúa por ideales; esos que combaten con tanto odio, con tanta saña, que le hacen tantas campañas a Serrano o a Nydia, o a otros muchos del número creciente que no son, desde luego, mayoría y que se han opuesto al bloqueo y que lo han analizado desde un punto de vista ético, desde un punto de vista humano, desde un punto de vista de principio.

Realmente, nuestro país ha tenido que vivir situaciones muy difíciles, las vive. Antes teníamos el bloqueo, pero teníamos el comercio con el campo socialista, después se derrumbó el campo socialista, perdimos el 75 % de las importaciones y casi el ciento por ciento de nuestro mercado. Y, a pesar de todo, hemos resistido. ¿Hemos resistido por qué? Por esa conciencia de que les hablaba (APLAUSOS), por ese sentido de la dignidad, por ese sentido de la libertad, por ese sentido de la solidaridad, porque lo que tenemos no es mucho pero lo compartimos entre todos, y nadie se quedó en la calle, nadie se quedó

desamparado; no hubo políticas de choque, no se cerró una sola escuela, un solo círculo infantil, no se cerró un solo asilo de ancianos, un solo policlínico.

En nuestro país, cada año, no hay menos médicos sino más médicos, y no menos maestros y profesores sino más maestros y profesores; y hemos alcanzado así el más alto índice de médicos por habitante del mundo, de todos los países desarrollados (APLAUSOS), y de profesores y maestros por habitante más elevado del mundo; decenas de miles de científicos.

¿Cómo nos las hemos podido arreglar? Se ha hablado de milagros, pero yo les puedo asegurar que el pueblo hermano de ustedes, el pueblo cubano, ha sido capaz de esa proeza, y eso no se logra por la fuerza, ni lo logra nadie por la fuerza, porque en nuestro país es el pueblo el que defiende la Revolución, es el pueblo el que tiene las armas (APLAUSOS). Habría sido absolutamente imposible resistir, y no solo estamos resistiendo, sino que estamos empezando a levantar cabeza.

Estoy seguro de que las palabras de ustedes —porque la prensa ha tenido la amabilidad de tomarlas— serán escuchadas por nuestro pueblo y serán una enorme inyección de aliento y de estímulo, y conocerán también las palabras que pronunció Julio y pronunció Serrano, el ambiente, la atmósfera de este acto, el agradecimiento que yo les estoy expresando en nombre del pueblo.

Pero no se arrepientan nunca del heroísmo, no se arrepientan nunca de la justicia, no se arrepientan nunca de la valentía, del atrevimiento, porque fueron los valientes, fue la gente firme, fueron los atrevidos los que hicieron las cosas más bellas de la historia.

Siempre, independientemente de filosofías, pongo el ejemplo del cristianismo por lo que luchó y lo que sufrió, desde aquellos doce apóstoles que empezaron a regar por el mundo doctrinas de amor y de justicia, hasta los miles o quién sabe cuántos incontables hombres y mujeres que murieron defen-

diendo su fe. Si hoy hay cristianismo es porque hay cristianos que supieron morir en la cruz, es porque hay cristianos que supieron morir devorados por los leones antes que renunciar a sus ideas.

Ni son tan fieros los que los insultan y los amenazan a ustedes como aquellos leones, ni son tan poderosos, ni tienen un ápice de razón, ni serán ustedes más débiles después de esta reunión; estoy seguro, absolutamente seguro de que serán más fuertes (APLAUSOS). Por eso, más bien debemos sentirnos orgullosos todos, ustedes y nosotros: nosotros, por contar con los honores, con el estímulo de hombres y mujeres tan excelentes como ustedes, y ustedes, porque son los que hacen triunfar las buenas causas, porque son justos, porque son valientes, porque son nobles, porque son generosos, porque son solidarios.

Muchas gracias (APLAUSOS PROLONGADOS).



TESTIMONIO  
GRÁFICO



Franklin Flores, de frente, ayuda a Julio Pabón en la traducción de las palabras que este pronunciará en el evento con Fidel Castro.



Previo a la llegada de Fidel, se chequean los detalles para la ocasión: pancartas, tarima, rótulos, micrófonos, sistema de sonido...



Una sorpresa inesperada: Mientras camina hacia el salón de la cena con el brazo de Fidel sobre su hombro, Julio Pabón, organizador del evento y autor, se estremece ante la naturalidad con que el líder cubano establece la comunicación.

De los instantes en que Fidel entra a la sala principal del Jimmy's Bronx Café...



Con Julio Pabón.



A la derecha de Fidel, el congresista José Serrano.



Jóvenes del Bronx saludan a Fidel al tiempo que le entregan sus obsequios.





Fidel levanta su brazo con el guante gigante de boxeo, indicador del nocaut que la comunidad puertorriqueña le propinó al alcalde de Nueva York, Rudolf Guiliani.



Momento en que el organizador del evento dirige la palabra a la delegación cubana e invitados a la cena.



Desde el podio, el presidente Fidel Castro habla a una audiencia que lo escucha con suma atención...





Jimmy Rodríguez disfruta el momento en que le entrega a Fidel su obsequio.



Instantes en que Fidel plasma su firma como recuerdo de su vista al Sur del Bronx.



Concluida la cena, muestran felicidad en sus rostros...



De izquierda a derecha, Julio Pabón; Susana Ríos, compañera de trabajo; el presidente Castro; Julio Jr.; Kimberly Pabón; Elizabeth Figueroa, Liz; y Carlos Nazario, presidente del NPRBC.



## Agradecimientos

Una vez que volteé las últimas páginas de este libro, siento la necesidad de expresarles, otra vez, mis agradecimientos a los amigos y familiares que contribuyeron a convertir la idea de escribir un comunicado de prensa en un acontecimiento histórico en el Sur del Bronx:

En especial, a David Galarza, quien implantó la idea en mi mente, aunque podría haberlo insultado durante aquellos días estresantes en que organizábamos el gigantesco evento.

A Carlos Nazario, presidente entonces del joven y en desarrollo Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios. En él encontré fe y valentía al apoyar lo que al principio parecía una locura: que la organización actuara como el principal auspiciador de la cena. Por siempre tendré que agradecerle haber confiado en mi juicio.

A Jimmy Rodríguez, quien no entendió al principio lo que estaba firmando ni las ramificaciones políticas de mi pedido; pero confió en mi juicio como los buenos amigos usualmente hacen. Estoy seguro de que hubiera querido más que maldecirme cuando el Servicio Secreto le cerró el restaurante durante el periodo de preparación para la visita de Fidel; pero también tengo la seguridad de que sin la aprobación de usar

su restaurante el comunicado de prensa no hubiera tenido el carácter profesional que demostrara la seriedad de nuestro propósito.

Al congresista José Serrano, el primero en advertirme sobre las posibles repercusiones del comunicado de prensa; pero le reitero las gracias por confiar en esa locura y haber añadido su nombre como auspiciador. Su apoyo y su llamada al jefe de la Sección de Intereses Cubanos en EE.UU., ayudó a poner atención especial a un comunicado de prensa devenido invitación oficial al presidente Fidel Castro.

A Jerry Fontanez por decirme: «Te tengo», cuando acudí a él por el trabajo que me podía ofrecer. Junto a otros cinco cinta negras que reclutó, asumió la responsabilidad como todo un profesional.

A mis amigos Franklin Flores y Mickey Meléndez por contribuir a la organización de la logística de la cena, evento que hubiera tomado semanas, quizás meses; pero lo logramos en menos de tres días.

Especial es el agradecimiento a mi familia, a Liz Figueroa, mi exesposa, por darme el espacio y apoyo para hacer lo que necesité durante ese periodo alocado y estresante, y por ser la mejor compañera con quien tener a mis hijos; a mis hijos Kimberly y Julio Antonio. Ella estuvo atrapada en medio de algo no planificado ni esperado, mientras trabajaba conmigo para nuestra otra empresa y, cuando la carga se hizo inmensa, se comportó como experimentada profesional al atender mi otro negocio por su cuenta. Él, a la temprana edad de quince años, tomó la decisión de servir de voluntario en la cena, además de ser uno de los tres jóvenes que saludaron personalmente y entregaron los obsequios a Fidel.

A los más de trescientos invitados que desafiaron las circunstancias de los tiempos y asistieron a la cena con el presidente Fidel Castro, aun cuando hubo quienes participaron, no por apoyar a un izquierdista o líder socialista que no entendían, sino por protestar contra el insulto del alcalde a un latino.

Sin una de estas personas, la cena con Fidel nunca hubiera sido tan exitosa. Nuestros esfuerzos combinados demostraron que la voluntad y tenacidad de la comunidad puertorriqueña en la ciudad de Nueva York estaba bien viva en 1995. Nuestros antepasados prepararon el camino para todo lo que los latinos pudieron disfrutar ese día. Hoy se sentirían orgullosos de lo que unos pocos individuos, a pesar del negativismo de otros, pueden lograr cuando combinan sus escasos recursos.

\*\*\*

Amigos y familiares me han instado por años a escribir algunas de mis experiencias personales en el Sur del Bronx; otros me preguntaban si no había considerado escribir un libro.

Yo he sido orador en conferencias, universidades y otros eventos, pero nunca había pensado en ser autor de una obra escrita. Finalmente me detuve en esa idea, hasta que comencé hace años a escribir una novela sobre la vida de mi madre. Por muchas razones detuve la pluma y, por incapacidad para enfocarme y la falta de energía para continuar, no la he terminado.

En el año 2014, como resultado de algunos cambios importantes en mi vida profesional, me vi con más tiempo. Entonces mi hijo Julio Antonio y mi ahijado adoptado espiritualmente, Darío López Jr., volvieron con la insistencia de que escribiera en este nuevo periodo de mi vida.

Concluimos que algo más corto —eso parecía— como la historia de la visita de Fidel al Sur del Bronx era la opción perfecta. Hablé con algunas personas y decidí que se trataba de una buena idea. Darío fue más lejos y comenzó a explicar lo concerniente a la publicación que tanto me preocupaba. Él demostró el proceso de hacer autopublicación y un libro digital. Me convenció. Pero como la cena de 1995 no era algo que yo pudiera hacer por mí mismo, muchas personas desempeñaron un papel determinante. Hoy quiero agradecerles.

Gracias, Julio Antonio y Darío; Liz Figueroa quien por tantos años me había instado a escribir, hasta el punto de decirme que grabara mis vivencias, que ella las transcribiría.

Gracias a mi esposa, Blanca Canino-Vigo, que cuidó mi salud, mientras soportaba mi agenda loca y otros proyectos —como cuando me postulé para un puesto político— y porque me daba el espacio para encerrarme algunas veces y perderme actividades recreativas e, incluso, familiares que hacen nuestra relación especial.

Gracias al personal de la biblioteca y archivos del Centro de Estudios Puertorriqueños Hunter College, por la ayuda ofrecida a este hombre que no había hecho investigación académica en más de veinticinco años.

Gracias al personal de la sección de publicaciones periódicas de la Biblioteca Pública de la calle 42, donde pasé horas y días leyendo cada periódico de Nueva York del mes de octubre de 1995.

Gracias a Daniel Acosta Elkan, huésped en mi casa que me vio luchando con publicaciones periódicas y se ofreció voluntariamente a ayudarme con el *The New York Times* de octubre de 1995.

Gracias, David Galarza, Carlos Nazario, Franklin Flores, Mickey Meléndez, Kimberly Pabón, Jerry Fontánez, Liz Figueroa, Jimmy Rodríguez, el diplomático cubano Fernando Remírez y el ministro cubano de Relaciones Exteriores Bruno Rodríguez, por darme tiempo para las entrevistas y ayudarme a refrescar la memoria sobre lo que hicimos entonces.

Gracias al fenecido Howard Goldin, uno de nuestros escritores principales en *latinosports.com*, por tus palabras llenas de sabiduría. Cuando transcurría uno de esos periodos de no querer continuar porque dudaba del interés que podía despertar lo que escribía, me alentaste: «Necesitas escribir esta historia para que sea recordada siempre». Tus palabras resonaron y me dieron el aliento que necesitaba en ese momento.

Gracias a la gente en Cuba.

Gracias, José Berríos, de la misión puertorriqueña en Cuba, y a su esposa Daisy, que les encantó el proyecto y juntos me sirvieron como guías a través de mis visitas a la Isla. Gracias por presentarme a Roberto Chile, que me proveyó de numerosas fotos y videos de aquella visita y me sugirió el título perfecto para el libro *Nocaut*.

Gracias, Silvia Johoy, por persistir y haberme convenido una reunión con Eugenio Suárez Pérez, director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, quien quedó encantado con el proyecto y me suplió fotos y material de archivo que me ayudaron muchísimo.

Gracias en especial al Dr. Ricardo Fernández, presidente del Lehman College, la universidad donde me gradué en el año 1975; que asistió a la histórica cena y luego me premió al entregarme de su pluma, el prólogo para este libro.

El universo conspiró para ponerme en contacto con toda la gente que trabajó conmigo durante ese periodo de 1995, con quienes vinieron a mi vida durante el proceso de escritura, investigación y edición de este libro. Ahora, veintiún años después del histórico evento, les estoy eternamente agradecido.



## Índice

<i>A mi padre, Julio Pabón Rivera</i>	5
<i>Un regalo para los cubanos</i>	7
<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	13
<b>Idea</b>	
Antecedentes de una idea	19
Nuevo enfoque para mi supervivencia	24
«Insultaron a tu gran amigo»	26
El trabajo comienza	30
Concepción del comunicado de prensa	37
Respuesta del concilio	40
David Galarza sube la apuesta	46
<b>Preparación</b>	
La dama de rojo	57
Una copia del comunicado en las manos de Fidel	62
Se acercaba el día	87
Las cosas van bien, entonces...	96

<b>Cena</b>	
El gran día	103
Reacción sorprendente	128
<b>Repercusión</b>	
Un día después	155
Tres jóvenes que obsequiaron a Fidel	171
<i>Epílogo</i>	177
<i>Anexos</i>	179
<i>Testimonio Gráfico</i>	197
<i>Agradecimientos</i>	209



**... que esta Oficina de Asuntos Históricos  
sea siempre un monumento vivo  
a la obra fecunda y la impercedera  
memoria de Celia.**

*Sidibaut*

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez Manduley el 4 de mayo de 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Nuestro archivo atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos —fundamentalmente del periodo 1952-1959—, así como un extenso volumen de prensa clandestina y de diversas publicaciones del mismo periodo. Igualmente conserva manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra.

La institución desarrolla investigaciones científicas sobre la etapa insurreccional y los primeros años de la Revolución. Asimismo, brinda servicios especializados de biblioteca y hemeroteca, consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento sobre temas históricos, información a distancia, venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica títulos que destacan el pensamiento político del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz e investigaciones avaladas por nuestro consejo científico. Cuenta, además, con la emisión mensual del *Boletín Revolución* (electrónico) y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

La Editorial

## Últimas publicaciones impresas

- *Diario de la guerra 1*. Pedro Álvarez Tabío, 2010.
- *Diario de la guerra 2*. Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010.
- *Diario de la guerra 3*. Heberto Norman Acosta, 2015.
- *Fidel y la religión*. Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010.
- *Celia: alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011.
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011.
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011.
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011.
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2010.
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012.
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012.
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012.
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada*. Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013.
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013.
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013.
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014.
- *Lucharemos hasta el final*. (Cronologías de 1955 a 1958). Rolando Dávila Rodríguez, 2011, 2012, 2013 y 2015.
- *Revista Cinco Palmas*, números 1 al 4 (años 2014-2017).
- *Santiago siempre Santiago*. Hugo Rueda Jomarrón, 2015.
- *Enrique Hart Dávalos. Vitalidad inquieta y desbordante*. Héctor Rodríguez Llompart, 2015.
- *Entre espinas, flores. Anecdotario*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2015.
- *Julio 26. Monumentos en la carretera de Siboney*. Augusto Rivero Mas, 2015.
- *Mártires del Goicuría. Clara Emma Chávez Álvarez*, 2016.
- *La historia me absolverá. Edición anotada. Fidel Castro Ruz*. Eugenio Suárez Pérez (compilador), 2016.
- *La palabra empeñada. El exilio revolucionario cubano 1953-1956*. Heberto Norman Acosta, 2016.
- *La epopeya del Granma*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2016.
- *Fidel en la tradición estudiantil universitaria*. Francisca López Civeira y Fabio E. Fernández Batista, 2016.
- *Mártires de La Llorona*. Daisy P. Martín Ciriano, Mirta Z. Estupiñán González y Carlos Abreu López, 2017.
- *Mártires del 5 de Septiembre*. Orlando F. García Martínez y Andrés D. García Suárez, 2017.